



UNA NOVELA DE ROMANCE MAFIA

El Romano

Su corazón latirá por ella...

LORENA FUENTES

EL ROMANO

LORENA FUENTES

Su corazón solo latirá por ella

Lorena Fuentes

El Romano

Primera edición: Marzo 2024

Código: 2403267485517 SafeCreative © ALL RIGHT RESERVED ©

ISBN: 9798320937465

Diseño de cubierta e interior: Lorena Fuentes

Imágenes de la portada: Todos los derechos a AdobeStock

Revisión Ortográfica: Isaura Tapia

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo del autor.

Tabla de contenido

[La Playlist de Marcello y Elisabetta](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre la autora](#)

[Libros:](#)

*Para Mario Bianco, fuiste mi inspiración para escribir de mafia, gracias por el regalo
más grande de mi vida, tu hijo Ezio, mi rubio sol.*

*¿Quién hubiera pensado que esto podría ser verdad? Él no es el príncipe encantador,
pero hay algo en él que nunca antes había visto.
Bella.*

La Bella y la Bestia

Nota de la autora: *Romance mafia contemporáneo. Contiene situaciones sexuales, violencia, temas sensibles, lenguaje ofensivo y temas que pueden ser incómodos para algunas personas. Este libro está recomendado para mayores de 21 años .*

La Playlist de Marcello y Elisabetta

Golden Hour- JVKE
I See Reed-Every body Loves Outlaw
Love In The Dark – Adele
Bad Buy- Billie Ellish
You shoul see me in a crown- Billie Ellish
Sociapath- StayLoose, Bcole, ryce Fox
She Knows- J. Cole, Cults, Amber Coffman
You Don't Own Me- SAYGRACE Feat G-Eazy
Older- Isabel LaRosa
Kiss me- Ed Sheeran
Queen- Loren Gray
Sociapath- StayLoose Feat Bryce Fox
Gangst-Kenhani
Watch Me Burn- Michale Morrone
The Phantom of the Opera
Un Amore Coso' Grande- Il Volo
Moral of the Story- Ashe feat Niall Horan
I Choose You- Kiana Ledé
Love Me Like You Do- Ellie Golding
Until I Fond You- Stephen Sanchez
Young and Beautiful- Lana del Rey
Make You Feel My Love- Adele
Killer- Valerie Broussard
D is for Dangerous- Artic Monkeys
Don't Blame Me- Taylor Swift
Criminal- Britney Spears
I Wanna Be Your Slave- Måneskin

<https://open.spotify.com/playlist/2ZP67oHKL1YdgKZF8jPRHz?si=3c2d6fdfa99e441f>

Prólogo

MARCELLO TOCCI

Diez años atrás

Me aburren las fiestas, me molesta que los hombres ricos de Italia traten de congraciarse conmigo, me convertí en el rey de Roma y en un hombre asquerosamente rico que todo lo tiene.

En el Inframundo gobierno con mano de hierro, si me debes un favor, pediré tu alma a cambio. Llevo quince años gobernando, después de asesinar a mi predecesor. Roma es mi reino, tengo conexiones con la *Cosa Nostra*, Camorra, los *Sacra Corona Unita* y *Ndrangueta*, nos hacemos favores de vez en cuando, respetamos nuestro territorio y estamos unidos contra la Dirección de Investigación Antimafia.

Angelo Greco me ha traído a su casa, un juez corrupto y capaz de escalar dentro de la política italiana, sueña con ser ministro o tal vez un diplomático de alto rango en alguna embajada donde pueda robar dinero y seguir convirtiéndose en hombre asquerosamente rico. Envidiado por muchos, se casó con una joya italiana, Ginevra de Saboya, tiene algún título nobiliario y es descendiente del último rey que existió en Italia. Una mujer con las conexiones correctas para un hombre con ambición, su cuñado ha ambicionado el trono, olvidándose que el único rey soy yo.

Greco y su mujer tienen la familia perfecta, una niña que en este momento corre de un lado a otro emocionada por ser el centro de atención, su cabello negro está trenzado con flores blancas y su vestido es del mismo color, acaba de recibir el sacramento eucarístico en una ceremonia inútil, creo en Dios y en su Hijo, pero la mayoría de los hombres olvidamos que la iglesia existe, además, mis amigos sacerdotes son los mejores en los negocios.

Angelo se acerca con su mujer y la pequeña a donde estoy, en todo momento me mantengo alejado de las personas. Pues de alguna manera siempre se acercan para pedirme favores. Ginevra me sonríe y es tan hermosa que debo recordarme que no me gustan las mujeres casadas.

—Un gusto que vinieras, Marcello —comenta Angelo ofreciéndome su mano.

—Gracias por la invitación —contesto dejándolo con la mano extendida, saco un sobre y le ofrezco a la niña—. Un pequeño obsequio.

—Di gracias, Elisabetta. —La insta Ginevra.

—Gracias —musita tímida y se queda mirándome de manera extraña, antes de agregar —: Seré tu esposa al crecer.

—Puede que sea un anciano —bromeo, un poco sorprendido ante su comentario.

La niña alza sus hombros, es preciosa, ha heredado la belleza de su madre.

—No importa, seré tu esposa —sentencia.

Angelo suelta una carcajada mientras la madre le susurra algo a la niña de ojos verdes como dos preciosos jades, me observa con atención y algo se remueve dentro de mí, su inocencia es algo muy poco común de ver. Se despiden y me quedo mirándolos, supongo que la niña no tiene idea de que soy el monstruo que describen en los *thrillers* de terror, si al crecer se parece a su madre, será una belleza que, en nuestro mundo, dudo que

pueda elegir con quién casarse.

Decido que he tenido suficiente, soy socio del hermano de Ginevra, uso a Greco para mis intereses, esto fue estrechar las conexiones necesarias. Todo se ve interrumpido abruptamente cuando de la nada se oye un grito desgarrador de una mujer, se escucha la palabra *vendetta*, gritada por un mesero y al dirigir mi mirada hacia donde proviene, me encuentro con Ginevra que yace en el piso con el cuello cortado mientras la sangre brota de este, mis ojos observan la escena llena de terror. Angelo intenta tomar a su pequeña, pero es lento, porque el hombre que ha asesinado a su mujer, la sujeta y sale corriendo. Los gritos y el caos reinan, hago un solo movimiento casi imperceptible con mi cabeza y mis hombres emergen de sus lugares, para perseguir al infiltrado.

En el fondo de mi retorcido corazón, nace una necesidad extraña, me golpea el pensamiento de que nunca permitiré que le suceda algo a Elisabetta Greco.

Angelo entra a uno de los almacenes en los cuales hago negocios. Su rostro ha perdido todo el color, en una noche ha envejecido, descubrí su traición y voy a matarlo. Uno de mis hombres viene hacia acá con el secuestrador mientras la niña está salvo en uno de mis lugares seguros y Alba —la mujer que me crio—, cuidando de ella, para luego llevarla a casa de sus abuelos en un avión a Milano, la entregaré a sus nuevos protectores.

—Marcello —saluda con voz temblorosa.

Señalo la única silla que hay en el recinto, la sangre vieja mancha el lugar y sonrío recordando la manera en la cual he asesinado a hombres en este sitio, muchos gritan piedad, he matado a hombres que disfrutaban como yo de la adrenalina que se produce al torturar, convirtiéndolos en pequeños trozos que habitualmente quemamos para que nadie los reclame; sin cuerpo y sin evidencias es la manera de cometer el crimen perfecto.

Es como simplemente tomar una pinza e ir sacando una a una las uñas, primero de las manos y luego de los pies, cortar en las partes correctas para causar dolor sin que la persona se desangre. Los gritos, el llanto, la relajación de los esfínteres, es su propia adrenalina junto al cortisol, todo eso da a un acto lleno de sangre y dolor, un coctel victorioso, una droga que me hace sentir vivo.

—Interesante la información que he obtenido esta noche, Greco —comento rompiendo el silencio.

—Marcello, no estoy para juegos psicólogos, a mi más grande tesoro la tiene un loco —responde nervioso.

Su más grande tesoro, pobre niña, ni siquiera sabe el tipo de padre que tiene.

—Una lástima lo de Ginevra, pero los Saboya nadan en dinero, propiedades y sé que tu mujer era dueña de un fideicomiso sustancial, lástima que se lo dejó todo a Elisabetta...

—¿A qué viene esto? —pregunta.

—El espectáculo de renunciar a todo lo malo mientras tu hija hacía la primera comunión, muy al estilo de las películas, para manchar el momento con sangre...

—¿Estás diciendo que maté a mi esposa?! —grita levantándose para acercarse.

De la oscuridad emerge Mario, mi mano derecha, y lo ahorca desde atrás. Angelo Greco es una rata inmundada, pero lo necesito vivo.

—Basta, Mario, Greco es nuestro amigo —ordeno—. No sé atrevería a traicionarme

trayendo a la mafia rusa a mi territorio.

Mi mano derecha lo empuja contra el piso y cae, Angelo intenta levantarse, pero Mario lo vuelve a arrojar contra el piso de una patada, camino hacia él y pongo mi zapato en su rostro.

—Te dejaré vivir, Greco, pero si alguna vez le pasa algo a Elisabetta, voy a matarte, voy a descuartizarte como a una vaca, hasta llegar a tu corazón y comérmelo —amenazo. Mientras afinco mi pie en su rostro, lo escucho gemir de dolor—. Nadie puede matar en mi territorio sin mi autorización.

Me alejo y hago una señal a Mario, que lo toma los brazos. Nunca me arrodillo, es simple, todos deben hacerlo ante mí. Tiembla cuando me acerco lentamente, el hombre estuvo a nada de violar a la niña.

—¿Dónde está Elisabetta? —inquiére.

—Nada de preguntas, aquí no tienes derecho.

Carlo, Giuseppe y Giovanni traen al hombre, veo palidecer a Angelo. Sonrío, ellos saben lo que deben hacer, lo amarran en la silla que ocupaba mi invitado especial. Carlo, mi ahijado, busca mi maleta y la coloca en la mesa. La abre para mí mientras camino hacia allá. Lo primero que veo es la jeringa con adrenalina, la tomo y la guardo en mi bolsillo. Hay pinzas, alicates, también cuchillos, bisturí, navajas. ¡Un violador de niños en mi maldito territorio!, tiene que sufrir; tomo unas pinzas e improvisaré.

—Somos todos unos malditos asesinos, pero hay algo que tengo prohibido en mi territorio —comento colocándome las manoplas—. En Roma no se violan ni niños y tampoco mujeres.

Me giro y veo palidecer a Angelo, mientras el hombre se remueve saltando en la silla. Camino lentamente, él sabe que va a morir y que yo seré su verdugo. Lo primero que hago es golpearlo en el estómago, la cinta en su boca ahoga el grito de dolor, luego golpeo su rostro, otro grito que no se escucha mientras niega. Hago un gesto y los hombres se acercan, Carlo lo toma por el cuello mientras Giovanni le desata las manos.

Su pantalón se moja y escucho a Carlo murmurar: *vaffanculo*. Tomo su mano y la pinza, me quedo mirando sus uñas y pensando por dónde iniciar, se remueve con fuerza, asustado. Decido iniciar por el dedo del corazón, trata de zafarse cuando aprieto las tenazas con fuerzas y jalo la uña. Sangre, el silencio de su dolor, quiebro su dedo. Hago lo mismo con todos los dedos de esa mano. Me alejo y le arranco la cinta. Grita, vomita, Giovanni maldice porque lo hace en sus zapatos.

—¿Qué quiere la mafia rusa? —inquiero.

—Angelo quiere tu territorio y vendió a su hija al *Pakhan* —contesta—. Elisabetta Greco es propiedad de la *Bratvá*.

Mario se lanza sobre Angelo para golpearlo. Sonrío, mi segundo al mando nunca me decepciona. Lo golpeo de nuevo, el asco que siento por los violadores me supera, soy producto de una violación y mi madre se suicidó cuando yo tenía diez años, dejándome solo en la calles de Roma. Saco mi cuchillo y pienso clavarlo en su corazón, pero no lo hago, Mario tiene sujeto a nuestro invitado, me giro y lo lanzo apuntando hacia Angelo, sin fallar lo clavo en su pierna.

—Elisabetta Greco no le pertenece a nadie.

Saco mi pistola y disparo al maldito que trató de hacerle daño a la chiquilla que me cautivó.

Me acerco hacia Angelo, me quedo mirándolo y sin pensarlo coloco el cañón de mi

arma en su frente. *Un dannato traditore, i traditori meritano la morte.*¹

—Pensándolo bien, no mereces vivir, los traidores pagan con sangre.

—Marcello, me conoces, sabes que yo nunca...

Suelto una carcajada.

—Greco, los hombres como tú y como yo somos capaces de todo por el poder, pero fallaste en algo, no solo me traicionaste a mí, traicionaste a tu familia, esa será tu maldición.

Le disparo y cae en el piso, la niña de los ojos verdes crecerá mejor sin él. Me alejo con Mario a mi lado.

—Tendremos que buscar otro juez —comenta.

—Siempre hay alguno que necesite dinero —agrego—. Manda a Carlo a guardar las grabaciones.

Salimos del lugar, observo el baño de sangre que he perpetrado, asesiné el día que mi corazón latió diferente por primera vez.

Capítulo 1

ELISABETTA

Actualidad

Me asomo por ventanilla del avión y sonrío cuando anuncian que estamos a punto de aterrizar en Roma. Han pasado diez años desde que me fui de la ciudad que me vio nacer, luego del asesinato de mis padres por la mafia calabresa, es lo que siempre repetía mi abuela, que soy una Saboya y la mafia me había arrebatado todo. También que por mis venas corren siglos de historia, mis abuelos dejaron Italia para mudarse conmigo a Londres.

Regreso para casarme con un Borbón-Dos Sicilia, otro supuesto heredero al trono italiano, no obstante, si por mí fuera estaría en Tailandia viviendo en una cabaña cerca del mar; cuando los deseos irrefrenables de escapar emergen, me recuerdo que mi familia sacrificó todo por mantenerme a salvo del destino más terrorífico. Me quedo mirando la ventana, a mi lado está mi prima Olivia, quien toma mi mano y la aprieta mientras aterrizamos.

Casa.

Italia es mi hogar, nunca me sentí cómoda en Londres, sentía que me habían arrancado de mi lugar feliz. Mi madre era dulce y hermosa, siempre cuidaba de mí, recuerdo esa última mañana juntas y se me hace un nudo en la garganta.

—Estamos aquí —murmura Livie.

—Sí —musito.

—¿Estás bien? —pregunta.

—No lo sé —contesto, tengo un montón de sentimientos y ninguno me da paz.

El avión privado de mi tío se detiene y nosotras nos miramos, ella es la hermana que no tuve, mi tío es mi todo. Respiro profundamente; mi prometido, Adriano, es guapo, soy afortunada al casarme con él y además es un caballero, el príncipe perfecto y encantador, pero no es el hombre que amo, nunca me he enamorado. Acepté mi futuro de la misma manera que lo hice con la muerte de mis padres, la resignación es parte de mi modo de vida.

Bajamos y ya nos está esperando un automóvil en la pista de aterrizaje. Toda mi vida tuve la sensación de ser observada, esa incertidumbre se acrecentó durante mis años en el internado y estando en Oxford, todavía me faltan dos años para graduarme. «*Dios, no quiero casarme*», susurro en mi mente muerta de miedo por mi próximo futuro. Miro a mi alrededor, pero no veo a nadie, sin embargo, sé que hay alguien cerca, ese desasosiego en mi pecho me lo confirma, intento calmarme mientras sigo a Livie y entramos al automóvil.

—¿Cómo te sientes? —indaga.

—Como si estuviera a punto de morir —respondo resignada—. ¿Qué estoy haciendo?

Mi prima aprieta mi mano, sabe que estoy siendo lanzada a un matrimonio arreglado. No quiero casarme, a veces quisiera ser normal.

—Habla con papá, Lilibet —me ruega, usando el apelativo que me dio mi abuelo.

—No, tengo que hacerlo, por la abuela —replico cansada.

—Tienes veinte años, no puedo creer que te obliguen a hacerlo, apenas estás estudiando —recrimina—. Nunca volverán al trono, esto de la aristocracia es una ridiculez, imaldita sea! Mi papá es conde, esto no es normal.

—No puedo decir que no, no ahora —afirmo—, no puedo echarme para atrás, Livie.

—No puedo creer que aceptes toda esta mierda, Elisabetta.

Respiro hondo, tampoco entiendo nada, aunque fui educada para esto. Livie y yo somos el resultado de una educación adecuadaf, de internados, de vacaciones en lugares estratégicos. Nunca hemos salido en los periódicos, mi prima odia ser el centro de atención, y yo simplemente tengo miedo de que la mafia me encuentre, ellos me quitaron a mi familia, asesinaron a mis padres, lo hicieron porque mi papá era un juez que luchaba contra a ellos y estorbaba.

Salimos del aeropuerto y poco a poco nos acercamos a la ciudad que me vio nacer. Me invade una sensación de paz y alegría, durante diez años les rogué a todos volver, siempre me lo negaron. Evitaban el tema de mis padres, era como si de alguna manera me hubieran quitado todo. No recuerdo nada de ese día, lo que leí es que estaban celebrando mi primera comunión, cuando un hombre mató a mi madre y luego me secuestró.

Bajamos en la villa privada de mi familia. Soy una Greco, mi padre me dejó fincas, pisos y mucho dinero. Al descender, me giro y veo en la verja un automóvil de color negro con vidrios tintados. Por un minuto creo que la persona que lo conduce está observando, un cosquilleo se forma en mi pecho, niego con mi cabeza y lo observo arrancar.

—¿Vienes? —pregunta Livie.

—Sí, ya voy —respondo girándome para verla.

Mi prima y yo somos diferentes, mientras tengo el cabello negro y cortado al estilo *Bob*, ella posee una cabellera rubia que le llega por debajo de su trasero. Sus ojos son azules y cuando se emociona pueden volverse negros, es como mirar el cielo de día o de noche. Los míos son de color verde, «como el olivo en Sicilia» repetía el *nonno*. Olivia es alta, mide casi un metro ochenta de altura, frente a mi uno sesenta, soy mínima. Dos años mayor que yo, pero desde que llegué a Londres ocho meses después de mi tragedia, se convirtió en mi compañera.

La casa está como la recuerdo, no ha cambiado. La majestuosidad del lugar es imponente, mi madre tenía un gusto exquisito. Livie se tira en el sofá sin ningún tipo de modales mientras me recuesto en el diván.

—¿Qué haremos mientras llegan? —averigua.

—Quiero ir a la tumba de mis padres y, luego, somos libre para lo que inventes.

—Podemos ir mañana —sugiere.

—Vale —acepto, ese automóvil es la confirmación de que me siguen.

—Pienso hacer de estos días los mejores de tu vida —asegura

Observo a mi prima, me contagio de su entusiasmo.

—¿Qué esperamos? —pregunto emocionada.

Livie sonríe pícaramente y Dios me libre, pero cada vez que lo hace terminamos metidas en problemas, de niña cometíamos travesuras y siempre terminaba castigada sin postre.

—Ve a cambiarte, quítate la ropa de niña rica —ordena—, hoy solo seremos dos turistas.

Subimos corriendo y hago lo que me pide, solo quiero vivir, ser yo, no Elisabetta Greco, no la nieta de Amadeo de Saboya, tampoco la sobrina de Manuel de Saboya, solo yo, una chica de veinte años, redescubriendo la ciudad en la que nació.

Estamos sentadas en la Gelateria Cecere Antonietta a pocas cuadras de la Fontana di Trevi, he pasado la tarde mirando de un lado a otro, pues no paro de tener la sensación de que nos observan y nos siguen.

—¿Estás segura de que el tío no tiene más seguridad? —pregunto.

Un mesero nos sirve una copa de vino, giro mi cabeza buscando y observo a un hombre alto vestido con una camisa de color negro y un pantalón tipo padrino de color gris, no puedo verle el rostro, porque a su alrededor hay otros hombres como protegiéndolo, su espalda es ancha y tiene un buen trasero, ¿qué tienen los hombres italianos? Son como obras de arte esculpidas, cuerpos perfectos, sonrisas perfectas, todos son como sacados de una foto de Instagram.

—Lilibet, no, papá no nos puso seguridad —afirma.

Me vuelvo y agarro la copa, me bebo casi todo el contenido.

—Es que siento que nos observan —susurro—. Crees que...

—Estás a salvo... —me interrumpe.

Suspiro apesadumbrada, disfruté del paseo y de verdad hace tanto que no me sentía tan viva, aunque hablo perfectamente el italiano hemos acordado que solo hablaríamos en inglés, porque no queremos despertar la atención no deseada. Una sombra se cierne sobre nosotras, levanto la vista de la mesa y se me corta la respiración.

El mismo hombre que captó mi atención está frente a nosotras, tiene alrededor de cuarenta años o tal vez más, su cabello oscuro está salpicado de canas, su piel bronceada se deja entrever por los primeros botones de su camisa, pero son sus ojos de color violeta los que me fascinan, parece peligroso y al mismo tiempo hermoso, demasiado guapo, del tipo que te corta el aliento.

«*Seré tu esposa al crecer*», escucho mi propia voz y niego.

—*Signorina Greco*² —saluda.

—*I'm not who you think*³ —contesto.

Sonríe y algo me dice que no lo hace muy seguido. Comparto una mirada con Olivia quien lo observa fascinada. Vuelvo a mirar al hombre, es hermoso, no guapo, hermoso, con un halo de oscuridad que lo hace ver atemorizante; verlo es como admirar una escultura, se nota que está en buena forma.

—*Mentire è scortese, dolcezza, ma presto ci rivedremo*⁴ —responde dándose media vuelta.

No puedo evitar girarme para seguirlo con la mirada, cuando sale acompañado de los hombres, estoy segura de que es él quien me ha seguido toda la tarde.

—¿Lo conoces? —averigua Livie.

—No —contesto.

Sin embargo, en mi mente se repite esa voz infantil asegurando que me casaría con ese hombre. Lo recordaría, recordaría unos ojos así y, por supuesto, a alguien como él.

Le pido a Olivia volver a casa, no sé por qué razón tengo un mal augurio. Acepta de mala gana, al llegar se retira a su habitación mientras me quedo dando vueltas en este

lugar que alguna vez llamé hogar.

Dolcezza.

La voz del extraño se repite en mi mente, a veces tengo pesadillas con el día que asesinaron a mis padres, recuerdo a mi madre con su cabello rubio recogido en un moño con un hermoso vestido blanco, recuerdo cómo en la mañana ella misma me peinó para ir a la iglesia. También recuerdo a mi papá, siempre miraba con ojos llenos de amor a mamá.

Me detengo en el salón, este palacete tiene un hermoso salón de baile. Cierro los ojos y puedo recordar el olor de las flores que usaron ese día, las personas que hablaban en voz alta, mamá presentándome a personas importantes y nada más.

«*Seré tu esposa al crecer*», escucho mi voz, al mismo tiempo que intento ver al hombre que tengo frente a mí. Nada, no sé por qué me molestó en intentarlo, el psicólogo asegura que bloqueé todos mis recuerdos de ese día como mecanismo de defensa. Camino hacia las puertas dobles, salgo al jardín y me quedo mirando la luna.

Al irme de Roma, tuve que dejar atrás muchas cosas, mi casa, mis recuerdos, la tumba de mis padres y mi dolor. Mis *nonni* cuidaron de mí, primero en Milán y luego en Londres, pero siempre me faltó algo, no es fácil ser la niña de la cual sus padres fueron asesinados.

Mi regreso no es lo que soñé, en dos días anuncian mi compromiso al mundo y en un mes, una boda, una jodida boda. Salgo de una jaula de oro, para entrar en otra. Vuelvo al interior, me quedo mirando un rincón, puedo verme junto a mis padres mientras fascinada observo a alguien, solo que su rostro no se materializa frente a mí. Niego y decido que es hora de descansar.

Casi no pude dormir, así que me levanté para intentar hacer algo en casa. Mi tío llegará en una semana, Livie para nada es persona de despertarse temprano. Me acomodo para ir a un lugar, uno al que tengo mucho tiempo sin ir y necesito.

El chófer está esperando cuando salgo, me quedo mirando por la ventana del automóvil todo lo que alguna vez me pareció familiar, pero ahora es completamente extraño.

Estoy segura de que Olivia va a increparme por hacer esto sola, solo que hay asuntos en los que no necesitamos compañía. Nos detenemos cerca para comprar unas flores, no comí, no sé si son los sentimientos de nostalgia; al ver la verja, cierro los ojos por unos segundos. El automóvil se detiene en un mausoleo de mármol, en la parte superior brilla el apellido Greco tallado, el vidrio me deja ver el lugar donde descansan mis padres.

El frío de la muerte me golpea, apenas son las ocho de la mañana. Saco de mi bolso la llave, una que se me negó tantas veces. Lo abro, hay flores frescas, aunque dejo las mías. Me quedo mirando la inscripción, sus nombres, Ginevra y Angelo Greco.

—Perdón por no venir antes —susurro—, pero saben que viven en mi corazón.

Me quedo ahí, mis memorias son confusas, a veces recuerdo solamente a mamá, en ocasiones tengo con papá. Tenía diez años cuando la maldita mafia me arrebató la oportunidad de tener una vida normal.

—Los amo, volví a casa y no me iré, lo prometo.

Me quedo ahí un rato, cuando siento que es el momento me despido con la promesa de volver. Al salir, vuelvo a encontrarme con un automóvil estacionado muy cerca. Me

quedo mirando, pero niego al darme cuenta de que tal vez es algún visitante.

Abro la puerta del auto, sin embargo, todo pasa muy rápido, alguien me toma tapándome la boca, noto un pinchazo en el cuello, todo se desdibuja hasta cerrar mis ojos.

Capítulo 2

MARCELLO

Elisabetta cae en mis brazos completamente inconsciente, el destino la trajo de nuevo a mí, aquellos ojos verdes nunca me dejaron en paz. Desde lejos la he visto convertirse en una preciosa mujer, dulce, y al mismo tiempo la más triste. Sé muy bien sobre la mentira de Manuel que Saboya le contó, algún día cobraría mi deuda por salvar a su sobrina del más cruel de los destinos. Recuerdo como si fuera ayer aquella noche en Milano.

Bajé del avión con la niña sedada, no iba a permitir que nadie la tocara. Durante el vuelo despertó asustada, por primera vez mi corazón sintió empatía, llamaba a su madre llena de desesperación y con la necesidad de que fuera ella quien la tuviera en brazos, su rostro lleno de golpes me encendió de rabia, mataría a todos los que hicieron daño. Cuando mis ojos se cruzaron con los suyos de color verde, estaban llenos de dolor, su alma se había roto, su maldito padre creyó que podría hacer algo así delante de mí y salir ileso. Ese día algo cambió en mi alma, supe que podía sentir algo parecido a la empatía por alguien.

Mi reinado, mis leyes. Ni niños, ni mujeres, son intocables, en mi espalda llevaba el recordatorio de lo que puede causar un pedófilo. Si he de exterminar a una familia entera, uso métodos rápidos, un coche bomba, un atentado. Nunca entregaría a un infante para ser vendido, Angelo Greco creyó que podía traicionarme, no recordó que entre el infierno y mi reino nada puede ser oculto. Nunca me arrepentiré de asesinar a un hombre capaz de vender a su propia hija para ser usada sexualmente.

Manuel de Saboya, príncipe de Venecia, estaba esperando en un todoterreno blindado, mi socio en los negocios, se acercó para tomarla en sus brazos. Sabía que Elisabetta estaría a salvo con su familia materna.

—¿Está muerto? —preguntó.

—Tienes una deuda de sangre conmigo —respondí, aquello significaba que el día que cobrara su deuda, sería una vida por una vida, sin embargo, quien tenía la deuda era la pequeña.

—Marcello, salvaste el más grande tesoro de mi familia —afirmó—, pagaré con mi vida, de ser necesario.

Tomé un mechón de la pequeña, la observé por un instante y me fui. Aquello era mucho más de lo que pude haber hecho por cualquier otra persona. «La cuidaré toda su vida», prometí en mi mente cuando me di vuelta para regresar a mi mundo.

—Marcello —me llama Mario.

Alzo mi mirada.

—¿A dónde vamos? —pregunta.

—A casa —contesto.

Acomodo a Elisabetta entre mis brazos mientras arrancamos para salir del cementerio. Anoche no resistí la tentación de acercarme, la acecho desde que cumplió los diecisiete años. Algo nació en mí aquel mediodía en la celebración de su Primera Comunión. Acaricio su cabello y con mi dedo recorro su rostro, he esperado tanto por tenerla que

todavía no puedo creer que esté en mis brazos.

Mi Elisabetta, su tío creyó que iba a casarla con un aristócrata. Solo que mis planes siempre han sido otros, su deuda de sangre será pagada de otra manera.

—¿Qué piensas hacer con ella? —indaga mi mano derecha.

Mario Bianco ha estado a mi lado tantos años, que se ha convertido en la persona más cercana a mí. Sin embargo, he aprendido que hasta tu sombra puede traicionarte.

—Aún no lo sé —miento.

—Nunca he cuestionado tus decisiones, pero creo que no es la mejor que has tomado.

—Mario... —le increpo.

—Esa chica es inocente, la salvaste de un destino siniestro, pero ahora la condenas a una vida llena de sangre.

—La deuda de sangre no la tiene su tío, la tiene ella —afirmo—, he esperado el tiempo correcto para cobrarla.

—Tiene veinte años —replica.

—¿Me estás llamando viejo? —inquiero rechinando los dientes.

—Tienes mi edad, Marcello, nunca diría que somos viejos —responde evadiendo mi acusación—. Somos amigos, eres el padrino de mi hijo, solo que esa chica...

—¡Es mía! —sentencio.

Zanjo el tema, no seguiré discutiendo mi decisión, el día que su tío decidió regresarla a mi territorio, ese día decidí reclamarla. Tuvo la cortesía de avisarme, lo que nunca imaginó es que iba a exigir lo que me pertenece.

Salimos de Roma, al ver mi propiedad no puedo evitar sonreír satisfecho. Mario mantiene la boca cerrada hasta que llegamos, desciende del automóvil y me abre la puerta para que pueda bajar. En la puerta de mi palacete está Alba —mi ama de llaves por capricho de ella y la única mujer que considero algo así como una madre—, puedo ver la desaprobación en su rostro, a este punto de mi vida no necesito la aprobación de nadie. Subo las escaleras con mi futura esposa, paso por su lado ignorando la mirada que me dedica.

La mia dolcezza nunca me aceptaría, pero me pertenece, he asesinado por ella y lo seguiré haciendo. Quemaré el mundo por ella, selló su destino cuando con inocencia aseguró que se casaría conmigo. Abro la puerta de mi habitación, camino hasta mi cama y la coloco sobre ella.

La observo descansar, su cabello negro resalta sobre mis sábanas de color vino, su piel nívea es suave, muero por descubrir cada centímetro de ella, explorar el sabor de sus mиеles. Me acerco para dejar un beso casto en su coronilla.

—Descansa, *dolcezza*.

Quisiera quedarme hasta que despierte, pero tengo negocios que atender. Ya tendré el placer de despertarla con mis besos mientras la follo.

Carlo está haciendo su trabajo jaqueando a un idiota que pensó que podía engañarme, a la par que yo reviso la bolsa de valores. Mi dinero es blanqueado invirtiendo, en diez años he multiplicado el capital que construí, soy asquerosamente rico, pero mientras más poseo, más deseo tener, seguro fueron los años de desesperación buscando en la basura para comer.

Fue Alba la que me rescató, cuidó de mí, pero también me presentó al Inframundo. Un

vulgar ladrón que siempre quiso más, es lo que soy. Me salvó de ser violado y asesinado, le debo todo. La puerta se abre y ella entra, trae una bandeja con comida.

—¿Ya despertó? —pregunto.

—Sigue dormida —contesta—, Marcello...

—Ni te atrevas a opinar sobre esto —advierto.

Carlo levanta la mirada de su computadora portátil y se pone de pie en silencio. Lo observo salir para dejarme a solas con Alba.

—Es una niña —me recrimina—, no te eduqué para esto.

Suelto una carcajada, nunca me dio valores, Alba es tan retorcida como yo, la vi asesinar a hombres que doblaban su tamaño.

—Me educaste para asesinar, para robar y gobernar —la ataco—. Soy un monstruo sediento de sangre, mientras más la pruebo, más la deseo y no me importa.

—Esto es diferente, necesitas a una mujer que sepa en lo que se está metiendo, esa chica traerá problemas —vaticina.

—¿Con quién? —rebato—. Han pasado diez años desde la última guerra, nadie se atreve a meterse conmigo, saben que no están en condiciones para hacerlo.

Niega con su cabeza, Angelo Greco creyó que podía hacerme caer, metió a la mafia rusa dentro de mi territorio, vendió a su hija al *Pakhan* y este la traficaría. Fueron horas de tortura para que el hombre que se llevó a Elisabetta confesara. Todos ahora duermen bajo las ruinas del Imperio Romano.

—Eres mis ojos en esta casa, Alba, te respeto y te has hecho llamar ama de llaves porque quieres, pero la mujer que duerme en mi cama, será la señora y quiero que la respeten.

—Nunca haría nada para dañarte, *piccolo mostro* —afirma—, pero recuerda que amar nos hace débiles y eres el Romano, porque nunca han encontrado tu talón de Aquiles.

Mario abre la puerta sin tocar, nos observa a los dos.

—Ha despertado —anuncia.

Los despido con mi mano, los dos salen de mi despacho. Alba es la última en hacerlo.

—Déjala que grite, no quiero que nadie entre ahí —advierto—, Elisabetta Greco es mi asunto.

No responde, pero sabe que si llega a hacer algo que me moleste voy a acabar con ella. Sale dejándome solo, en mi computadora portátil activo la pantalla y el sonido.

—¡Auxilio! —Llora—. ¡Ayuda!, ¡por favor!

Golpea la puerta, su cuerpo convulsiona por el llanto, la observo desplomarse en el piso. Mi corazón late apresurado, siento la necesidad de cuidar de ella, protegerla y abrazarla. Por años sus ojos me han perseguido, pensé que era un enfermo obsesionado, primero imaginé que de alguna manera la niña me había cautivado, pero a medida que el tiempo pasaba y descubría que se convertía en una hermosa mujer, todo cambió. Fue en su cumpleaños número diecisiete que la vi dentro de la mansión de su tío en Londres, que lo supe, que no descansaría hasta convertirla en mía.

Seca sus lágrimas y se levanta, camina por la habitación, pidiendo ayuda. Se sienta en la cama, mira alrededor con miedo de que algo emerja para hacerle daño.

Tocan la puerta, cierro la aplicación para que nadie la vea.

—Adelante... —digo.

Giovanni entra junto a Mario, supongo que debo trabajar un poco antes ver a mi futura esposa.

—¿Todo listo? —averiguo.

—Tienes un cargamento entero de armas —contesta Giovanni—. Los calabreses están esperando a que les vendas municiones, mientras los sicilianos están pidiendo un lote de granadas, pagarán en efectivo.

—¿Qué tenemos nuevo? —interrogo.

—Un lote de dos mil Beretta, son una belleza —responde.

—Perfecto... —Me levanto—. Pídeles a los calabreses el doble por ellas, deja unas quinientas para nosotros, avísales que el pago debe ser transferido a las cuentas de *bitcoins*.

—Entendido —contesta.

—¿Cómo van las ventas en la *dark web*? —inquiero.

—Eso es tema de Carlo, pero hay un pedido pagado por nueve millones de euros —informa Mario.

—Quiero que averigüen de quién se trata —ordeno.

Mario asiente, organizamos lo que debe hacerse en los próximos días. Intento que mis hombres acepten tareas para estar con ella, sin embargo, no puedo descuidar mis obligaciones.

Carlo entra informándome de los últimos movimientos en la *dark web*, cuando Mario y yo descubrimos que su hijo de quince años era un genio, explotamos cada una de sus habilidades. Mi segundo al mando es tan rico como yo desde hace unos años.

Mi negocio principal es el tráfico de armas, tengo conexiones con varios gobiernos y grupos terroristas que son capaces de pagar millones por obtener armamento moderno de punta. Al terminar, decido que ha llegado el momento.

Salgo del despacho con la urgencia de verla frente a frente despierta, sé que en este momento me verá como su enemigo, como el hombre que la ha secuestrado. Subo las escaleras y escucho sus gritos pidiendo ayuda, ya no se escucha su voz llorosa.

Valiente.

Estoy seguro de que va a reconocermé, anoche me observó con sorpresa cuando me acerqué a su mesa. La seguí mientras tenía una pequeña aventura de libertad con su prima. Saco la llave de mi bolsillo a la par que ella le pega a la puerta con desesperación.

—¡Ayuda! —grita con voz ronca—. ¡Auxilio!

Introduzco la llave en la cerradura, el seguro cede y sus gritos de igual manera. Muevo el pomo con lentitud y abro, la encuentro de pie mirándome, sus ojos me reconocen al instante.

—Tú...

Sonrío.

—*Dolcezza* —la llamo trancando la puerta y pasando el seguro con la llave.

—Está confundido de persona —miento.

Me quito la americana de mi traje, para que pueda ver el arma que llevo en la funda. Abre los ojos y puedo ver el miedo en esos fanales verdes.

—Elisabetta, no me mientas —ordeno—, sé muy bien quién eres. —Contiene la respiración—. Te he vigilado durante diez años, cada paso que diste, cada respiración que tomaste, cada viaje, internado, estuve ahí.

Niega con su cabeza.

—No tengo nada que darte —afirma—. ¿Eres de la mafia?

Doy un paso hacia ella, se abraza a su cuerpo y se aleja. Me encoleriza que no me

reconozca, que me tenga miedo cuando lo único que deseo es poseerla hasta que el sol vuelva a emerger mañana.

—Tienes una deuda conmigo, *dolcezza*.

—No te conozco, no puedo tener deudas contigo —contesta.

Me acerco y cuando trato de acariciar su rostro se aleja. Me observa con recelo, puedo oler su miedo junto a su aroma a lilas, su rechazo me golpea y meto las manos en mis bolsillos para apretarlas en un puño.

—La tienes, por eso vengo a ofrecerte dos maneras en las que puedes pagarme.

—Mi familia tiene mucho dinero, pueden pagarte cualquier suma, pueden darte joyas, obras de arte, todo lo que puedas desear —responde.

Suelto una carcajada, no quiero burlarme de ella, pero si tan solo supiera que mi fortuna cuadriplica a la de su familia.

—No, *dolcezza*, tu deuda es de sangre, solo puedes pagarla con sangre o algo más...

Tiembla y veo una lágrima rodar por su rostro. Tentado por tocarla, saco una de mis manos y la acerco de nuevo, acaricio el trayecto de la gota con mi pulgar, se estremece ante mi toque, se aleja para poner distancia entre los dos.

—¿Vas a matarme? —pregunta.

—Podría, pero no es lo que deseo.

Me observa estudiándome, anoche me di cuenta de que no me recuerda. Ni siquiera aquella tarde que nos cruzamos en la casa de su tío, ella tenía diecisiete y yo cuarenta y dos.

—No puedo darte más que dinero, estoy dispuesta a darte todo lo que quieras —asegura.

—¿Me darías cualquier cosa? —inquiero.

—Cualquier cosa —afirma.

Sonrío.

—Es un hecho que serás mi esposa, *dolcezza*...

Capítulo 3

ELISABETTA

—Es un hecho que serás mi esposa, *dolcezza*... Su afirmación me hace estremecer, ni siquiera conozco el nombre del hombre que tengo frente a mí. Sus ojos color violeta y su sonrisa lo hacen ver diabólico.

—Ni siquiera sé tu nombre —murmuro nerviosa—. Además, no voy a casarme contigo, no puedo.

Se acerca caminando con la elegancia de un felino a punto de cazar a su presa. Me ofrece su mano, me quedo mirando y algo dentro de mí debe estar mal, porque sé que no me haría daño. «*Estás loca, Elisabetta, estás loca, este hombre es un mafioso, un asesino*», me regaño en mi mente. Sin embargo, tomo su mano impulsada por la curiosidad de conocer su nombre.

—Marcello Tocci —se presenta.

«*Seré tu esposa al crecer*», susurra mi voz de niña.

—Me conoces, no voy a presentarme —le reclamo alejándome.

Su toque todavía quema en mi piel, tengo que encontrar una manera de convencerlo para que me deje ir, aunque sé que con mafiosos no se negocia.

—*Dolcezza*, mañana nos casaremos —anuncia—, lamentablemente tu familia no podrá estar presente, pero apuesto que estarán felices por nuestras nupcias.

Me mareo, primero porque no como desde anoche y, segundo, porque nunca ni en mis peores pesadillas pude imaginar casarme con un mafioso. Me tambaleo, Marcello me atrapa entre sus brazos.

—Todo estará bien, *dolcezza*... —afirma sentándome en la cama—. Cuidaré de ti como siempre lo he hecho.

Niego en silencio, esto no puede estar sucediendo, mis abuelos dejaron el país intentando salvarme de la mafia y ahora estoy en manos de un hombre peligroso, no puedo creer que esto esté pasando. Mis pesadillas más profundas se manifiestan, quiero llorar, pero cuando me di cuenta de que estaba secuestrada, juré que no iba a hacerlo. Me han quitado todo, no me van a quitar mi fuerza. Me alejo de él y me levanto, puedo ver en su rostro que le molesta el rechazo.

—No voy a casarme contigo, si quieres me matas —reviro—. Prefiero estar muerta que casarme con un asesino.

Sonríe diabólicamente y tiemblo, nunca imaginé que alguien podría darme tanto miedo. «Es hermoso, es hermoso», repito en mi mente. Se levanta y mete las manos en los bolsillos de su pantalón.

—Bien, *dolcezza*, veo cómo serán las cosas, hazme tu villano; si eso te sirve ahora, está bien. —Se acerca y me toma del brazo, lo hace con fuerza pero sin hacerme daño—. Alba vendrá más tarde para mostrarte tus vestidos de novia y mañana antes de que el Angelus sea recitado, serás mi esposa.

Me hala hacia él para dejar un beso casto en mi frente, me suelta y sale de la habitación. Me quedo mirando hacia la puerta, respiro hondo y exhalo lentamente alejando las lágrimas. Me acerco a la ventana, trato de abrirla, pero no puedo. Observo el lugar, parece que estamos lejos de la ciudad. Niego mirando el jardín imponente, hay

un pequeño laberinto, intento encontrar el centro y sé que no lo haré.

Me alejo y abro las puertas que hay, encuentro un vestidor que iguala el tamaño de la habitación que acabo de dejar, hay ropa de mujer y echo un vistazo, todos los vestidos tienen las etiquetas y son de mi talla, reviso los zapatos y es igual. Al frente hay más ropa, pero esta es de hombre, son trajes italianos hechos a la medida, camisas, vaqueros, todo ordenado por color y el que predomina es el negro. Llego hasta donde hay unas botellas, encuentro perfumes, destapo uno y es exquisito, amaderado con toque a especias.

Cierro los ojos transportándome por el aroma, puedo verme en la cama junto a él, niego con mi cabeza y salgo del vestidor. Entro al baño para lavarme el rostro con agua fría. Escucho la puerta abrirse, tengo que ser valiente. Si lo intento de la manera adecuada es probable que pueda convencer con una pequeña fortuna a alguna persona y escapar.

Asomo mi cabeza y veo una mujer que lleva un vestido de color negro, el cabello blanco recogido en una coleta alta, lleva unos zapatos de salón con tacón bajo.

—Elisabetta, seguro sabes que es de mala educación espiar —comenta girándose.

Sus ojos color miel sonríen al igual que su boca, ella debe ser Alba. Me percató de la bandeja que tiene en las manos y salgo, mi estómago gruñe a causa del hambre.

—¿Alba? —pregunto.

—Sí, cariño, ven a comer algo —me pide y lleva la bandeja a la mesa que está junto a la ventana—. Seguro tienes hambre, Marcello a veces puede ser bruto como nadie, mira que traerte de esa manera.

—Lo es —musito.

—¿Dijiste algo? —averigua y niego con mi cabeza en respuesta.

La observo dejar todo, se aleja y saca una llave para abrir la ventana. No puedo lanzarme por ella, me mataría o mínimo quedaría cuadripléjica, me acerco a la mesa y me siento. Se vuelve hacia a mí, sonrío y creo que es la persona correcta para pedirle ayuda.

—¿Puedes ayudarme? —averiguo con voz rota—. Te daría dinero, todo el que quieras —ofrezco.

Se acerca, destapa la comida y son costillas de cordero al horno con una guarnición de puré de papas y ensalada. Me quedo mirando la comida, tengo hambre, pero al mismo tiempo con todos los acontecimientos, se me cierra el estómago.

—No necesito tu dinero, *piccola* —afirma—, Marcello me hizo tan rica que no tengo idea cómo gastar tanto.

Suelto un sollozo derrotada, esto es una locura. No puedo casarme, ni siquiera lo conozco, no tengo idea de quién es. *Marcello Tocci*, solo un nombre y nada más. En este momento mi prima debe haber avisado a mi tío que estoy desaparecida, puede que me rescaten antes de mañana. Puede que no seamos la realeza oficial, pero mi tío es Manuel de Saboya, un conde, él posee contactos con el gobierno italiano y de muchos países.

—No tengo hambre —afirmo.

—Matarte de hambre no va a servir de nada, *piccola*, conociendo a tu futuro esposo, vendrá a darte a la comida él mismo y no creo que te guste —advierte.

Pongo los ojos en blanco, siempre he sido una persona obediente, nunca he hecho nada para molestar a mi familia, intento que todo lo que hago sea lo que ellos quieren. Es por eso que estoy en Italia, debía casarme con Adriano, no es que yo quisiera, sino porque mis abuelos y mi tío lo deseaban así.

—Supongo que vas a mostrarme vestidos de novia, eso es lo que ha dicho él —comento tomando los cubiertos.

—Sí, pero primero come con tranquilidad —contesta.

—Tranquilidad, claro... —murmuro—, me secuestran y ahora me obligan a casarme con un mafioso, esto es increíble, creo que lo cuento y nadie va a creerlo.

Alba suelta una carcajada, me encanta ser la diversión de unos criminales. Esto es lo que me faltaba, ahora soy la payasa de personas como ellos. Recuerdo las fotos que encontré sobre el crimen de mis padres, pagué mucho dinero para que las encontraran en la llamada red oscura. Mi mamá con el cuello cortado en el piso del salón y mi padre en la morgue con un tiro de gracia.

—¿Son de la mafia calabresa? —averiguo.

Alba se sienta frente a mí, sonrío y me señala el plato, comienzo a comer porque veo que no va ser de gran ayuda.

—No, tu futuro esposo es *il Romano*, el capo de Lacio —responde—, no puedes compararlo con los asquerosos calabreses.

—*Il Romano*... —repito—. Nunca escuché de alguien llamado así, tampoco de que había mafia en Roma.

—*Piccola*, hay mafia en toda Italia, lo llevamos en nuestra sangre —contesta—, termina de comer y te mostraré tus vestidos, porque mañana es el gran día que Marcello lleva esperando años.

¿Lo llevamos en nuestra sangre? No llevo sangre de criminales, soy de la aristocracia, nunca cometería un crimen, pero ¿qué le pasa a esta mujer? Me molesta que quiera compararme con ladrones y asesinos. Además ¿casarme con un capo?, tengo que encontrar la manera de salir de aquí, mañana no puedo contraer nupcias con ese hombre, es un criminal. Me pierdo en mis pensamientos mientras picoteo el plato hasta decirle que estoy satisfecha, a lo que responde que estoy demasiado flaca, que para traer un heredero debo alimentarme mejor, quisiera responderle que nunca le daré hijos a un asesino, pero pongo los ojos en blanco, a veces debemos aprender qué batallas vamos a luchar. Sale por unos minutos, al volver entra con un perchero lleno de vestidos. La realidad me golpea, esto es verdad, me voy a casar y esta vez no tengo escapatoria. Alba me muestra los distintos modelos, me obliga a probármelos en el vestidor, una sirvienta trae dulces italianos y champaña, cualquiera pensaría que estoy en una tienda de lujo, ella aplaude cuando le gusta algún modelo. Cuando salgo con un vestido de estilo *boho* con un pronunciado escote en uve con transparencia y espalda abierta, con una delicada mezcla de encaje y tul, en color marfil.

—Una reina... —musita.

No puedo negar que me encanta, que el vestido es precioso y es perfecto si la boda se celebra en el jardín. Niego con mi cabeza, no puedo estar aceptando este destino, pero tampoco tengo escapatoria, ¿cómo puedo escaparme sin que me maten? Sale dejándome de nuevo en la habitación, me quedo procesando todo lo que está pasando, persiste la necesidad de escapar y salir de aquí, sin embargo, no tengo idea de cómo hacerlo. Me percató de que ha dejado el ventanal abierto, salgo al balcón y aire de primavera me golpea. Me quedo mirando la propiedad, hay hombres armados por todas partes, el sol ya se oculta y lo hace en un pequeño lago artificial, esto parece el castillo de un príncipe oscuro y cruel. Pensaba que casarme con Adriano era lo peor que podía sucederme, ni en mis pesadilla imaginé algo como esto, pierdo mi tiempo mirando el atardecer,

imaginando lo miserable que será mi vida, si pensaba que casarme con mi prometido era un tragedia, ahora me doy cuenta de que estaba equivocada, estoy siendo obligada a casarme con un mafioso.

Si pudiera saltar, lo haría, no tendría que obedecer a nadie, ni a mi familia y tampoco a este hombre. Niego, no soy una cobarde, no puedo solamente suicidarme y acabar con mi vida. Escucho la puerta abrirse de nuevo y no me muevo, oigo pasos acercándose. Soy su prisionera, seguro pasaré el resto de mi vida encerrada en esta pequeña jaula.

—Marcello desea que bajes a cenar y celebrar sus próximas nupcias —informa Alba.

—No quiero comer y tampoco hay nada que celebrar, se lo puedes decir —contesto. Pese a que mi educación me indica que no replique, no puedo evitar que mi instinto de supervivencia actúe.

Se ríe.

—Esto va a ser divertido —comenta.

Al escuchar que la puerta se cierra, busco algo que mover. Una cómoda antigua, la empujo y maldigo cuando no se desplaza ni un centímetro. Trato de que se deslice un poco, sin embargo, nada sucede, entonces lo único que se me ocurre es poner una silla y me siento en la cama. Escucho la llave entrar, pero cuando pienso que van a girar el pomo, no lo hacen y los latidos de mi corazón se apresuran por el miedo.

—Quita la silla, *dolcezza* —ordena—, ahora.

—No voy a bajar —informo—, puedes obligarme a casarme contigo, pero no soy un títere del cual puedes mover sus hilos a tu antojo.

—Elisabetta —me increpa—, te daré diez segundos para que quites la silla.

—¿Cómo diablos sabes que puse una silla? —pregunto.

Alzo la mirada, buscando las cámaras, tiene que haberlas para que sepa algo eso. Escucho el pomo moverse y de un empujón la silla sale disparada hacia el piso, Marcello entra a la habitación, sus ojos violetas me observan con diversión mientras se acerca. Me toma por el brazo levantándome de mi lugar y me pega a su cuerpo.

—Lo sé todo, *dolcezza*...

—No voy a casarme contigo —aseguro—, tendrás que matarme.

Se ríe y su mano se acerca lentamente a mi rostro, se me corta la respiración ante su inminente toque. Cierro los ojos cuando percibo el calor de su toque, una sensación de euforia se produce dentro de mí, maldito cuerpo traicionero que tiene su despertar con un capo de la mafia.

—*Dolcezza* —murmura cerca de mi oído—, ¡joder!, hueles delicioso.

Me estremezco cuando siento el calor de su aliento en mi piel, su nariz acaricia mi cuello, nadie me ha tocado así, *nunca*. Un beso en mi cuello dispara una corriente eléctrica que atraviesa todo mi cuerpo.

—Que me jodan, *dolcezza*, pero necesito probarte —pronuncia con voz ronca.

Sus labios toman los míos con posesividad, gimo cuando su lengua entra a mi boca y sin saber las razones lógicas, me rindo correspondiendo a este beso, sus brazos me atrapan mientras de su garganta emerge un sonido gutural. Siento la humedad mojando mis pantis, la pasión con la que me posee es inexplicable. Una de sus manos me toma por el cabello, a la par que las mías se sostienen a las solapas de su americana, pero al mismo tiempo pegándolo a mi cuerpo. No hay razón, solo la necesidad de dos personas que se desean.

Ralentiza sus movimientos hasta que siento el abandono de sus labios, se aleja de mí y

lo observo respirar tomando de nuevo el control. Algo me dice que Marcello Tocci nunca reacciona irracionalmente.

—Cámbiate —ordena—, vamos a cenar y a celebrar.

—Pero...

—Si me quedo voy a follarte, Dios sabe que lo haría, pero tengo planes para nuestra noche de bodas.

Y la realidad me golpea, esto no es solo un matrimonio forzado, él pretende que sea como uno normal. Sale de la habitación y me quedo mirando a la nada. Esto no puede estar pasándome a mí.

—¡Mierda! —exclamo negando mi realidad—. Debería lanzarme por la ventana...

Capítulo 4

MARCELLO

Estoy tomándome un trago de coñac cuando la observo bajar por las escaleras, ha escogido un vestido de color negro con un solo hombro al descubierto y una abertura en su pierna que no deja nada a la imaginación. Recogió su cabello en un moño hacia atrás, solo lleva un brazalete y nada más. Elisabetta es la reina que necesitaba este rey para gobernar. Su elegancia es innata, desde que era una niña fue educada para brillar como un hermoso diamante. Su rostro carece de maquillaje, pero sus labios están pintados de un rojo que llama a ser borrado por mis besos, por un segundo recuerdo lo que acaba de suceder hace minutos, casi le arranco la ropa para follarla como he soñado en los últimos días.

Tres malditos y largos años tuve que esperar, todo para que fuera legal y que no creyeran que era un enfermo que estaba enamorado de joven de diecisiete años, pero si por mí hubiese sido, ya sería mi esposa. Por años he intentado justificar mi obsesión por Elisabetta, sin embargo, no puedo encontrar algo coherente, es mía y yo suyo, mañana sellaremos nuestro destino hasta que la muerte nos separe.

—¿Los invitados? —pregunta.

Sonríó, creyó que iba a celebrar con invitados. Alba me contó que mi dulce prometida le ofreció dinero a cambio de su libertad, no tiene opción, es *mía*, sé que no le soy indiferente, que le gusto, me lo demostró cuando correspondió al beso que compartimos. Me pegaba a su cuerpo buscando un mayor contacto, muero por sentir esa misma urgencia cuando esté entre sus piernas mientras me entierro profundamente en ella.

—Solo somos tú y yo —contesto—, aún no estoy listo para mostrarte al mundo, *dolcezza*.

—Entonces, vas a mantenerme encerrada en la habitación y saldré cuando desees una cena —afirma con descaro.

Meto la mano en mi bolsillo y saco la caja que guardo desde que decidí que me casaría con ella. Elisabetta me observa memorizando cada movimiento, es su manera de estudiarme, para salir corriendo. Voy a hacer que me necesite, ser su principio y su final; ya que mi deseo de poseerla se acrecienta con cada segundo que espero para convertirla en mi esposa. Sé que me tiene miedo y que lo desconocido la asusta de la misma manera en que la atrae. La abro escondiendo el contenido, tomo su mano para colocar la sortija que gritará que pertenece a *il Romano*, el señor de Lacio y el verdadero rey. Un jade del mismo color de sus ojos es la piedra principal, con incrustaciones de pequeños diamantes alrededor, una banda simple de platino. Deslizo lentamente la joya en su dedo mirando sus preciosos fanales que observan con atención.

—*La mia dolcezza* —susurro dejando un beso en su muñeca, justo donde late su pulso.

—Es precioso —murmura. Niega con su cabeza—. No quiero ser tu esposa

—Lo mandé a hacer pensando en ti, *dolcezza*, te consentiré en lo que pidas y te llenaré de joyas —comento ignorando lo último.

—Quiero mi libertad —afirma alejándose.

Imaginé que iba a ser difícil, es normal que se niegue a casarse conmigo y cuando

descubra que fui yo quien asesinó a su padre, me imagino que me odiará, pero tengo grabado el momento en que la rescaté, cómo se aferró a mi cuello, tal vez sea duro cuando descubra que este iba a venderla, que fue capaz de asesinar a su madre y que era un criminal de cuello blanco.

—Tienes una deuda que pagar, no puedo darte tu libertad, Elisabetta —sentencio.

—No te debo nada, puede que seas el capo de Roma, pero soy una mujer influyente —responde—. No voy a casarme con un criminal, además, podrías ser mi padre, ¿qué edad tienes?

—Más que tú, eso lo sabes bien, pero no me compares nunca con tu padre, puede que sea un criminal, sin embargo, nunca haría lo que él hizo —siseo entre dientes.

Se le corta la respiración ante mi respuesta, puedo ver la sorpresa reflejada en su rostro. En su debido momento le diré todo, sin embargo, fue ella la que declaró que sería mi esposa.

—¿No me recuerdas? —pregunto.

Niega con su cabeza, busca el sofá y se sienta para comenzar a masajear sus sienes.

—No, no te recuerdo, pero desde que te vi, escucho una voz en mi mente que repite que me casaría contigo al crecer —contesta confundida.

—¿Recuerdas el día que murió tu madre? —averiguo.

—No —responde—. El psicólogo asegura que bloqueé los recuerdos de ese día, porque estuve sometida a una situación traumática.

—Entiendo...

Levanta su rostro y se queda mirándome, intentando descifrar quién soy, la verdad es que mi relación con Angelo Greco solo era cordial y de negocios, aquella mañana acepté ir porque Alba insistió, estaba blanqueando capital, comprando empresas en toda Italia, lo que se traducía a conexiones correctas en negocios fuera de mi mundo. Aquella era la oportunidad perfecta, ya conocía a la familia de Ginevra, porque Manuel había pagado por mis servicios para mantener a su cuñado a raya.

Aquella chiquilla descarada me hizo sentir una conexión extraña, por años pensé que era empatía, porque era huérfana al igual que yo, pero con el paso de los años se fue convirtiendo en mucho más.

—Vamos a cenar, *dolcezza* —pido ofreciéndole le mi mano.

Se queda mirándola intentando descifrar si es correcto aceptar o no, entiendo su resistencia a hacerlo. La estoy obligando a casarse conmigo, sin embargo, a mi lado estará a salvo, no puedo creer que Manuel de Saboya no conozca las conexiones de Adriano Borbón- Dos Sicilias con la mafia roja y el *Pakhan*, Aleksander Avdonin. Lo que la pondría en el punto de mira con nuestro matrimonio, pero llegado el momento, daré mis razones lógicas para convertirla en mi esposa, aunque la única razón es que no puedo sacarla de mi mente desde que tiene diez años.

Elisabetta decide tomar mi mano, esto es un paso corto para los muchos que vamos a tomar a lo largo de los días. La ayudo a levantarse, coloco mi mano en la parte baja de su espalda, se tensa, mas no hace nada para alejarse. La insto a caminar, llevándola hasta el comedor, la ayudo a sentarse y hago lo mismo tomando la cabecera de la mesa.

—¿Te gustó todo lo que compré para ti? —averiguo.

Toma la servilleta, para colocarla con gracia sobre sus piernas. Se queda mirándome en silencio, lame sus labios y eso hace que mi polla de endurezca, por un segundo imagino cómo se sentirá follar su boca.

—Tenías todo muy bien planeado, todo es hermoso, supongo que sabes mis gustos al vestir —contesta—, pero hay cosas que necesito que están en mi casa.

Sonrío.

—Las buscaremos después de nuestra noche bodas —aseguro.

Niega con su cabeza.

—No voy a follar contigo —sentencia—, puede que me obligues a casarme, pero no puedes obligarme a convertirme en tu mujer.

Sonrío.

—Serás mi mujer en todos los sentidos, *dolcezza*, no voy a obligarte, pero te prometo que la noche de bodas serás tú la que te entregarás a mí.

Alba nos interrumpe con el primer plato, comemos en silencio, no dejo de observarla, mientras ella solo me echa vistazos cuando cree que estoy distraído. Estamos esperando el postre cuando me pregunta:

—¿Alba es tu sirvienta?

—Alba cuida de mí, pero no debería hacerlo —agrego sabiendo que escucha—. Tiene dinero para que un ejército de personas haga lo mismo por ella, pero insiste en quedarse.

—Porque todo sería un desastre sin mí, *piccolo monstro* —admite Alba entrando junto a una chica para dejar el postre.

Sirve las copas de flauta con champaña, mientras que la chica coloca un trozo de tarta de chocolate frente a mí y luego coloca una tarta de limón frente a ella.

—Es cierto —admito.

—Ahora tienes a alguien, estoy segura de que aprenderá rápido y será la esposa perfecta para ti —señala.

—Siéntate con nosotros —pide Elisabetta.

Alba me observa, asiento y hace lo que le pide. Mi futura esposa toma la mano de la chica que nos sirve.

—Trae una copa para ella —ordena y le pregunta a Alba—: ¿quieres postre?

—Con setenta años, no ingiero azúcar después de las cuatro de la tarde —contesta.

La chica lo duda, mira entre Alba y Elisabetta. Son años recibiendo órdenes de una sola persona.

—Obedece —exijo. Da un respingo cuando le hablo, sale corriendo para hacerlo. Elisabetta se queda mirando mi postre y luego el de ella—. Alba es como una madre para mí.

Alba sonríe, sabe que no es mentira. Si no fuera por ella hace mucho tiempo que estuviera muerto, tenía once años cuando me salvó de que me asesinaran. Sin embargo, creó a su *pequeño monstruo* como le gusta llamarme. Sé que mi futura esposa está tomando nota de cada palabra que sale de la boca de mi querida madre adoptiva.

—¿Tu apellido es? —le pregunta.

—Tocci, adopté a Marcello —contesta.

Mi prometida se gira y me observa, para luego mirarla a ella. Tras un rato de charla Alba se despide para vernos hasta el día siguiente, salimos del comedor y me muero por mostrarle la propiedad. Solo que Elisabetta se gira y se queda mirándome.

—Estoy cansada —informa—, supongo que mañana será un día largo.

Asiento, la acompaño hasta nuestra habitación. Se detiene en la puerta antes de abrirla y creo que va a decirme algo, pero niega mientras suelta un suspiro cansado. Entra a la

habitación, cierro con llave pues luego volveré con ella.

Bajo hasta salir al jardín donde encuentro a Mario y a su hijo Carlo, los dos están fumando. Al verme me ofrecen un pitillo y niego. Soy el padrino del hijo de mi socio. Además, lo hemos criado prácticamente entre los dos, desde que la puta que tuvo como madre lo dejara en la puerta de la casa de mi segundo al mando.

—¿Cómo va todo? —pregunta Mario.

—Apenas aceptó casarse, falta que acepte que es un matrimonio real —comento.

Mario suelta una carcajada, mi ahijado se mantiene estoico como siempre. Descubrimos que es un genio y también una máquina para matar, con treinta años de edad es uno de los mejores hombres que tengo dentro de *la famiglia*.

—Es una niña, Marcello, creo que está acostumbrada a salirse con la suya, solo recuerda lo de anoche —comenta Mario.

—Ella no es lo que vimos ayer —afirmo—. Sé cada paso que ha dado, no se mueve si su familia no lo autoriza, pero algo me dice que ella sabe la verdad del asesinato de sus padres.

—La prensa aseguró que fueron los calabreses —me recuerda.

—Quiero que vigiles de cerca los movimientos de la Bratvá no quiero que se sepa que es mi esposa hasta que la lleve a la ópera —ordeno.

Asiente, la inauguración de la temporada de la ópera es uno de los acontecimientos más importantes de la ciudad. Toda la sociedad local y nacional asisten, estoy seguro de que, si Manuel cree que Elisabetta fue secuestrada, mantendrá todo en silencio, para no atraer la atención de la prensa.

—Nadie lo sabrá —asegura.

—¿Todo listo para mañana? —averiguo.

—Sí —contesta Carlo—. El obispo vendrá, y un juez, todo será válido.

Asiento con mi cabeza, me giro para ver por su ventana cómo apaga la luz. Nos quedamos un rato más. Carlo me informa sobre el negocio de la *dark web*, en tres días hemos facturado cuatrocientos millones de euros a través de ella. También me sugiere *hackear* algunos compradores, ya que el anonimato no nos permite conocer sus identidades y mi idea es negociar directamente con ellos, además, siempre es bueno saber si estamos armando a nuestros enemigos sin saber. Veo la hora en mi reloj, son más de la una de la mañana, me despido para ir a dormir. Subo las escaleras ansioso por tenerla en mi cama, abro la puerta y solo puedo ver su cabeza, camino hasta mi cama para poder admirarla.

Elisabetta tiene puesta una de mis camisetas como pijama, abraza mi almohada como si estuviera abrazándome a mí. Me quito la americana y la dejo en la otomana frente a la cama. Me siento ahí mientras me quito los gemelos, los guardo en mi pantalón, desabotono mi camisa, termino de desvestirme y dejo la ropa en orden sobre el mueble. Voy hasta el vestidor para buscar un pantalón de pijama, me quito el bóxer y me lo coloco. Salgo para tomar mi lugar, delicadamente la muevo para acostarme. Al hacerlo, me giro para mirarla, su rostro parece el de un ángel, ella es la luz que mi oscuridad necesita para alimentarse.

Se arrima buscando mi calor, su cuerpo me reconoce y aún no lo poseo. Solo es cuestión de tiempo para que comprenda que este es su lugar, estaba destinada a ser mía. Se acurruca contra mí y me quedo quieto temiendo despertarla.

—Duerme, *dolcezza* —susurro bajito—, en pocas horas tu destino y el mío se unirán

hasta que la muerte nos separe.

Dejo un beso casto en su frente y por horas la admiro, mi obsesión por ella solo crece al tenerla conmigo. Lucho con el sueño, soy de dormir poco, pero es la paz que irradia la que parece ser un somnífero para mí. Sus brazos me rodean y musita algo, ya no puedo más, cierro los ojos hasta que finalmente me duermo junto a la mujer que se convertirá en mi esposa.

Capítulo 5

ELISABETTA

Me despierta el calor de un cuerpo a mi lado, abro los ojos de golpe cuando me percató de que no estoy sola en la cama. Trato de levantarme, pero unos brazos me lo impiden.

—*Dolcezza*, buenos días —me saluda con voz ronca.

Anoche con el beso que me dio creí que había perdido la cabeza, me había excitado al punto en que mi parte íntima estaba mojada. Pensé que al intentar conocerlo podría encontrar la manera de detener esto, pero estoy perdida y sé que cuando me case, la única manera de salir será muerta. Por años leí que los seres humanos somos monstruos dormidos que solo necesitan el momento correcto para despertar. Noto sus labios en mi frente, los cierro intentando no sentir nada, mi mano se mueve y sin querer golpea su erección matutina, contengo la respiración y él suelta una carcajada. Conozco la anatomía del hombre por los libros y las fotos que Livie me envía por mensaje, mas nunca he estado con uno, soy virgen y aquí estoy, curiosa por ver qué esconde ese maldito traje hecho a la medida.

Marcello Tocci está bueno, no voy a negarlo, puede que sea mucho mayor que yo, pero parece que a pesar de la vida que lleva, ha envejecido como el vino, mientras más tiempo, más delicioso. «Para, Elisabetta, no puedes caer en eso, no está bueno, es tu captor».

—Suéltame, por favor —pido.

No lo hace, una de sus manos toma mi mentón y me obliga a mirarlo. Sus fanales violetas me observan con una intensidad que rompe todo lo que intento. Cuando me mira creo que de alguna manera hay amor contenido, también puedo ver el deseo reflejado en ellos y es como si llamas ardieran. Sus brazos me dan calor, como si de alguna forma mi lugar fuera el estar entre ellos.

—No voy a obligarte a hacer nada que no quieras, *dolcezza*, no soy el monstruo que piensas.

Me río.

—Me estás obligando a casarme contigo —reviro.

—Es diferente, porque al convertirte en mi mujer, estás a salvo, quemaría el mundo por ti, me perteneces y todos sabrán que si osan hacerte daño, las consecuencias de sus actos serán funestas —responde.

Cierro los ojos mientras cabeceo negando, no quiero aceptar mi destino, así como no deseaba casarme con Adriano. ¿No puedo escoger?

—Es que...

—Mírame a los ojos cuando me hables —ordena y los abro para obedecerlo—, eres una mujer, Elisabetta, *mi mujer*, y no hay nada que puedas hacer.

Me besa y me olvido del mundo, no puedo creer que esto esté sucediendo. Cada vez que sus labios hacen contacto con los míos, me olvido de razonar y parece que mi cuerpo respondiera a su toque, sus manos bajan por mis brazos acariciándolos, mi piel se eriza ante su toque, siento cómo su palma toca mi pierna, mis uñas se clavan en sus pectorales, gime guturalmente contra mi boca cuando las arrastro hasta sus

abdominales. Cuento ocho hasta que llego a la pernera de su pantalón de pijama. Toma mi mano, rompe el beso y pega su frente a la mía.

—No voy a follarte antes de nuestra boda, *dolcezza* —susurra con voz ronca.

Nuestras respiraciones están entrecortadas, pierdo el control cada vez que me besa. Deja un beso en mi coronilla y se aleja, lo observo sentarse y su espalda me asusta. Ahogo un grito con mi mano, las cicatrices desfiguran esa parte de su cuerpo.

—Eso es el recuerdo de que todos somos víctimas, por eso en esta vida hay que convertirse en verdugo, *dolcezza* —dice adivinando lo que pasa por mi mente.

Se levanta, se me corta la respiración porque realmente es una criatura hermosa, su piel morena brilla con la luz del sol que se cuela por el ventanal. Se nota que se cuida al extremo, sonrío al ver mi repaso y me sonrojo, sube una pierna en la cama y sus brazos me encarcelan entre ellos.

—¿Te gusta lo que ves? —pregunta con voz ronca.

—¿A qué hora es la boda? —Evado la respuesta.

Sonríe y me roba un beso corto, quiero que me bese por más tiempo. Deja un reguero de besos por mi rostro.

—A la diez, en un rato vendrán a arreglarte —me informa—. Me encanta cómo se ve mi camiseta en ti.

Se aleja y lo veo meterse en el vestidor, al rato sale con un guardapolvo y unos zapatos. Estoy sentada en la cama, se queda mirándome por unos segundos y sale de la habitación. Esto está mal, debo estar sufriendo del Síndrome de Estocolmo o simplemente Marcello Tocci aniquila mis neuronas y todos los pensamientos racionales de mi mente. La puerta se abre con Alba y una bandeja, la sonrisa que me regala me calma. Al menos hay una persona con alma en este lugar. Desayuno a la par que me informa lo que haremos mientras se hace la hora para la ceremonia que será en el jardín. Me levanto hasta el ventanal contemplando la idea de suicidarme, pero no soy una cobarde, tengo la fe puesta en que mi tío va a rescatarme, solo tengo que resistirme a él hasta que lo haga.

Coloco un pie en el jardín y me quedo sin respiración, solo somos siete personas. Sin embargo, únicamente tengo ojos para el hombre que lleva un traje del mismo tono que mi vestido y una corbata de color negro. Sus ojos violetas me recorren y la sonrisa que aparece en sus labios calienta mi corazón, el cual late apresurado antes de caminar hacia la mesa que funge como un improvisado altar. Alba está a mi lado, me entrega el ramo de orquídeas blancas y me siento confundida, sabía que el día que me casara mis padres no estarían, pero es que ni siquiera está Olivia y me siento vacía. Veinticuatro horas, este hombre no me ha dado opciones, creo que con él es todo o nada, definitivamente en este momento es todo. Tiemblo, doy un paso hacia atrás para irme, no obstante, alguien me detiene.

—¿Lista? —me pregunta Alba en voz baja.

Niego con mi cabeza, Marcello parece ver la duda en mí, porque atraviesa la distancia que nos separa y me ofrece su brazo. Me quedo mirándolo y con mano temblorosa, me sujeto a él.

—Estás preciosa —murmura mirándome.

—Gracias —musito.

Caminamos hasta la mesa, un juez comienza a hablar y es rápido en casarnos ante las leyes del hombre. Se me corta la respiración cuando un obispo toma su lugar y comienza la ceremonia eclesiástica. Nos hace repetir nuestro votos, Marcello sonrío cuando dice que hasta que la muerte nos separe. Esto es increíble, no puedo asimilar que estoy casándome con un hombre que conocí ayer. El clérigo anuncia que puede besarme y mi marido no pierde la oportunidad de hacerlo, toma mi rostro entre sus manos mientras acerca sus labios a los míos. Escucho los aplausos, pero todo desaparece a nuestro alrededor mientras me besa.

Rompe el contacto y su sonrisa me dice que sabe que pierdo la cabeza con su toque. Me presenta a las personas que no conozco, su ahijado Carlo; su socio Mario; al arzobispo de Roma y al juez. Entramos a la casa para almorzar, no hay más invitados. Intentando ver más allá, me di cuenta de que hay hombres por todas partes, se pasean vigilantes con armas que nunca había visto. Esto es una fortaleza y nunca podré escapar de ella, mi tío me va a salvar, estoy segura.

—¿Y Giovanni? —Escucho que le pregunta Marcello a Mario.

—No contesta el móvil —contesta este.

—Voy a matarlo por faltar.

Hablan más bajo e intento escuchar, pero Alba se empeña en distraerme conversando conmigo. Sigo temiendo por lo que espera Marcello de mí, no estoy preparada para estar con él, puede que mi cuerpo reaccione a su toque, pero mi mente se resiste, es un mafioso, todas las personas que están aquí son criminales. Nunca imaginé el alcance que tienen ellos, el poder que poseen en Italia, al punto de preparar una boda con tan poco tiempo, esto parece mentira, quisiera creer que estoy en coma por golpearme la cabeza, que esto es parte de un mal sueño.

—¿Estás lista para irnos? —pregunta.

Giro mi rostro, puedo ver la urgencia de sacarme de aquí, Virgen santa, no puedo follar con este hombre, me tiene secuestrada y de paso me ha obligado a casarme con él. Supongo que si me rescatan, pueden anular todo ya que me vi coaccionada a hacerlo, pero de allí a consumarlo.

—¿A dónde vamos? —inquiero.

—Es nuestra luna de miel —contesta.

Quiero reírme, esto parece un mal chiste. Mientras Marcello está deseando estar a solas conmigo, yo me muero de miedo de estarlo y perder el control. Porque sus besos son peligrosos, son como una droga adictiva que me hace desear más de ella cada vez que la pruebo. Alzo mis hombros, resignada a que no puedo escapar de esto.

—Solo te pido algo —suspiro.

—Lo que quieras... —acepta.

—Déjame llamar a Olivia —pido.

Mi prima debe estar subiéndose por las paredes sin saber dónde estoy, no sé si ha llamado a mi tío o tiene miedo de hacerlo. Marcello alza una ceja, me imagino que no debe estar sorprendido por mi petición.

—Lo harás, pero ahora voy a pedirte algo a ti —acepta con condiciones.

—¿Qué será? —pregunto.

—Que me perdones por lo que estoy a punto de hacer...

No lo veo venir cuando siento que algo me pincha en el cuello, todo se desdibuja de nuevo ante mis ojos. Lo último que veo son los fanales de color violeta de mi esposo.

—Marcello... —Su nombre sale de mis labios, ni siquiera me dio tiempo de aceptar.

Despierto asustada en una habitación a oscuras, todavía llevo mi vestido de novia. El sonido del mar nos arrulla como una nana, me siento en la cama mientras mi cabeza martillea. ¡Maldito! Volvió a drogarme, no puedo creerlo.

—En la mesa de noche tienes agua, *dolcezza*.

Doy un respingo al escucharlo, giro mi rostro y lo encuentro sentado en un sillón, su pierna derecha está cruzada sobre la izquierda, mientras la mano de ese lado la tiene en su boca. Al hijo de perra le dio tiempo de cambiarse, mientras yo sigo con el vestido de novia. Lleva un traje oscuro y una camisa blanca.

—¿Cuánto llevo inconsciente? —indago.

—Ocho horas —contesta.

—¿Dónde estamos? —averiguo.

—En algún lugar —murmura evadiendo responder—, sé que estás molesta por drogarte, pero no puedo arriesgarme a que conozcas nuestra ubicación. —Saca algo del bolsillo interno de su americana, es un teléfono celular—. Una llamada y nada más, *dolcezza*.

—¿Confías en mí? —inquiero.

Sonríe levantándose, se acerca a la cama y acaricia mi rostro con delicadeza. Me quedo mirándolo, hechizada por su belleza. No me culpen, pero este hombre me está enloqueciendo, se sienta a mi lado. ¡Señor, sálvame!

—No puedes hacer mucho, Elisabetta, estamos unidos hasta que la muerte nos separe, esto es para siempre —sentencia.

Me ofrece de nuevo el teléfono celular y lo tomo, marco el número de Olivia. Contesta inmediatamente, Marcello coloca un dedo en sus labios, es una invitación silenciosa a no hablar más de lo que debo.

—¿Sí? —contesta asustada.

—Livie... —musito.

—¡Lilibet! —exclama mi nombre—. ¿Dónde estás?

—Estoy bien —le informo evadiendo su respuesta—, no podía casarme con él, pronto nos veremos —miento.

—¡Prima! —solloza—. ¿Qué voy a decirle a papá? —inquire—. Pensamos que te habían secuestrado, está camino a Roma para buscarte.

Mi marido me hace señas para que corte la llamada. Cierro los ojos, no quiero despedirme.

—Prometo que nos veremos pronto, prima —le aseguro.

—Lilibet, no te atrevas a cortarme.

Cuelgo la llamada escuchando la advertencia de Olivia, le entrego el teléfono a Marcello, me sorprende cuando lo apaga y saca el chip.

—Es un teléfono desechable, *dolcezza* —me informa—, cuando sea el momento correcto, te daré uno que podrás usar.

—No confías en mí —afirmo.

—Tú tampoco en mí —revira—, pero poco a poco iremos resolviendo estos problemas de confianza. —Se levanta y, para mi sorpresa, se aleja hacia la ventana, para pisar el aparato y romperlo. Suelto el aire que no sabía que contenía, lo recoge y se va hasta una

puerta, escucho cómo baja el inodoro. Sale de nuevo y se quita la americana, se sienta de nuevo a mi lado y enciende la lámpara.

—Eres preciosa, Elisabetta —me halaga tomando un mechón de mi cabello—. ¿Por qué lo usas corto? —averigua.

—Odio tener el cabello largo —contesto entre dientes.

La verdad es que desde la muerte de mi madre, lo mantengo corto, ya que disfrutaba de los momentos en que ella lo trenzaba.

—Me gusta así —acepta—. ¿Me dejas besarte? *Mia moglie...*⁵

—No —contesto resistiéndome.

Sonríe.

—Es divertido verte luchar con tus prejuicios y lo que sientes, *mia moglie* —se burla. Parece que mi esposo me conoce mejor que yo—. Me gusta cuando te beso y todos esos malditos pensamientos desaparecen, porque en el fondo lo sabes.

—¿Qué sé? —indago.

—Que eres mía, Elisabetta, te pregunto de nuevo: ¿Me dejas besarte?

Al diablo con lo que pienso, esta vez asiento con mi cabeza, se acerca lentamente, siento sus dedos subir mi mentón para tener acceso a mi boca y me olvido del miedo, solo puedo pensar en el deseo que me provoca, mi respiración se acelera expectante. Cuando por fin me toma, pierdo la cabeza y me entrego a este beso lento, casi catártico, parece que necesita demostrarme que puede ser dulce, que esto es más que un matrimonio forzado. No debería ceder a sus avances, pero no puedo evitarlo, mi corazón se acelera.

«*Estoy perdida, no puedo evitar caer bajo el hechizo del Romano*», pienso al mismo tiempo que me entrego a un beso que me hace tocar la gloria.

Capítulo 6

MARCELLO

Sus labios son la epifanía de lo que será mi vida, poseerlos es como estar en el cielo después de haber vivido en el infierno por años. Responde a ellos con el mismo deseo que estoy experimentando, a veces me cuesta creer que esto esté sucediendo, Elisabetta finalmente es mi esposa. Es *mía*, la posesividad que siento va más allá de lo imaginable, pero quiero ganarme su corazón, no solo ansío poseer su cuerpo, necesito su alma.

Le doy pequeños besos mientras mis manos acarician su rostro, no tengo idea si está lista para entregarse a mí. Beso su frente, su respiración es entrecortada, sus manos sujetan mis muñecas.

—Elisabetta —la llamo, sus fanales verdes me miran—, ¿cuántos hombres te han poseído?

No sé si estoy preparado para escuchar su revelación, me da terror que en sus aventuras con su prima, se me haya escapado algo, porque en el fondo quiero ser el primero y el único, me pertenece desde que nació. Soy capaz de averiguar los nombres y cazarlos, divertirme cortándolos en pedazos hasta que no quede nada.

—Ninguno —contesta, muerde su labio y sé que está nerviosa—. Soy virgen...

«Mía, solo mía».

—*Dolcezza*, eres mía, solo mía, quiero ganarme tu corazón y tu cuerpo, sé que soy una bestia que ha capturado a una princesa, pero era la única manera de tenerte y protegerte —confieso—, serás tú la que inicie todo.

—Pero yo... —titubea, respira hondo y niega.

—Me deseas —afirmo—, podría tocar tu coño y sentir la humedad que moja tus bragas.

Suelta un jadeo y aprovecho el momento para besarla de nuevo, se sujeta a mi cuello y tomo la oportunidad para subirla sobre mi regazo, cualquier hombre preferiría follar en la noche de su boda, mientras que yo solo deseo conocer a mi esposa. Ella es la que rompe el contacto esta vez, esconde su rostro en mi pecho.

—¿Por qué yo? —pregunta.

—Porque tú lo decretaste, me aseguraste que te casarías conmigo cuando crecieras —contesto.

Se separa para quedarse mirándome, acaricio su mejilla sonriendo. La niña que me robó el corazón ahora es mi esposa y no es mentira.

—¿Dije eso? —inquire.

—Eras muy descarada a la edad de diez años —contesto.

—¿Conociste a mis padres? —averigua.

—Sí... —respondo con cautela.

—¿Quién los asesinó? —inquire—. Dime quién lo hizo y puedes follarme.

No puedo creer lo que acaba de decirme, tomo su mentón con fuerza, pero sin hacerle daño.

—Puedo follarte cuando quiera, *dolcezza*, soy tu marido —le recuerdo soltándola.

—Solo quiero saber la verdad —murmura.

No está preparada para la verdad, soy un maldito egoísta por traerla a mi mundo, por

ponerla en el punto de mira, todos los que desean derrotarme querrán usarla como moneda de cambio, mas estoy seguro de que ninguno de ellos podrá alcanzarnos.

—No hablaremos de esos asuntos en nuestra noche de bodas, *dolcezza*. —Va a replicarme, pero coloco dos dedos en sus labios—. Soy un criminal, supongo que lo sabes por la manera en la que te secuestre —agrego—, no sé jugar limpio, todo lo que deseo lo poseo.

—No soy un objeto, no voy a convertirme el florero que guardarás cuando te aburras —replica.

Sonrío, no puedo creer que ella provocara este gesto en mí. No recuerdo la última vez que lo hice, normalmente escondo cada una de mis emociones.

—Nunca voy a aburrirme de ti, *dolcezza*, he esperado mucho tiempo para tenerte, así que puedes olvidar eso. —Beso su cabello y le pido—: Ahora cuéntame de ti.

Se queda mirándome en silencio, estudiándome, parece entender que esta noche solo quiero disfrutar de ella, es nuestro momento íntimo. Estaremos un mes en Barone, en la isla Salina de Sicilia. Esta propiedad fue un regalo de un gran amigo; cinco mil metros cuadrados con accesos privados a la playa, cultivo de olivares y, lo más importante, la paz que necesito para que mi esposa conozca al hombre detrás del traje.

Suspira resignada y habla sobre su infancia en Londres, sus años en el internado, sus momentos familiares, su amor por sus abuelos y por su prima Olivia de Saboya. Me cuenta su paso por Oxford, estudia literatura y ama caminar por los mismos campus que alguna vez Tolkien y C.S. Lewis caminaron. Una chica educada para ser una princesa, me confiesa que ama el chocolate, pero no come temiendo engordar, que odia el té y que sufre cada vez que toca la hora del té. No entiende los sándwiches de pepino y ama escaparse de vez en cuando junto a su compañera de aventuras a ver *El Fantasma de la Ópera*.

—¿Sabes que esa obra es la representación oscura del mito de *La bella y la bestia*? —pregunto.

—Lo sé —contesta y se aleja—. Es como tú, eres el fantasma —afirma.

—¿Lo crees?

—Claro, me has secuestrado y ahora me llevas a tu reino, él también secuestró a Christine —contesta y se queda mirándome—. ¿Cuándo supusiste que me querías para ti?

Sonrío.

—Tenías diecisiete años, estaba en Londres por negocios y tuve que visitar a tu tío, te vi en el jardín, estabas con tu prima, se reían de algo que veían en sus teléfonos. —Cierro los ojos recordando—. Te levantaste de la silla, llevabas un vaquero y un suéter color crema, te quedaba bastante grande, tenías el cabello más corto y como si sintieras que te estaba mirando, te giraste y fue el momento, supe que aquella afirmación que hiciste siendo niña, era mi destino, tú eres mi destino.

Abro un poco mi realidad, Elisabetta se queda en silencio, estoy seguro de que está intentando recordar ese día. Manuel me llamó y no pude seguir mirándola, al salir ya no estaban.

—Te cuidé en la oscuridad, *dolcezza*, nunca dejé que nada te sucediera —confieso acariciando su rostro—. Nunca te pasará nada mientras estés a mi lado, estoy dispuesto a todo por protegerte, quemaré cada lugar para demostrar que eres mía.

Se levanta de la cama y la sigo con mi mirada, camina de un lado a otro mientras niega,

se detiene y se queda mirando la mano donde las sortijas le recuerdan que es mía.

—Pudiste conquistarme, eres... —Respira hondo mientras mueve sus cabeza negando —. Eres guapo, lo sabes y seguro te sobran las mujeres.

—No he sido un monje, Elisabetta. —Me levanto y camino hacia ella, la tomo por la cintura—. ¿Te fijarías en un hombre de cuarenta y cinco años?

Abre los ojos con sorpresa, cuando la conocí por primera vez tenía diez años, aquello era una maldita locura, pero cruzármela después de siete años y ver en la hermosa mujer en la que se estaba convirtiendo, fue lo que me impulsó a tenerla.

—Son veinticinco años de diferencia —musita.

—No me importa la edad que tengas, te apuesto a que eres más madura que cualquier mujer que se interese en mí —asevero—. ¿Te hubieses fijado en mí?

Su mano se acerca tímida a mi rostro, cierro los ojos cuando acaricia mi mejilla. La agarro con una mis manos y la beso mientras vuelvo a abrirlos.

—Lo hubiese hecho, no me importaría la edad, pero seguro nunca hubiese dado el paso para conocerte —confiesa.

Sonrío y vuelvo a besar su mano, la llevo a mi cuello enredándola alrededor de él. Entiende el mensaje y hace lo mismo con la otra. Saco mi teléfono y busco la canción que bajó Carlo, la misma que escuché aquella noche después de verla.

—No tuvimos un baile como esposos —comento—, cuando te vi aquella vez, un hombre escuchaba esta canción y quiero bailar contigo.

Asiente con su cabeza y aprieto el botón de reproducir, las primeras notas de *Un Amore Così Grande* comienza, nos movemos lentamente sin dejar de mirarnos, solo la luz de lámpara nos alumbra, en tanto tenemos nuestro primer baile como esposos. Lentamente va pegando su cabeza a mi pecho y se queda ahí mientras termina la canción.

—No debería —musita—, eres un mafioso y la mafia me quitó todo.

Quiero corregirla, quiero decirle que no fue la mafia, que fue su padre y sus malas decisiones que la arrebataron a su madre y casi le cuesta la vida.

—No vamos a hablar de eso, no ahora, solo vive el momento.

Asiente, parece que Carlo sabe conquistar a las chicas que se folla, porque suenan algunas otras melodías que le agradan a mi ahora esposa. Bailamos hasta que me pide comer algo, le sugiero que se cambie mientras busco algo de cenar, me solicita hacerlo fuera en la habitación y lo permito. No quiero encerrarla, aunque lo haría si intentara irse de mi lado.

Estoy en el despacho respondiendo correos electrónicos de todos cuando encuentro uno de Manuel de Saboya.

De: Manuel de Saboya

Para: Marcello Tocci

Asunto: Necesito de tus servicios.

Hace 10 años te pedí que rescataras a mi sobrina, sé que tengo una deuda contigo, pero de nuevo necesito que la traigas conmigo. Desapareció, aunque se comunicó con mi hija, temo que no sea cierto nada de lo que dijo. Pagaré cuando quieras mis deudas.

Manuel de Saboya.

Sonrío porque en un mes su deuda será saldada y, para entonces, espero que mi dulce

esposa ya esté enamorada de mí. Tocaban la puerta, cierro la computadora portátil y ella asoma su cabeza.

—Buenos días —murmura tímidamente.

—Buenos días, *dolcezza* —la saludo levantándome.

Estuvimos hasta las tres de la mañana hablando, ella intentando sacarme información mientras la conocía. Son las doce del mediodía, la dejé de descansar ya que no duermo muchas horas, a las seis de la mañana ya estaba listo para entrenar y comenzar mi día. La tomo por la cintura, lleva un vestido veraniego de color amarillo y flores blancas, unas alpargatas con tacón y el cabello suelto.

—Te estaba buscando —comenta—. ¿Quieres hacer algo?

Quiero pasar el día en la cama mientras me entierro profundamente en su coño, anoche fue también un tormento, cuando buscaba mi cuerpo para abrazarme, por momentos tuve que contenerme para no despertarla con mis besos y hacerle el amor.

—Claro, ¿comiste algo? —acepto.

—No —responde moviendo enérgicamente la cabeza—, pensé que podríamos comer en el mirador que se ve desde nuestra ventana —sugiere.

—Daré las órdenes y comeremos ahí.

Acaricio su rostro y me acerco lentamente para besarla, contiene la respiración expectante, cuando nuestros labios se unen gime bajito, descubrí que a mi esposa le gusta que la bese, anoche perdió el control varias veces, tuve que hacer acopio del mío para no cometer una locura. Separo nuestros labios, subo hasta su frente para dejar un beso en ella.

—A mi esposa parecen gustarle mis besos —susurro. Me alejo para mirarla, me encuentro con su rostro deliciosamente sonrojado y me alegra tener ese efecto en ella—. Vamos, *dolcezza*, vamos a alimentarte.

La tomo por la parte baja de su espalda, salimos del despacho, me doy cuenta de que dirige la vista hacia mi escritorio, supongo que cree que podrá usar mi computadora portátil. La dejo en el salón para dar las órdenes para que todo esté listo, al regresar la encuentro mirando todo con curiosidad. Tomo su mano y salimos al jardín.

—Este lugar es precioso —musita—. ¿Dónde estamos?

Me río, se gira para verme.

—En algún lugar de Italia —contesto.

Niega con su cabeza y me fulmina con la mirada, se suelta de mi agarre. Ahí está por momentos: lucha por lo que quiere, es sumisa, fue educada para aceptar y no cuestionar nada, pero me gusta que tenga voz, que sea capaz de defenderse.

—¿Qué crees que voy a hacer? —pregunta mientras me apunta con el dedo—. ¿Irme?

—Te encontraría en cualquier lugar —afirmo.

—¿Crees que no lo sé? —inquieta—. Siempre creí que me seguían, ahora sé que eras tú.

—Lo era, *dolcezza*, era mi manera de protegerte —confieso—, no me importa si piensas que he sido un acosador, tal vez ahora no entiendes que me perteneces, así intentes escapar, te encontraré.

Niega con su cabeza.

—Esto es enfermizo —murmura.

La atrapo entre mis brazos, la cargo sobre mis hombros. Grita con terror, no me importa. Mientras patatea, le doy una nalgada y clava las uñas en mis brazos en reacción.

—Soy lo que describen en las películas, *dolcezza*, así que acostúmbrate.

—¡Bájame, Marcello!

Lo hago en la mirador, se tambalea y la tomo por la cintura para terminar devorando un boca. Así como a ella, me encanta besarla hasta que pierde el control. Elisabetta es todo lo que necesitaba para encontrarle sentido a mi vida.

Capítulo 7

ELISABETTA

Estoy sola sentada en la playa, Marcello está en su despacho atendiendo una llamada de trabajo, este lugar es hermoso y la pequeña playa privada es preciosa. El viento sopla mientras me quedo mirando el mar infinito. En ocasiones me siento tan pequeña en este mundo, somos como un grano de arena, que a veces puede perderse entre millones. Levanto la mano donde llevo los anillos y me quedo mirándolos.

Estoy casada con alguien que ni siquiera conozco, pero cuando me besa me hace perder la cabeza, es como si mi cuerpo supiera que le pertenece. Tal vez son las hormonas, el hecho de que nunca he tenido sexo en mi vida. Una retrospectiva de mi adolescencia es estudiar, obedecer y saltarme las reglas de vez en cuando con mi prima Olivia. No tengo muchos amigos, aunque sí muchos conocidos de la alta sociedad. Odiaba de alguna manera que pudiéramos disputar algo que no nos pertenece desde hace tanto, es tonto, además de la llamada sangre azul, no tenemos nada azul, solo sangre normal de esa que a muchos nos provoca vomitar. Ahora soy la esposa de un hombre que no conozco, aunque parece que él sí a mí y muy bien, todo esto es una locura.

—Estás aquí, *dolcezza*...

Escucho su voz y todo mi cuerpo se pone en tensión, si me besa perderé el control y le pediré que me folle. Imagino que sería algo muy erótico, su cuerpo está hecho por el diablo, porque es la definición perfecta del pecado. Cada vez que miro su espalda, resuenan sus palabras, *«fue víctima y para sobrevivir se convirtió en victimario»*. Se sienta a mi lado, pasa su brazo por mi hombro y me atrae hacia su cuerpo. Me acurruco espontáneamente contra él.

—Quería ver el lugar, pero tus sombras me persiguen —comento.

Se ríe bajito, me da la impresión de que no lo hace muy seguido. Suspiro mirando el mar y me quedo en silencio. Parece que a mi esposo no le gusta hablar mucho, anoche le conté sobre mí, sin sacarle nada de información. Marcello tiene cuarenta y cinco años, un cuerpo perfecto y una sonrisa que me desarma, estoy pensando que todos los seres humanos tenemos una *kryptonita* y la mía es este hombre que me besa y me vuelve loca.

—¿Quieres darte un baño? —averigua.

—No —contesto—, solo vine a ver el mar, parece que me calma —confieso.

—Elisabetta, disfruta de estos días, intenta no tenerme miedo, no voy a hacerte año.

Quiero creerle, pero ninguna persona en su sano juicio obliga a otra a casarse con él. Muerdo mi labio tratando de no decirlo y fallo.

—Nadie obliga a otro a casarse con otro —reviro.

Suelta una carcajada, en un movimiento rápido me toma por las piernas y me sube a su regazo. Sujeta mi rostro entre sus manos y me pierdo en la belleza de su aspecto, ¿por qué tiene que ser tan malditamente irresistible?

—Entonces tu boda con el idiota de Dos Sicilias era algo que deseabas, ¿lo amas? —pregunta entre dientes—. Dímelo.

Me quedo en silencio, sus ojos se oscurecen de una manera que asusta y que me hace temblar, si le dijera que amo a Adriano, creo que lo mataría para mantenerme a su lado.

—Era un matrimonio arreglado —confieso—, no lo amo, solo somos amigos.

—¿Cuál es la diferencia entre él y yo? —cuestiona—. Te estaban obligando a casarte con él, yo lo hice y no me arrepiento, eres mía, Elisabetta.

Niego.

—Estás obsesionado conmigo —asevero.

—Mi mundo es cruel, *dolcezza*, no conozco la empatía, me cuesta conectar con la miseria de los demás, pero tú me enseñaste que puedo sentirla, que no soy tan maldito como todos creen.

—No entiendo...

—Me olvidaste, no me importa nada de eso, no vivo en el pasado cuando ahora te tengo en mi presente.

—Marcello, me atraes y lo sabes. —Me sonrojo cuando sonrío—. No sé si pueda amarte, la verdad no tengo idea si podré hacerlo, pero...

—Cuando te bajaste del avión no pude detenerme, sé que no entiendes que eres mía, el tiempo lo demostrará.

—No me conoces —lo contradigo.

—*Dolcezza*, te encanta llevarme la contraria, te conozco... —afirma—, sé que ayer necesitabas a tu prima, pero luego haremos una fiesta con tu familia y te prometo que va a gustarte.

—Mi tío no aceptará esto —musito.

—Te haré una pregunta y quiero que la contestes con sinceridad. —Asiento con mi cabeza—. ¿Qué sientes cuando estamos cerca?, ¿sientes miedo?

—No te tengo miedo, la verdad tengo miedo a lo desconocido, pero no a ti —respondo con sinceridad.

—Te voy a besar, *dolcezza* —dice con voz ronca—, necesito tus labios.

Sin más sus labios atrapan los míos que no ofrecen ninguna resistencia, podría estar equivocada. Sin embargo, su beso enciende mi corazón y pierdo el control en forma de un gemido, mis manos van a su camisa atrayéndolo más. Su lengua entra a mi boca y la folla, mojo mis bragas de manera automática y me restriego contra el bulto que se va endureciendo debajo de mí.

—Si sigues haciendo eso, voy a follarte —me advierte rompiendo el contacto.

—Esto está mal —murmuro pegando mi frente a la mía.

—¿Sientes que no es correcto? —averigua.

—No lo sé...

—Esperaría mil años solo para poseerte, pero no puedo resistirme a no tenerte.

Y algo me dice que si me enamoro, mi familia hará todo lo posible para mantenernos separados.

—Vamos a comer, *dolcezza* —me pide.

Se levanta conmigo en brazos, me río porque no puedo creer que esté en tan buenas condiciones físicas. Da vueltas conmigo y cuando me baja, engancha uno de sus brazos en mi cintura llevándome hacia su cuerpo. Mi corazón late apresurado cuando su mano toma un mechón de mi cabello entre sus dedos y luego lo coloca detrás de mi oreja.

—Confía en mí, *dolcezza*, no quiero amarte en la oscuridad, necesito amarte como es debido.

No respondo nada con palabras, asiento con mi cabeza y deja un beso en mi frente. Subimos las escaleras que son larguísimas y nos llevan de nuevo a la casa, nos sentamos en la mesa y creo que mañana tendré agujetas por subir tantos escalones. Nos traen la

comida y la degustamos en silencio, compartiendo miradas, no puedo evitar sonreír cada vez que se da cuenta de que lo estoy mirando. Marcello Tocci es un enigma, pero también es el único hombre que me ha hecho sentir deseo.

Pasamos la tarde hablando, Marcello se esfuerza por conocer mis gustos, mientras intento sacarle algo sobre su vida o pasado. Estoy cepillando mi cabello frente al espejo y cierro los ojos recordando la última vez que mi madre lo hizo por mí.

—*¿Viene muchas personas?* —pregunté.

—*Sí, nena, vienen personas importantes para tu padre* —contestó dulcemente mi mamá.

—*¿Y mis abuelos?* —averigüé.

A mis abuelos no les gustaba viajar a Roma, además, cuando venían discutían mucho con mi madre sobre mi padre y cómo sus negocios traerían problemas para todos. Me llamo Elisabetta, como mi abuela, y mi papá odiaba mi nombre, siempre me decía niña o princesa, porque le recordaba que mi nonna lo odiaba. No entendía qué era el odio, pero debía ser algo malo, porque mi papá se molestaba con solo mencionar a la familia de mi madre.

—*No, los abuelos no vendrán, pero pronto estaremos con ellos* —me prometió—. *Te prometo que verás a Livie y que estarán juntas para siempre. —Nos miramos a través del espejo y sonrió—. Eres una princesa, las princesas tienen cabelleras largas y hermosas.*

—*Soy una princesa* —susurré.

Mi mamá me dio un beso y se levantó para ir a buscar mi vestido, ella era como reina llevaba un vestido blanco hermoso y su cabello en un semirecogido. Parecía una Barbie, además era dulce.

Abro los ojos y me quedo mirando mi reflejo, al año de que la asesinaran me corté el cabello y nunca más lo dejé crecer, porque no quería ser una princesa, porque me encontraba sola y ya no estaba ella para peinarme. Tenía diez años, pero sabía que nunca nada sería igual después de la muerte de mis padres. Coloco el cepillo en el mármol y salgo a la habitación, Marcello está sentando en la cama, su torso descubierto y con un pantalón de pijama.

—Me encantan mi ropa en ti.

Me sonrojo, porque duermo con sus camisetas, nada de los saltos de cama que hay en mis cosas me gustan. Siempre he dormido en camiseta y bragas, así que es lo que uso para dormir.

—*¿Dormirás aquí?* —pregunto.

—Por supuesto, mi lugar está a tu lado —responde con una sonrisa.

Respiro hondo y camino hasta la cama, me siento de espaldas a él, espero que no me bese porque voy a perder la cabeza, cada vez que lo hace creo que estoy a punto de entregarle mi virginidad. Me acuesto, escucho que se ríe mientras apaga las luces, se mueve en la cama hasta que siento su cuerpo atrás de mí, su brazo me rodea, me tenso entre ellos, no porque no desee estar con él, tengo miedo a mi fortaleza, intento zafarme de su agarre, necesito distancia, mi piel se eriza al sentir su aliento que me golpea cuando me susurra al oído:

—No, Elisabetta, tu lugar en las noches es entre mis brazos. —Contengo la respiración cuando su mano sube por mi pierna—. Bésame, *dolcezza*, muero por sentir tus labios y escuchar tus gemidos.

Suelto el aire retenido y se me calienta todo el cuerpo, me gira atrapándome debajo su cuerpo. Acaricia mi rostro quitando el cabello de él, siento que si doy un paso hacia a la tentación solo quedará arrepentimiento, que si lo beso terminaré de perder la cabeza, que voy a entregarme a él.

—Marcello... —musito.

—Eres hermosa —susurra acariciando con su pulgar mi labio y lo lamo en respuesta, gime—. ¿Me deseas?

—Marcello, yo... —titubeo nerviosa—, yo...

Se ríe y me besa, cierro los ojos y me dejo llevar. Sus manos se sienten ásperas contra mi piel, pero me a medida que me toca, me voy a entregando a él. Tal vez puede que me arrepienta de esto, mas no puedo resistirme y mis manos tocan con desesperación su pecho y abdomen, cuando acaricio su espalda me paralizo recordando las cicatrices que lo marcan, ¿quién pudo hacerle algo así? Rompe el contacto y pega su frente a la mía.

—¿Quién te hizo eso? —pregunto tocándolas y se tensa.

—Es un mal recuerdo, solo eso, *dolcezza* —responde evadiendo mi interrogante.

Tomo su rostro entre mis manos, su barba incipiente me raspa y me quedo mirándolo. Suspiro y me acerco lentamente hasta su rostro, lo beso tímidamente, se escapa de su garganta un gemido y toma las riendas. Dejo que mis pensamientos que se resisten a Marcello se vayan, me entrego a sus besos a sus caricias; cuando su mano sube por mi abdomen hasta llegar a mis pechos, creo que estoy a punto de arder en llamas de pasión, me muero por descubrir qué es lo que siente hacer el amor con este hombre. Mis manos toman vida propia y cuando van directo a la pernera de su pantalón, se aleja abruptamente de mí.

—Pídelo, Elisabetta, pídemelo lo que deseas y lo vas a tener —ordena.

Me quedo callada mirando el techo, todavía hay una parte de mí que se niega a bajar las barreras. Marcello me envuelve entre sus brazos y besa mi frente, cierro los ojos intentando calmarme, si solo con caricias y sus labios me lleva al extremo, no puedo imaginar cómo voy a reaccionar cuando me haga el amor. Voy flotando lentamente en dirección a mi marido, pero hacerlo sería un salto al vacío y no creo que al caer encuentre una red que me atrape.

Capítulo 8

MARCELLO

Mi esposa camina sobre una cuerda floja entre el placer y todo lo que le impide entregarse, lucha contra sus sentimientos, lo veo cada vez que me aparta cuando la beso. Quedamos atrapados en ese momento, mientras yo me pierdo en su sonrisa. Sé que es difícil para ella, que no se abre a cualquier persona y la manera en que la obligo a estar a mi lado no es la forma correcta para que se quede, lo entiendo, claro que comprendo que tenga miedo de entregarse a mí, estoy acostumbrado a que todo lo que deseo lo obtengo. Fueron muchos años de penurias.

Las caricias que recibo en las cicatrices en mi espalda, son el recordatorio de que venimos de mundos diferentes, porque mientras ella nació en cuna de oro, yo nací entre la basura, robando desde niño para sobrevivir en las calles de la ciudad que se convertiría en mía. El maldito que me las hizo, está enterrado en varios lugares, su cuerpo debe haber sido comido por los gusanos. Arturo Palazzo, el hombre que intentó reinar Roma, mas no pudo, porque era un maldito enfermo que disfrutaba de hacer sufrir a niños. Lo maté, cuando tenía dieciocho años, nunca olvidaré la paliza que me dio y las veces que intentó violarme, Alba me salvó, pero no pudo salvar a su hijo. Tuve que esperar mucho tiempo para cazarlo y lo asesinarlo, lo atacué por la espalda clavando un cuchillo en su cuello, conté cada latigazo que recibí y se lo devolví en cuchilladas, ciento cincuenta, las conté de la misma manera en que me hizo contar cada golpe. Elisabetta no conoce el verdadero dolor, la protegeré de mi mundo, velaré por ella y no permitiré que nada le suceda.

Al despertarse le he pedido que se arregle para dar una vuelta por el pueblo, llevamos tres días aquí y ha pasado parte de ellos entre la playa, caminando por la propiedad o a mi lado mientras la beso con una pasión desmedida. Estoy a punto de que me corten las bolas, porque cada vez que me detengo ansiando que ella me pida que la folle, tengo que esperar a que se duerma para masturbarme en el baño imaginando que la estoy poseyendo.

Mi móvil suena con un mensaje, leo el nombre de Massimo y maldigo, porque tengo que hablar con él sobre mi esposa y también con ella respecto a él, pero no encuentro la manera. Cada vez que intenta que le cuente algo, me cierro, no soy el hombre correcto para ella, sin embargo, no puedo alejarme y no pienso hacerlo. Ignoro por ahora este pequeño escollo, sé que tengo que enfrentarlos a los dos tarde o temprano, decido leer los correos electrónicos mientras espero a que esté lista. Aprovecharé que estamos en Sicilia para verme con un viejo amigo y demostrarle así a mi dulce esposa que los mafiosos también podemos tener una familia.

—Estoy lista —anuncia.

Levanto la mirada de la pantalla de mi móvil, sonrío porque nunca he visto a una mujer más hermosa que ella. La recorro de pies a cabeza, lleva un vestido veraniego de color naranja que resalta sobre su piel olivácea, su cabello está suelto y cae hasta sus hombros, me detengo en su escote, vuelvo a repasarla hasta que miro directamente su rostro, lame sus labios y tengo que hacer acopio de toda mi fuerza para resistirme, quiero que ella sea la que me pida que la folle, necesito que se dé cuenta de que soy el hombre que necesita.

Camino acortando la distancia que hay entre nosotros, sujeto su cara y contiene la respiración cuando me acerca lentamente a sus labios, dejo un beso en su mejilla y luego voy hasta su oído, respiro su aroma y me deleito, huele a lilas y a inocencia. Dejo un beso en cuello, suspira bajito y sonrío contra su piel.

—Me encanta tu olor —susurro y me doy cuenta de que su piel se eriza—. Es una mezcla perfecta que me recuerda a ti.

Se agarra de las solapas de mi traje, dejo un reguero de besos hasta sus labios. Muerto de deseo por llevarla a nuestra habitación y follarla hasta que entienda que no hay nada que hacer, pero quiero salir con ella, que sienta que no solo la tendré encerrada. Así que, contra mis deseos, me alejo y acaricio su nariz con la mía.

—Marcello, nublas mi mente —confiesa.

Acaricio su rostro y me quedo mirándola, es perfecta, es todo lo que deseo. Respira hondo y acaricio sus labios con mi pulgar.

—Vamos antes de que pierda el control y te folle.

Se ríe mientras tomo su mano, la acompaño hasta el automóvil, un hermoso Ferrari clásico de los años cincuenta descapotable, se detiene un momento mirándolo y le abro la puerta, cuando sube la cierro y bordeo el automóvil para ocupar mi lugar. Ya a su lado, enciendo el motor y tomo su mano para llevarla a mis labios, dejo un beso en el dorso de su muñeca donde late su pulso y arranco. Mi esposa sonríe mirando con entusiasmo el paisaje que nos regala la Isla de Salina.

De todas las islas de la Eolias esta es la más verde y fértil, se queda admirando todo con ojos enamorados, se gira y se queda mirando la radio.

—Enciéndela si deseas —comento.

—No sé si te guste la misma música que a mí —responde.

—Me da igual, este paseo es para ti, *dolcezza*.

Sonríe y la enciende, busca hasta sintonizar una emisora que parece convencerle. Canta y algo se revuelve en mi interior. Elisabetta lleva años enredada en mi cabeza, ahora que la tengo quiero más y más de ella, no quiero vivir sin ella, no hay manera de que no pueda estar sin ella. La observo cantar y sonreír, me señala los lugares que le gustaría visitar, ahora confirmo que toda mi vida la he esperado, porque a mi existencia le faltaba esta bocanada de aire.

—Lo haremos —le prometo—, iremos a todos los lugares.

Dejamos la casa de Maurizio Lombardo, mi esposa habló por horas con Marena —la mujer de mi socio—, tuve que ir a resolver algunos negocios, pero de alguna manera era importante para mí demostrarle que también podemos tener una familia. Los hermanos Lombardo son mis socios comerciales desde hace unos años.

Acompaño a Elisabetta mientras camina por la orilla de la playa de Spiaggia dello Scario, un hermoso lugar rodeado de rocas, arena volcánica y agua de color turquesa. Tomo su mano y ella observa en silencio todo, el sol se esconde en el horizonte, necesito escuchar lo que pasa por su cabeza. Se detiene y aprovecho el momento para tomarla de la cintura y pegarla a mi cuerpo, recuesta su espalda en mi torso y suspira.

—¿Te gusta? —pregunto.

—Es precioso, gracias por traerme —contesta.

—La Bestia siempre quiso complacer a Bella, así que aquí me tienes intentando

ganarme tu corazón.

Se ríe y gira, sus ojos verdes me desarmen, hay cientos de preguntas que desearía contestar. Mi esposa es mi destino, quiero tenerla por siempre conmigo.

—Esta obsesión, crees... —Muerde su labio y niega.

—Sí estoy obsesionado contigo, *dolcezza*, tal vez me enamoraré de ti desde que te vi, sufro de estados de limerencia. —Sonríe—. Me obsesiona que me correspondas, tenerte a mi lado hasta que la muerte nos separe; sería una suerte que sientas lo mismo.

—¿Me amas? —inquire.

—Si esto no es amor, no sé qué será —contesto.

—Tengo dudas, lo siento —confiesa y la entiendo—, esto es tan...

—Elisabetta, te voy a proteger entre mis brazos y convertirme en todo lo que has soñado, déjame demostrarte que el amor es algo simple. —Desnudo mi alma—. Solo contigo soy yo mismo, te daré todo lo que tengo. —Acaricia mi rostro, cierro los ojos y tomo su mano para llevarla a mis labios—. Eres mi vida, *dolcezza*.

Suspira, entiendo que se resista a lo que hay entre nosotros. Sin embargo, nuestro matrimonio no es distinto, la obligaban a casarse porque era así que podrían optar a un trono inexistente, mientras que yo lo hago porque desde hace años no veía la hora de tenerla.

—Toda mi vida creí en los cuentos de romance, pero nunca imaginé que... —Se calla y sé que toda esta resistencia es por lo que soy.

—Soy un criminal, dilo —ordeno.

—Es que llegaste a mi vida sin aviso y sin un permiso para entrar en ella, me siento atraída por ti. —Se ríe bajito—. Te lo demuestro todas las noches, Marcello.

No hace lo que le digo, aunque me complace que confiese su atracción por mí, no fue lo que le ordené.

—Di en voz alta que soy un criminal. —De nuevo doy la orden.

Se queda mirándome, sé que intenta descifrar qué pasa por mi mente, pienso que mientras más rápido acepte que soy un capo, más rápido se adaptará a lo nuestro. Respira hondo tomando valor.

—Eres un criminal...

Sonríe, satisfecho por su respuesta.

—Siénteme, *dolcezza*.

La beso intentando transmitirle todo lo que he sentido por ella desde que la vi hace tres años, aunque siempre he vigilado por su bienestar, imaginaba que era porque su mirada y su dolor quedaron grabados en mi mente. Me apodero de sus labios mientras nuestras lenguas comienzan una danza, deseo poseer no solo su cuerpo, necesito su alma. Ella revuelve todo en mi interior, desquiciándome por besarla hasta que no quede nada de mí. Mi esposa enreda sus manos alrededor de mi cuello, las mías atrapan su cintura. Necesito derribar cada muro que levanta para no dejarme entrar. Rompo la conexión y pego mi frente a la suya, nuestras respiraciones están agitadas, si no me detengo la follaré aquí, así que no puedo hacerlo.

—Jamás pensé que sucedería así, pero no puedes negar esta conexión que hay entre tú y yo.

—No puedo, sé que este matrimonio es prácticamente lo mismo a lo que estaba destinada, pero... —Se queda mirándome mientras niega—. No me diste opciones, es como si intentaras meterte en mi mente, poseerme.

—Lo haré, *dolcezza*, puede que no en este momento, pero eres *mía*...

—Lo sé, créeme, hay algo que me dice que pertenezco a tu lado, eres todo lo que odié por años, eres parte de esas personas que asesinaron a mi madre.

Algún día le contaré que el asesino de su madre no es otro más que su padre, no ahora, tengo que ganarme su amor.

—¿Podrías intentar dejar los prejuicios y entregarte? —averiguo.

—Lo intentaré... —promete.

Caminamos un rato más, se aleja de momento perdida en sus pensamientos, tomo su mano y se queda mirándolas, decido que es el momento de volver a casa. Se sube al automóvil sin replicar, manejo sumergido en mis pensamientos, la oscuridad intenta apoderarse de mí para obligarla a que me ame. Al llegar, se baja y me pide cenar frente al mar, accedo a su petición y lo hacemos hablando, me deja tomar su mano mientras me cuenta sobre su prima y las travesuras que cometían juntas. Cuando llega el postre, tomo la cucharilla y la detengo, me acerco para darle el pastel de chocolate en la boca.

—Puedo comer sola —me reclama.

—Déjame —le pido—, quiero alimentarte.

Asiente y le doy la primera cucharada, lo saborea y gime al sentir su sabor. Lame sus labios y siento un punzada en mi polla, me muero por enterrarme en ella hasta que no pueda más.

—Puedo sola —dice.

—¿Qué milagro tiene que pasar para que me ames? —le pregunto.

—Lo estoy intentando —contesta.

—No me canso de insistir en que me abras tu corazón, no me importa mostrarte esta cara de mí, porque si al final de esta esta historia logro conquistarte, será perfecto.

—Marcello...

Acaricio sus labios muriéndome del deseo por poseerlos, respira hondo y me acerco para susurrar en su oído.

—Muero por escucharte decir mi nombre mientras me entierro en tu coño. —Jadea en respuesta—. Me deseas tanto como yo, puedes resistirte, *dolcezza*, pero en el fondo sabes que eres *mía*.

Me alejo y puedo ver su piel sonrojada, definitivamente Elisabetta lucha contra sus deseos, pero terminará cediendo a ellos. Puede que ahora comience a obsesionarme de la manera en que su cabeza descansa sobre mi pecho en las noches, cómo se aferra a mí buscando mi calor, porque, aunque niegue esto que hay entre nosotros, es una conexión inexplicable, tal vez la niña de diez años lo sabía antes que yo, incluso antes que la mujer adulta que tengo frente a mí. Termina de comer y la levanto, la atraigo a mi cuerpo, creo que también terminaré por obsesionarme de la manera en que la pongo nerviosa.

Acaricio su rostro y cierra los ojos mientras me deleito de la suavidad de su piel, cada vez que la toco quiero más.

—Mírame —ordeno. Abre sus fanales verdes y me quedo hipnotizado, sé que está cerca de ceder—. Todos los caminos que tomaste te trajeron de regreso a mí, no importa nada más, este es nuestro destino.

—¿Estás seguro? —Duda.

—Lo estoy, *dolcezza*.

Y para mi sorpresa se alza, esta vez es quien busca mis labios y la dejo, cuando me besa tomo el control, porque no puedo aguantarme a poseerla. Gime en respuesta y deja

desatar toda su pasión contenida. Elisabetta es todo lo que mi alma vacía necesitaba sentir, está encendiendo cada espacio de mi ser, creo que soy más humano solo por ella. Ralentiza sus movimientos hasta que esconde su rostro en mi pecho, suelta un suspiro mientras dejo un beso en su coronilla.

—Esto es de verdad —susurra—, lo estoy sintiendo, Marcello, y tengo la certeza de que mi lugar es junto a ti...

Y con esa confesión mi alma explota en regocijo, es el amor de mi vida, tal vez no me di cuenta antes, pero el destino me puso en su vida cuando era el momento correcto, estaba destinado a salvarla, porque terminaría a mi lado.

Capítulo 9

ELISABETTA

Pensaba que todo iba a ser fácil, llevo una semana junto a Marcello y creo que estoy por perder la batalla. Descubrí que mi esposo se despierta temprano para hacer entrenamiento funcional y de calistenia, hoy he decidido bajar a verlo y estoy hiperventilando. He visto su cuerpo en nuestra habitación, pero en este momento en que hace unas dominadas, su cuerpo sube y baja luchando contra su propio peso, es algo que no imaginé, no puedo describir lo que siento mientras lo observo ejercitarse.

Está demasiado bueno, abdominales, pectorales y bíceps definidos, tiene esa uve perfecta que te incita a descubrir qué esconde debajo de esos pantalones de ejercicio. Es un maldito dios romano, perfecto, su cuerpo me incita a pecar, a dejarme arrastrar hasta lo fauces de su inframundo. Anoche sus besos me volvieron loca, me sentó en su regazo para hablar, pero de repente cuando pensé que tomaría mi boca, me besó el cuello activando todas mis terminaciones nerviosas, su aliento era como una descarga fresca de sensaciones, sus manos se colaron por debajo de mi pijama subiendo hasta mis pechos. Aquello fue tocar el cielo, no imaginé que podría desear a alguien de la manera en que lo hago con él.

Fui yo la que buscó sus labios, abstinente por ellos, necesitaba una dosis más para dormir tranquila. Lo besé dejándole saber que necesitaba más, respondió chupando mi lengua mientras sus manos daban la atención necesaria a mis pechos. Estaba mojada, necesitada y a punto de rogarle que me follara. Sin embargo, paró aquello dejándome decepcionada, me dio un beso en la frente para acostarnos abrazados. No dije nada, en mi mente me increpaba por ceder ante el hombre que me secuestró y me había obligado a casarme con él.

—*Buongiorno, dolcezza mia* —me saluda acercándose mientras se seca el sudor.

—*Boungiorno...*

Me besa castamente en los labios, me quedo mirándolo cuando se aleja con una sonrisa.

—¿Qué quieres hacer hoy? —pregunta.

Todos los días salimos a dar una vuelta la isla, la primera vez que salimos conocí a una familia e intuí que el hombre es mafioso, ella fue un sol conmigo y me recibió en su casa. Maurizio y Marena tienen unos niños preciosos y una hermosa familia. Sin embargo, él me dio un poco más de miedo pues hay un aura oscura que lo envuelve, pero cuando estaba cerca de su esposa toda la maldad desaparecía de su aura, para solo ver amor.

—¿Podemos pasar el día en la playa? —pido.

—Lo que quieras, *dolcezza*, hoy haremos lo que te provoque —acepta—. Voy a ducharme.

Me da un beso y sale, me quedo esperando para ir a su despacho, trato de abrir la puerta pero está cerrada con llave. Así que busco a la señora Giulia, la encuentro en la cocina, y el olor a pan recién horneado me hace salivar.

—Giulia... —la llamo.

—Buenos días, señora Tocci —saluda—, todo está listo para el desayuno.

—Gracias, Guilia. —Sonrío mientras busco las palabras correctas para pedirle las llaves

—. Quiero darle una sorpresa a mi esposo, pero su despacho está cerrado, ¿tendrás la llave?

—Lo siento, señora, solo las tiene él —contesta.

Maldigo mentalmente, porque imaginaba que no sería fácil poder enviarle un correo a mi prima, necesito que sepa que estoy bien, ya que la llamada seguro aumentó su ansiedad. Le pido que nos prepare una cesta con comida, ella acepta y la escucho murmurar en dialecto siciliano, lo que me llama la atención. El poco personal que hay en la casa fue instruido para no informarme dónde estoy, casi le pregunté a Marena, pero viendo a su marido Maurizio, me dio terror.

Subo hasta a la habitación para cambiarme, abro la puerta sin tocar y me quedo sin palabras. Marcello está acostado en nuestra cama con una de sus manos alrededor de su polla y en la otra tiene la tanga que me quitó esta mañana. Gira su rostro al sentirme, mis piernas me fallan cuando intento moverme.

—Perdón, yo...

Me callo cuando se sienta, humedezco mis labios porque siento la garganta seca.

—Cierra la puerta —ordena con voz ronca.

Obedezco, pero al girarme pego mi espalda a ella, sin hablar y sin quitarle la mirada. Es una criatura hermosa, las heridas de su espalda lo hacen perfectamente imperfecto. Observo cuando baja las piernas de la cama, toma su falo, su mano comienza a subir y bajar por él.

—Esto es lo que provocas en mí, *dolcezza* —revela—. Cada noche desde que duermes a mi lado, espero a que te duermas para masturbarme como un adolescente.

—Yo...

—He luchado con cada pensamiento desde que te vi, me recriminé por años por fijarme en una mujer más joven, ¡joder! —Suelta un gemido—. Te deseo como nunca he deseado a nadie.

En mi vida había sentido la necesidad primitiva de entregarme al placer.

—Desnúdate para mí, Elisabetta, muéstrame lo que será mío —ordena.

Otra en mi lugar saldría huyendo, apenas tengo unos días conociéndolo, pero ¡al diablo la racionalidad!, muero por tocarlo, por ser yo la que con mi mano le dé placer. Llevo mis manos a los tirantes de mi vestido, los desato lentamente. Sus fanales se oscurecen al ver mi sumisión, bajo lentamente la tela, mis pezones están erectos y al sentir la brisa fresca que entra, muerdo mi labio inferior. Cuando llego a la tanga dudo si bajarla o no, decido dejármela.

—Acércate —musita cuando me quedo frente a él solo con una tanga de encaje diminuta—. Déjame mirarte de cerca, *dolcezza*. Necesito tu olor.

Camino lentamente hasta que me detengo delante de él, su respiración se entrecorta, su mano no deja de subir y bajar por su polla, sus abdominales se contraen, la tensión que su cuerpo emana es hipnotizante mientras que sus ojos me hechizan, sus pupilas se han dilatado volviéndolos negros. Su mano libre me alcanza, para acercarme más a él.

—¿Te gusta lo que ves? —pregunta y me sonrojo—. Responde, Elisabetta —demanda.

—Sí... —Mi voz sale ronca—. Es fascinante.

—¿Me dejas tocarte? —pide.

Marcello hasta hora solo me ha obligado a casarme con él, en cuanto al contacto físico, todo es consensuado, lo cual me hace derrumbar mis muros, porque termino accediendo, asiento con mi cabeza, aceptando.

—Responde, necesito tu permiso...

—Tócame... —susurro.

Su mano me acaricia hasta bajar a mi monte de Venus, sus dedos se cuelan por dentro de mi tanga.

—¡Joder, estás mojada por mí! —Muerdo mi labio—. Voy a meter mi dedo, *dolcezza*, necesito sentir el calor de coño.

Crudo, soez y al mismo tiempo excitante, es escucharlo decir eso. Sus dedos se cuelan por mis labios, jadeo al sentir su pulgar en mi clítoris, primero lo pelliza para comenzar a acariciarlo de forma circular. Mientras me toca no deja de hacerlo con él mismo.

—Este coño es mío, Elisabetta, cuando te folle no podrás acercarte a nadie más, ¿entendido? —Mi parte racional me dice que no soy un objeto, que no le pertenezco, pero la otra me hace dudar—. ¿Entendido?

Me penetra con su dedo, grito de placer tirando mi cabeza hacia atrás.

—¡Sí! —grito.

—Eres lo más hermoso que jamás he visto.

Marcello me masturba llevándome a tocar las cimas del placer, mi cuerpo lo reconoce como su dueño, porque comienzo a moverme sobre su mano, estoy pasando la delgada línea imaginaria que yo misma tracé y de la cual no hay regreso; cuando lo miro ha dejado de tocarse para verme mientras me entrego a lo que me hace, me sienta en regazo sin dejar de penetrarme con sus dedos, entierra su rostro en mi cuello para besarme, morderme y lamerme. Me susurra palabras crudas y promesas de amor.

Un cosquilleo emerge desde mi pecho hasta llegar a mi clítoris, el orgasmo me golpea como un tsunami arrasando todo lo que pensé que era, su boca se adueña de la mía, se traga mis gemidos, su lengua me folla con la misma intensidad que sus dedos, mi cuerpo convulsiona entre sus brazos. Cuando me calmo, rompe el contacto y saca su dedo de mi interior. Me acuesta en la cama, se sube sobre mí, sus piernas me apresan. Chupa sus dedos y los saborea, me sonrojo.

—Delicioso, dulce como tú, *dolcezza mia*...

Toma su polla para masturbarse, lo hace rápido, urgido de conseguir su propia liberación. Es lo más erótico que veré jamás. Marcello se corre en mi vientre mientras lanza su cabeza hacia atrás. Cuando vuelve a verme sonrío satisfecho, acaricia donde ha derramado su semen. Lleva los dedos a mis labios e instintivamente los abro, probando su sabor. Su mirada se oscurece de placer.

«*Estoy jodida, necesito más de este hombre*».

—Eres única, *moglie*.

Sonrío.

—Eres único, *marito*...⁶

Al escuchar mis palabras me besa, llamarlo *esposo* es la aceptación de lo que somos. Tengo miedo, porque sé que Marcello es un hombre que esconde oscuridad en su interior, pero al mismo tiempo, después de conocer a sus amigos ayer, me dio la esperanza de que puedo tener un matrimonio normal. Solo tenía que ver bajo las capas del hombre que miraba con adoración a su mujer, es la misma mirada que me da él cuando hablamos.

Ralentiza sus movimientos hasta darme besos castos, se acuesta a mi lado mientras me abraza. Me quedo en silencio acariciando sus músculos, trazándolos con mis dedos. Mi corazón late apresurado, comprendiendo que en un futuro inminente puedo

enamorarme de este hombre. Besa mi frente en un gesto tierno.

—¿Todavía quieres ir a la playa? —pregunta.

Niego con mi cabeza acurrucándome contra su cuerpo.

—No, quiero estar así, aquí contigo —confieso.

—Nos quedaremos aquí —acepta.

Me abraza y con eso suprime mis miedos. Sé que la mafia mató a mis padres, pero fueron los calabreses, y no tiene nada que ver con mi romano, él me ha protegido todo este tiempo, esperando el momento correcto para acercarse a mí. Esto es una locura, cualquier persona diría que estoy sufriendo un severo caso de Síndrome de Estocolmo, sin embargo, hay algo dentro de mí que me hace confiar en él. Me duermo entre sus brazos y por primera vez, me siento a salvo desde la muerte de mis padres.

Corro por el gran salón de nuestra casa, mis padres se acercan a alguien que emerge de un rincón oscuro, me entrega un sobre y le doy las gracias, parece un príncipe oscuro, como los elfos que a veces me lee mi mamá, me fijo en sus ojos y me impresiono, son de color violeta.

—Me casaré contigo cuando sea grande...

Me despierto, a mi lado está Marcello mirándome. Sus ojos de color violeta como un elfo y, su oscuridad me enamoran, no puedo negarlo.

—Tú... —murmuro.

Se sienta en la cama, niego con mi cabeza, debe ser que mi mente me está jugando un mal rato.

—Solo fue un mal sueño, *dolcezza* —afirma mientras me acuesta de nuevo.

Me da un casto beso en los labios, suspiro, esta mañana fue tan inesperada e intensa.

—¿Qué hora es? —averiguo.

—Mediodía —contesta—, ve a ducharte, vamos a comer en uno de los miradores.

—Vale...

Lo beso tomándolo por sorpresa, Marcello toma el control cuando chupa mi lengua, me excita que haga eso, me muevo para frotarme contra su pierna. Se escapa de su garganta un sonido gutural, rompe el contacto y pega su frente a la mía.

—Ve a ducharte, *dolcezza* —ordena.

—Pero...

—Deja las prisas, *moglie mia*... —me pide con una sonrisa—. Te prometo que pronto estarás lista.

Respiro hondo y me levanto, voy directo a la ducha, me baño y acaricio mi vientre, muerdo mi labio recordando el momento que sucedió hace pocas horas. Marcello es como una fuerza de la naturaleza, que toma todo a su paso reclamando lo que le pertenece, destruyendo cada obstáculo.

Al salir, se levanta como un gladiador, poderoso y hermoso, camina hasta donde estoy para darme un beso en la frente.

—En un momento salgo —promete.

—Está bien —respondo.

Saco ropa, ya que no iremos a la playa escojo un vaquero y una camiseta blanca, siempre me ha gustado la comodidad, aunque también el estilo. Escojo un conjunto de lencería y me lo pongo y me apresuro a terminar antes de que salga. Dejo la habitación

buscando espacio, esta mañana estaba decidida a contactar a mi familia y que me rescataran, pero ahora quiero quedarme aquí, conocerlo y descubrir lo que esconde el hombre que apodan *il Romano*.

—Estás loca, Elisabetta —murmuro bajando las escaleras.

Estoy loca por desear quedarme aquí y ser follada por Marcello Tocci.

Capítulo 10

MARCELLO

Entro a la habitación después de ducharme, tengo que detenerme para ver lo que tengo en mi cama. Mi amada esposa me espera sentada sobre sus rodillas, pero lo más impresionante de todo es que está desnuda.

Levanta su mirada, sus fanales verdes se parecen a las hojas más verdes en el copo de un árbol. Sus pezones están erectos, esta mañana la masturbé, me moría por probar sus jugos, sin embargo, deseo ir lento, así muera por un caso severo de bolas azules.

—Marcello... —musita mi nombre con un deje de desesperación.

Camino lentamente, pensé que podía algún día follarla hasta saciarme, mas no sucederá, sé que mientras más la posea, más voy a desearla, nunca tendré suficiente. Me detengo frente a ella y tomo si mentón entre mis dedos.

—Dime qué deseas —ordenó dulcemente—. *Dolcezza*...

—A ti —contesta tímida.

Sonríó, porque me desea, para mí es un paso importante que reconozca la misma necesidad que tengo por ella.

—¿Quieres que te folle, Elisabetta? —pregunto sin filtros—. ¿Quieres me entierre en tu coño? —Se sonroja—. Responde, *dolcezza*.

Su respiración de entrecorta, su piel me muestra su bochorno. Elisabetta es perfecta.

—Sí, Marcello —contesta en voz baja.

No soporto más y la beso, mis dientes rozan sus labios, se le escapa un gemido cuando mi lengua entra a su boca. Sus manos atrapan mi cuello buscando profundizar el beso, no puedo contenerme más, la necesito como al aire, ella es el oxígeno que necesito para vivir. Poseo sus labios así como deseo hacerlo con su cuerpo y su alma.

Pellizco sus pezones, su cuerpo se estremece. Dejo sus labios para besar sus mejillas, recorro su cuello hasta llegar a sus pechos, ansioso tomo un pezón entre mis labios y lo muerdo sutilmente.

—¡Dios! —gime bajito.

Lo lamo, lo beso y muerdo, sus manos se entierran en mi cabello, buscando acariciarme, repito lo mismo hasta que lo dejo sensible, doy una última lamida y lo soplo, tiembla de placer y la acuesto para atender el otro.

—¿Vas a follarme? —pregunta.

—Esta noche te haré mi mujer en cuerpo, *dolcezza*.

«*Con el tiempo también seré el dueño de corazón*».

Tomo su otro pezón en mi boca, mi mano baja recorriendo la piel hasta su coño. Acaricio sus labios, percibo lo húmeda que está, lentamente cuelo uno de mis dedos en su interior.

—¡Marcello! —Jadea mi nombre.

Alzo mi mirada, cruzándome con la suya, sus jades brillan por el deseo. Libero su seno para dejar un reguero de besos hasta su monte de Venus. Sus manos desordenan mi cabello, mientras escucho la melodía desencadenada de su placer. Dejo un beso sobre él admirando la dulzura de su intimidad.

—Comeré tu coño, luego voy a follarte duro y gritarás que eres mía.

No la dejo responder, porque abro sus labios para chupar su clítoris, su cuerpo se arquea de placer. Elisabetta responde como lo imaginé tantas veces. Sus fluidos son dulces, como ella.

Mis labios la chupan, mi lengua la lame y la penetra mientras desesperada hala mi cabello, su caderas se mueven buscando un poco más de fricción. Cuelo uno de mis dedos, después otro, tengo que agarrar sus caderas cuando comienza a gritar incongruencias. Atrapo uno de sus pechos a la par que mi lengua azota su clítoris al mismo tiempo que mis dedos entran y salen de su húmedo coño, disfrutando cada gemido, cada jadeo y a su delicioso cuerpo. Clava sus uñas en mis hombros cuando succiono su botón; Elisabetta me pertenece.

—¡Cristo, Marcello! —exclama excitada, con un borde de desesperación en la voz.

Bebo de su humedad, tengo la certeza de que ahora que la he probado, soy adicto a ella, se estremece gritando y explota en un orgasmo, podría pasar días solo bebiendo de las mieles de su excitación, no dejo su coño hasta que estoy satisfecho. Me levanto, me observa y bajo hasta su rostro, la beso para que pruebe su sabor de mis labios, nos giro y jadea rompiendo el contacto.

—Vas a follarme —le digo tomándola por su rostro, su cabello cae como una cortina—. Lo harás a tu ritmo.

—Yo... —Se calla dudando, toma una respiración profunda—. Deseo que seas tú, déjame aprender de ti.

Hay vulnerabilidad en su voz, la verdad es que tengo miedo de perder el control y terminar follándola como un animal. Me siento con en ella encima de mí, la tomo entre mis brazos para llevarla a la cama, se abraza a mi cuello, sus ojos brillan llenos de expectación, la beso con delicadeza mientras me posiciono, abre sus piernas recibíendome. No dejo sus labios, la venero como la reina que es, la adoro como nunca lo había hecho con ninguna otra. Mi polla descansa sobre su vientre, mis manos no dejan de tocarla.

—Por favor —me ruega rompiendo el contacto.

—¿Qué necesitas?

—A ti...

Su respuesta me satisface, me separo de ella para posicionarme, me quedo mirando su coño y llevo mi capullo a su entrada, esto es el inicio de nuestro infinito, aquí no hay final.

—Relájate —le pido mientras entro.

Encuentro la resistencia de esa pequeña capa, soy el primero y el único. Gime de dolor, la beso para calmarla, me quedo ahí para que su cuerpo me indique cuando esté lista para mí. Beso su oreja y le susurro:

—Voy a entrar, *dolcezza*, va a doler un poco, pero el dolor da paso al placer y te olvidarás de todo.

—Por favor, por favor, te necesito.

Salgo de su interior y la penetro de una sola estocada, sus uñas se clavan en mí, me quedo quieto dejando que se acostumbre, sus paredes me aprietan ordenando mi polla. La beso, comienzo a moverme dentro y fuera mientras follo con mi boca la suya.

Bombeo con fuerza perdiendo el control, en respuesta enrolla sus piernas en mi cadera buscando más profundidad. Dejo sus labios para mirarla y salgo de ella.

—¡No, no! —lloriquea.

Tomo sus piernas para subirlas en mis hombros, la vuelvo a penetrar con fuerza.

—¡Dios! —clama.

Salgo de nuevo y repito el mismo movimiento varias veces, dentro y fuera. Todo el raciocinio se me escapa, la penetro de una sola estocada, grita de placer y me regala la imagen más afrodisiaca que puede tener un hombre, está con su espalda arqueada, su cabeza echada hacia atrás y sus pechos invitándome a acariciarlos. Pierdo el aliento y mi sangre se convierte en fuego, comienzo arremeter contra ella, sus jadeos se convierten en gemidos, sus manos empuñan las sábanas, sus piernas tiemblan en mis hombros.

—Eres mía, dilo —ordeno.

—Tuya, tuya, sí, sí... —contesta con voz ahogada.

Mi boca atrapa uno de sus pezones, grita de placer mientras pierdo la razón cada vez que entro sintiendo el calor de su interior y su humedad.

—Joder, eres mía —gimo—, estás mojada por mí, por tu hombre.

—¡Marcello! —grita

Explota en otro orgasmo, las paredes de su coño estrangulan mi polla, pero todo el sentido de la razón se me escapó desde que la probé. Su cuerpo se sacude entre mis brazos, salgo de su interior y la giro sin dejarla respirar, la penetro de nuevo, sabía que sucedería, poseerla no calmaría mi deseo, solo haría que se acrecentara. Observo su trasero, lo acaricio y dejo un beso en su espalda, me acerco a su oído, gime cuando mi aliento choca en su oreja.

—Te voy a follar duro, *dolcezza*, te voy a dar todo y lo vas a recibir, ¿lo entiendes?

—Por favor, te necesito —ruega restregando su culo contra mí.

—¿Lo entiendes? —La tomo por su cabello y giro su cabeza para que pueda verme.

—Sí, sí, lo entiendo.

Con mi mano libre la azoto y jadea en respuesta, cuelo mis dedos entre sus nalgas y acaricio su ano.

—Esto también será mío, toda tú serás mía.

—¡Tuya!, isí, tuya!

Sé que está cerca de otro orgasmo al sentir su cuerpo temblar y arremeto con rapidez impulsándonos a los dos hacia el vórtice del placer.

—Te vas a correr cuando te lo ordene —le advierto.

Estar dentro de su coño es la jodida gloria, la tomo del cabello, a la par que entro y salgo de su interior, desatando al hombre hambriento. Siento cómo poco a poco se forma mi orgasmo.

—¡Córrete, *dolcezza*!

Me derramo dentro de ella clamando su nombre y me sigue gritando, su cuerpo se sacude cuando la beso. Caemos sobre la cama, cierro los ojos tratando de calmarme, me estremezco al sentir una sutil caricia de su mano en el dorso en la mía, giro mi rostro para encontrarme con su mirada verde, sus ojos parecen dos piedras de jade, su brillo y el rubor de su rostro me aseguran que esto fue perfecto. Me acerco para acurrucarla entre mis brazos, su cuerpo se amolda perfectamente al mío y todo lo que siento explota como una revelación. Ya no hay vuelta atrás, nunca podré dejarla ir.

Cuando nuestras respiraciones se calman, me doy cuenta de que fui una animal, me separo para mirar su cuerpo. Subo sobre este y acaricia mi rostro.

—Fui una bestia, no debí follarte así —digo arrepentido.

Sonríe, cierro los ojos sintiendo el calor de su mano en mi mejilla.

—Fue perfecto —susurra en respuesta.

La beso, responde abriendo sus piernas y temo que nunca podré tener suficiente de esta mujer, cavaré mi tumba. Le doy picos hasta volver a envolverla entre mis brazos.

—Vamos a descansar, en un rato volveré a follarte.

Se ríe acurrucándose entre mis brazos.

Elisabetta duerme cuando salgo de nuestra cama al alba, anoche la follé dos veces más y la dejé dormir. Me ducho, cuando bajo las escaleras me encuentro a Mario.

—¿Qué haces aquí? —inquiero.

—Tienes que ver esto —contesta tendiéndome un sobre.

Lo abro y maldigo cuando miro las fotografías, el tío de Elisabetta está en ellas junto al maldito con quien la casaría. Están con soldados de la Bratvá, lo que significa una cosa.

Manuel de Saboya está cavando su propia tumba. Respiro hondo para calmarme, por mi mujer les arrancaría la piel y me comería sus corazones. En Roma se corre la leyenda de que soy de los que comen carne humana, aquello fue porque una noche después de torturar y matar a uno de mis enemigos, tomé su corazón, lo mordí y luego lo lancé hacia los perros.

—No volveré antes —informo—, voy a llamarlo y vas a escuchar.

Marco el número del tío de mi esposa, repica hasta que contesta con voz somnolienta.

—Leí tu correo, te ayudaré —digo sin saludar.

—¿Tocci? —pregunta.

—La llevaré de vuelta —miento.

Cuelgo la llamada y Mario me pone al día. Le ordeno seguir a todos, por años la mafia rusa ha deseado tomar ciertos territorios y negocios, pero a medida de que ellos ganan terreno, los sicilianos y yo cortamos su paso, expulsándolos.

Soy meticuloso en todo lo que hago, casi hasta llegar a lo obsesivo.

—Consigue a alguien que nos informe —ordeno.

—¿Crees que te engañó hace diez años? —averigua.

—Puede ser, no puedo decir que no, tal vez quitó una piedra en su zapato. —Bajo la voz —. Su padre quería mi ciudad, mas no sabía cómo obtenerla.

Niega.

—¿Estás dispuesto a una guerra por ella? —inquiére.

—Estoy dispuesto a quemar Roma como lo hizo Nerón, todo por ella.

Mario guarda silencio, por años ha conocido mi obsesión por la ciudad, sería capaz de destruirla antes de perder a Elisabetta. Si todo apunta a lo que creo, mi dulce esposa siempre fue un peón en el tablero de ajedrez de los Saboya. Su estúpida obsesión por volver a un trono que no existe desde hace siglos, los ha llevado a destruir todo lo que poseen. Me quedo mirando las fotos, ahora más que nunca tengo un talón de Aquiles, pero necesito tiempo con Elisabetta, solo unos días para ganarme su corazón y destruir todo lo que amenaza con hacerle daño.

Capítulo 11

ELISABETTA

Me despierto cuando los rayos del sol pegan directamente en mi rostro, con los ojos todavía cerrados toco el espacio vacío en donde suele estar el cuerpo de mi esposo. Marcello debe tener superpoderes, para soportar dormir solo pocas horas en las noches, supongo que el tipo de vida que lleva dentro de la mafia no le permite descansar como es debido. Ayer, pasé el día deseando que no estuviera involucrado en actos criminales, para terminar de bajar mis barreras y enamorarme de él.

Anoche di un paso gigantesco, que marcará un antes y después en mi vida, le entregué mi virginidad al hombre que me secuestró y me obligó a casarme con él. Sin embargo, no me arrepiento de nada, cada día intento levantar muros de titanio, pero antes de dormir me doy cuenta de que solo son de cartón, porque con cada detalle y atención mi esposo se está ganando poco a poco mi corazón. No puedo dejar de pensar en la manera en que reaccionó mi cuerpo en la mañana al encontrarlo masturbándose por mí, por eso en un acto de valentía mientras él tomaba una ducha decidí desnudarme y esperarlo sobre la cama. Fue como un gesto de sumisión y de confianza hacia Marcello Tocci.

La vida puede sorprenderte cuando menos lo esperas, el destino puede llevarte a muchos caminos y no sabes a dónde puedes ir parar; a lo largo de los años vivía según lo que me dictaban, no obstante, por esta vez deseo ser yo la que decida. Debo estar volviéndome loca, ¿a quién le importa lo que digan? Nos detenemos a pensar en lo que los demás piensan de nosotros, pasamos días hasta meses preocupados, pero la gente nunca estará de acuerdo con todas tus decisiones, se olvidan de que equivocarse es un paso más en el camino, que solo queda levantarse y aprender. Soy una chica de veinte años, sé que voy a equivocarme, que tal vez en este momento lo estoy haciendo, que he tomado la peor decisión, solo el tiempo lo dirá, porque la verdad estoy cansada de hacer lo que mi familia ordena, y con Marcello lo siento en los huesos, cada célula de mi ser me dice que pertenezco a este hombre.

Voy hasta el baño para tomar una ducha, abro el agua tibia y me meto bajo del chorro con los ojos cerrados. Recordando todo lo que sucedió anoche, la forma en que perdió el control y lo hizo a su manera, mientras mi corazón latía como un caballo desbocado. No podía pensar, solo sentir cómo sus labios eran capaces de llevarme a vivir sensaciones que nunca imaginé que conocería.

Siento sus brazos tomarme por la cintura, abro los ojos y me encuentro a Marcello, sus fanales violeta me observan con deseo.

—Esposa mía —musita.

—Esposo mío...

Mis manos poseídas por el deseo van hacia sus pectorales, el agua resbala por su cuerpo y me atrevo a acariciarlo. No hace nada para impedirlo, bajo por sus abdominales con mi dedos, un *eight pack* perfecto. Acerco mis labios para dejar besos primero en su pecho.

—*Dolcezza* —murmura con voz ronca.

Dejo un reguero de besos por su abdomen perfecto, no dejamos de mirarnos en el proceso. Tentada me arrodillo frente a él, se le escapa un gemido al verme, tomo su polla

entre mis manos, muerdo mi labio y luego paso mi lengua por sobre estos. Subo y bajo mi mano por el falo.

—¿Quieres probarlo? —pregunta con la voz cargada de deseo.

—No sé hacerlo —confieso, tímida.

—Abre la boca, *dolcezza* —ordena y lo hago, seductoramente lleva su sexo hasta mis labios—. Vas a hacer como si comieras un helado.

Lo tomo entero en mi boca, chupo su capullo como si fuera una piruleta. Mi lengua lame a la par que mis labios succionan. Echa la cabeza hacia atrás mientras gime de placer. Sus manos sujetan mi cabello tomando el control, sale y entra en mi cavidad, mi sexo se humedece al verlo perdido en el placer que le doy.

—¡Joder, *dolcezza*! —exclama extasiado—. Tu boca es mi segundo lugar favorito para follarte, primero es tu dulce coño, tercero tus tetas que son desplazadas por ella hoy.

Me sonrojo, baja su mirada para encontrarse con la mía. Anoche, después de recuperarse, se corrió mientras su polla entraba y salía de entre mis pechos, era algo tan erótico, porque al mismo tiempo que apretaba mis senos para darle placer, él arremetía contra ellos.

—Mía... —afirma llevando su polla hasta mi campanilla, me escuecen los ojos—. Relaja la boca, traga, vamos, *dolcezza* —me pide—. ¡Joder, Elisabetta! —Sale de mi boca, me toma por las axilas para levantarme, llevando mis brazos a su cuello—. ¡Sujétate duro!

Su orden sale como un ladrido cuando lo hago, me toma de las piernas pegándome contra los azulejos, su polla está en mi entrada y sus labios sobre los míos, me penetra de una sola estocada, mientras yo solo puedo gritar de placer. Su boca choca con la mía, siento cómo todo su sexo entra y sale del mío, cómo me llena. Marcello mueve sus caderas con fuerza contra a mí, a la par que su lengua folla la mía, esto es mucho más que dos personas que se necesitan para liberar todo lo que contienen, para mí es la entrega del deseo contenido por nosotros. Si esto será el sexo que haremos, necesito a Marcello todos los días de mi vida, sus labios dejan los míos, sus dientes apresan mi labio inferior, no puedo dejar de mirarlo, el agua corre entre nosotros mientras me folla con fuerza, mi cuerpo responde casi de manera automática, moviéndose buscando cada arremetida. Libera mi labio y jadeo, se acerca a mi oído, su aliento choca ahí y gimo.

—Me inspiras a pecar, eres perfecta, Elisabetta, quiero morirme enterrando mi polla dentro de tu coño —¡Joder!—. Te voy a follar todos los días, a toda hora...

—¡Dios! —musito sobrepasada.

—Eso, nena, tu coño se aprieta alrededor de mi polla —gime—, eso, exprímeme.

—¡Más duro! —ruego.

Sale de mí y entra de nuevo, grito de placer, lo hace varias veces mientras me susurra palabras obscenas al oído, nunca imaginé que lo sucio podría excitarme, pero con Marcello parece que todo es la plenitud. Me corro gritando su nombre, a la par que él me besa mientras se corre dentro de mí. Sus labios no me abandonan hasta que su polla da una última sacudida en mi interior.

—Vas a ser mi muerte, *dolcezza*.

No puedo decir nada más, porque creo que Marcello sería la mía de un momento a otro. Sale de mí, me quedo pensativa mirando cómo su semen resbalaba entre mis piernas, no uso anticonceptivos, así que debería decirle.

—Yo... —murmuro.

Toma mi mentón entre sus dedos y me obliga a mirarlo, su sonrisa lo dice todo, está

feliz de tenerme finalmente. Me quedo perdida en sus ojos violetas, los cuales brillan llenos de amor, no puedo explicarlo, ante ese gesto algo explota dentro de mí.

—¿Tú? —pregunta con una sonrisa.

—No tomo anticonceptivos —contesto.

Su sonrisa se acentúa y se acerca, pega su frente a la mía. Contengo la respiración, expectante ante sus palabras. Su mano acaricia mi mejilla y creo que esto de alguna manera es correcto, que estoy con la persona correcta.

—No me importa, si quedas embarazada sería un regalo. —Suelto el aire, aliviada—. Nunca te imaginarás lo hermosa e importante que eres para mí, destruiría todo aquello que intentara dañarte. El sufrimiento al que sometería a quien siquiera intentara acercarse a ti, solo sería equivalente a vivir en el infierno.

—Marcello, yo... —Me callo, porque no puedo adelantarme a nada.

Él parece comprenderlo, me besa mientras su promesa de mantenerme a salvo ronda en mi cabeza. Nunca estaré tranquila siendo esposa del don de la mafia romana.

Después de ducharnos, Marcello me complació y bajamos a la playa, disfruto de bañarme en el mar junto a él. Besarle mientras las olas chocan contra nuestros cuerpos; estamos acostados en la arena, juego con su mano en silencio.

—Mis padres fueron asesinados por la mafia. —Rompo el silencio—. Eso ya lo sabes, mi vida entera pensé que todos ustedes eran hombres desalmados.

—No confundas esto, Elisabetta —me advierte—. Soy un hombre capaz de matarte sin que te des cuenta. —Me giro y me quedo mirándolo, no esperaba esa respuesta. ¿Estoy equivocándome?—. Quiero que te quedes, pero no voy a mentirte, soy lo que soy, soy un asesino, mataría por ti...

—Pero...

Se gira y coloca su mano en mis labios, mis latidos se aceleran mientras me pierdo en su mirada, confío en Marcello, me siento segura a su lado.

—No pienses en nada, soy lo que soy, no voy a cambiar, solo tienes que aceptarme, solo tienes que alejarte de mis negocios, me encargaré de mantenerte a salvo.

—¿Algunas vez escuchaste *Psyco Killer*? —pregunto.

—Lo he hecho.

—¿Me harías daño?

—Nunca te haría daño adrede, *dolcezza*... —Respira hondo—. Sé que comprendes qué significa estar en mi mundo, no te pediré disculpas porque te traje sin estar preparada, pero no importa ser tan egoísta, pues finalmente te tengo, todo será fácil si entiendes que soy un criminal y que en la intimidad, soy Marcello, tu marido.

—¿Por qué no puedo recordarte? —inquiero—. Recordaría esos ojos, son hermosos.

Niega con una sonrisa y se sienta, cada vez que veo su espalda tengo que contener la respiración. Acaricio las cicatrices, parece que alguien se ensañó con él de tal manera que es un milagro que esté vivo. Alcanza mi muñeca y me detiene, me hala hasta sentarme sobre su regazo, toma mi rostro entre mis manos.

—No importa que no me recuerdes, nos vimos una sola vez, *dolcezza*, pero bastó una milésima de segundo para que mi corazón te reconociera, tal vez no lo entendí en ese momento, es inexplicable. —Niega—. Eres la primera mujer más joven que yo...

—Y la única —afirmo llena de celos imaginando a otras.

—Eres la única, *dolcezza*, el anillo que llevas en tu dedo lo desearon muchas y solo lo tienes tú, *eres mía*...

—*Y tú mío*.

Siento su polla endurecerse por mi afirmación, me toma por el cabello y me besa. Me restriego buscando placer.

—*Cazzo!* —gime contra mis labios.

Rompemos el contacto y me abrazo escondiendo mi rostro justo donde late su corazón.

—Estamos en Sicilia —confieso.

—¿Cómo lo adivinaste? —pregunta.

—Escuché a los sirvientes hablando en el dialecto, lo intuyo, así que... —Respiro hondo—. ¿Posees propiedades en el territorio de los sicilianos?

—Poseo propiedades alrededor del mundo y también tengo enemigos en todas partes, *dolcezza*. —Me tenso, acaricia mis brazos y respira hondo—. Podría mentirte, decirte que vivirás una vida plena y feliz, que nunca tendremos ningún peligro, pero no lo haré, eres mi mujer y prefiero ser sincero.

—¿Qué esperas de mí? —indago.

Besa mi cabello y cierro los ojos, no sé si a todas las mujeres nos pasa igual, sin embargo, deseo algo normal, aunque sea entre nosotros.

—Ya lo tengo, *dolcezza*, eres mi esposa —asegura—, tal vez que me ames, pero el tiempo lo dirá.

—Marcello, yo... —Me separo de él y me quedo mirándolo—. Quiero conocerte, si voy a estar casada contigo, quiero...

—No lo digas —me pide—, hay cosas de mí que no puedo contarte, pero intentaré ser sincero contigo.

Me quedo con esa promesa, sé que no puedo saber todo y lo entiendo. Me levanto y voy hasta la orilla, me sigue y me abraza pegándose a su cuerpo. Soy pequeña ante su estatura, su barbilla descansa sobre mi cabeza, entrelazo mis manos con las de él. ¿Estoy loca? No lo sé, lo único que sé es que un hombre como Marcello es irresistible, el italiano perfecto, de piel bronceada, trajes costosos y sonrisa encantadora. Nos quedamos un rato así, mirando el mar, hasta que me propone volver a la casa para comer, sería perfecto vivir aquí.

Un refugio seguro, donde solo seamos Marcello y yo, sé que es imposible. Solo han pasado dos semanas, imagino que el resto de mi vida estaré así, siempre a su lado. Recogemos todo y me quedo mirando las escaleras de piedras, bajarlas parecía algo divertido, ahora que tengo que subir las, me arrepiento. A mitad del camino me canso, me giro para mirarlo y sonrío.

—No creo volver a la playa más —anuncio.

—Eres una flojita —se burla.

Sube otros escalones más, me toma por la cintura echándose sobre su hombro, grito y sube conmigo.

—¡Bájame, loco! —le pido y en respuesta recibo una nalgada.

Sube conmigo hasta que llegamos al patio, me baja y me tenso cuando me encuentro frente a frente con un hombre que nos observa desde unas gafas oscuras con una sonrisa diabólica en los labios.

—¿Qué haces aquí? —pregunta mi marido.

—No sabía que tenía que anunciarme, padre...

Y me quedo mirando al joven que se quita las gafas de sol, sus ojos son de un azul intenso, pero toda su aura grita que es alguien a quien hay que tenerle miedo.

—Elisabetta, te presento a Massimo —dice entre dientes.

Massimo atraviesa la distancia que hay entre nosotros, intenta tomar mi mano, pero Marcello se atraviesa quitándome de su campo de visión. Sin decirme más, lo toma por el brazo y lo obliga a irse con él, dejándome con miles de preguntas por hacer.

Capítulo 12

MARCELLO

Massimo fue uno de esos errores de los cuales te arrepientes, su madre tuvo una noche de amorío conmigo y murió dándolo a luz, criado por Alba se convirtió en el arma perfecta de mi organización. Lo arrastro hasta el despacho y suelta un carcajada cuando cierro la puerta con fuerza. Sé que no me tiene miedo, pero me respeta.

—No le haré nada a tu esposa —se burla—. ¿Qué edad tiene? ¿Quince? —Se ríe—. No sabía que eras un pedófilo.

Antes de que se dé cuenta, lo tomo por las solapas de su traje y lo pego contra la primera pared que encuentro, nunca le he hecho daño, lo he cuidado y protegido. Suelta una carcajada, hace mucho descubrí que no era mi hijo, a pesar de que lleva mi apellido, después de un análisis de nuestro ADN, dio como resultado que no compartíamos nada, ya era tarde, porque Alba le había tomado cariño y el mundo sabía que era mío.

—No te acerques a ella o te mato —advierdo.

—¿Temes que se fije en mí? —pregunta con sorna—. Tal vez se dé cuenta de que soy más joven.

—¡Massimo! —lo llamo en señal de advertencia.

—Suéltame, Marcello —sisea—, no voy a robarte a tu joven esposa, no me interesa, pero es bueno descubrir que por esas venas corre sangre y no hielo —agrega con rabia.

Lo suelto, se acomoda el traje y me quedo mirándolo. Primero esta mañana la visita de Mario y ahora la de mi hijo adoptivo, algo sucede en Roma.

—¿Qué haces aquí? —averiguo.

—Primero, gracias por no invitarme a tu boda —me recrimina—, segundo, los rusos se robaron un cargamento que venía de Corea del Sur.

—¿Cuándo?

—Hace dos noches, esperaba este cargamento en París para llevarlo a Londres —contesta—. Mataron a todos.

Maldigo en voz baja, hace tiempo que la mafia rusa viene jodiendo mis negocios. Supongo que es su manera de recordarme que les quité algo que les pertenecía. Massimo se queda mirándome.

—¿Qué vas a hacer? —indaga.

—Averigua si es de los rusos o alguno que esté actuando como un *vor*^z —ordeno.

—Es Aleksander Avdonin —contesta.

—¿Cómo estás tan seguro? —inquiero.

—Dejó esto para ti... —Me ofrece una fotografía en blanco y negro de Elisabetta—. No imaginé que tu esposa era propiedad de la Bratvá .

—Es mía —siseo entre dientes.

—¿Sabes qué significa esto? —expone.

Cierro los ojos, claro que lo sé y no puedo contarle a mi esposa. Supongo que tendremos que volver a Roma. Allí estaremos más seguros que aquí y tendremos que hacer oficial que es mi esposa, no puedo seguir alargando el placer por encima del deber,

además, allá tengo más posibilidades de ganar una batalla que aquí.

—No te quiero cerca —le advierto.

—A veces pienso que eres demasiado inteligente y *ciego*, no me interesa tu mujer, sé que solo llevo tu apellido, pero... —Se calla cuando me quedo mirándolo.

Para el mundo es mi hijo, lo he educado como tal y algún día le dejaré el puesto como don de la mafia, en el fondo no quiero que mis hijos con Elisabetta tengan que ver con ella.

—Nos iremos mañana, Massimo, y cenarás con nosotros.

Asiente en silencio, salgo a buscar a mi esposa. Subo hasta nuestra habitación y la encuentro vacía, mi corazón late apresurado ante el miedo de perderla. Bajo las escaleras y salgo, camino por la propiedad hasta encontrarla sentada en uno de los miradores más alejados. Tiene la mirada perdida hacia la ciudad.

—Elisabetta —la llamo, su cabello se mueve a causa del viento, me ignora por completo mientras me acerco—. *Dolcezza*.

—Algo me dice que mientras el mundo arda, siempre vas a venir a salvarme. —Respira hondo—. No quiero enamorarme de ti, porque tienes mucho que ocultar, eres mayor que yo, eres un criminal, hay tantas razones...

Me arrodillo frente a ella, tomo su rostro entre mis manos, me hace la cobra soltándose. Sus ojos verdes están llenos de decepción. Si ella supiera que nunca me he arrodillado ante nadie, quiero decirle, mas no lo haré para salvaguardar mi orgullo.

—Mírame, Elisabetta —ordeno con rabia y lo hace—. Massimo es hijo de una mujer que estuvo conmigo hace veinticinco años, me aseguró que era mío —confieso—, ella murió en el parto y Alba lo crio, le di mi apellido, pero algo me decía que no era mío, cuando cumplió doce, lo llevé a hacerse la prueba de ADN, dio negativo, sabe que no es mi hijo, pero lo he cuidado como tal y lleva mi apellido.

Niega con su cabeza.

—¿Qué hace aquí? —pregunta.

—Tenemos que volver a Roma, debo encargarme de asuntos importantes —contesto evadiendo su pregunta.

Sonríe triste.

—Esto nunca será normal... —Niega con su cabeza mientras chasquea su lengua contra su paladar—. Sé que no será normal, pero no soporto no saber nada.

—*Dolcezza* —la llamo, me levanto y tomo su mano trayéndola conmigo—. Esto será un matrimonio normal, solo tienes que dejar los negocios lejos de nosotros.

Se ríe.

—Me obligaste a casarme contigo, eso nunca será normal, me secuestraste y si te elijo...

—¡Elígeme! —ordeno desesperado.

No dice nada, me abraza escondiendo su rostro en mi pecho. Cierro los ojos, no le tengo miedo a nada, pero ahora sí, hay algo que me atemoriza, que me congela y me quitaría todo lo que soy. Perder a Elisabetta es mi más grande miedo, nos quedamos así un buen rato hasta que me pide volver a la casa, al entrar observa todo alrededor en busca de Massimo, sin embargo, él por primera vez en su puta vida decide obedecer y no acercarse a ella.

Cenamos en silencio, mi esposa le echa miradas de soslayo a mi hijo adoptivo.

Milagrosamente, Massimo hace acopio de los modales que le enseñamos Alba y yo.

—Volaré a París —anuncia Massimo.

—¿No vienes a Roma? —pregunta Elisabetta.

—Massimo vive en París —contesto—, pasa muy poco tiempo en Roma.

—No puedo ir a Roma, tengo asuntos que atender —agrega Massimo—, supongo que vamos a vernos poco.

—Siempre eres bienvenido, eres el hijo de mi marido —revira mi joven esposa.

Massimo sonríe, no tengo madera de padre, fui duro cuando debí serlo. Sin embargo, he cuidado de él y lo he protegido, sabe que mataría por él de ser necesario. Lealtad es lo único que espero y es lo que me ha dado a lo largo de los años.

—Gracias —murmura en repuesta.

—Cuéntame de ti, porque supongo que lo sabes todo de mí —pide Elisabetta entre dientes.

Massimo alza su mirada y me observa, la verdad no sabe nada de ella. Mario es la única persona que conoce todos mis secretos. Mi hijo niega con la cabeza, pone cara de póker.

—La verdad es que no —confiesa—, soy todo oídos, ¿cómo se conocieron?

—Tu padre me secuestró y me hizo casarme veinticuatro horas después —contesta—, lo más romántico que han hecho por mí.

Él pasa su mirada de ella a mí y suelta una carcajada, sé que está molesta y que no podía esperar que se comportara. Lo hizo delante de Lombardo, creo que por miedo, sin embargo, no lo iba a hacer frente a él.

—Suen a algo que haría Marcello —se burla.

Lo fulmina con la mirada y se levanta, deja la servilleta sobre la mesa para irse. La tomo de la muñeca.

—Siéntate, *dolcezza* —ordeno y me quedo mirando a Massimo que deja de reírse.

—Lo siento —se disculpa—, Elisabetta, no tienes que temer, mi padre y yo llevamos una dinámica muy cómoda, aparezco de vez en cuando para ciertos asuntos y me largo a París, cuando todo está como él desea.

—Por mí pueden irse los dos —refuta molesta y niega con su cabeza—. No tengo hambre, los dejaré para que se pongan al día.

La suelto permitiéndole retirarse, Massimo niega con su cabeza, no se atreve a decir nada, sabe que lo mataría. Me levanto de la mesa para seguir a mi esposa.

—No diré nada, solo que tienes que tener paciencia, es cinco años menor que yo, Marcello, no es del tipo de las que estás acostumbrado, va a luchar.

Me giro para mirarlo, hubo un tiempo en que pensé que no iba a cuidarlo, que no lo quería, sin embargo, algo de mí lo vi reflejado en él. Massimo es tan parecido a mí en tantos aspectos, vive lejos porque confío lo suficiente para que se encargue de ciertos negocios.

—¿Crees que no lo sé?

—Mañana me iré, no quise dañar tu luna de miel, pero dado el caso, imaginé que deseabas saberlo.

Niego con mi cabeza, suelto un suspiro y quisiera poder mantenerla encerrada, supongo que cuando volvamos a Roma, no lo podré hacer.

—No te vayas —pido—, tal vez te necesite un tiempo en Roma.

Asiente y me voy a seguir a mi esposa, subo las escaleras hasta nuestra habitación. Abro la puerta y me quedo en el quicio admirándola, está sentada sobre la cama viendo

hacia la ventana, con la mirada perdida en la inmensa oscuridad. Su espalda se tensa al sentirme, cierro y paso el seguro, camino hasta que estoy lo suficientemente cerca. Mi dedo recorre su hombro desnudo.

—¿Por qué? —inquieta y no tengo que ser adivino para saber a qué se refiere.

—Te lo dije, *dolcezza*, eres mía...

Cierra los ojos, ahora que se ha entregado a mí, nunca la dejaré ir. Su lugar está a mi lado hasta que la muerte nos separe y espero tener una vida larga, porque deseo pasar años al suyo. Suspira cansada, sé que su vida está cambiando de manera radical y que mi mundo puede ser cruel, mas no sabe que pertenece a él, siempre lo hizo.

—Mi vida entera he hecho lo que dicen los demás, iba a casarme para complacer a todos y ahora me casé contigo con miedo a que me mates, parece que el destino tiene un juego retorcido para mí. —Se calla y me tenso—. Regresar a Roma significa que me harás enfrentar a mi familia, no sé si estoy preparada para ello.

—Elisabetta, mírame —ordeno, no lo hace y camino hasta colocarme frente a ella. Tomo su barbilla entre mis dedos y la obligo a mirarme—. Eres mía, podría haberte cortejado, pero mi naturaleza no es esa, tomo lo que me pertenece.

—No soy un objeto —revira intentando zafarse de mi agarre.

—No lo eres, pero eres mía. —Respiro hondo y quisiera contarle todo—. ¿Te arrepientes de haberme dado tu virginidad?

Niega y se sonroja, algo dentro de mí se revuelve de la misma manera que hace diez años.

—No —musita.

—Tengo una vida para cortejarte, no voy a disculparme por obligarte a casarte conmigo, con el tiempo entenderás que igual iba a suceder, solo aceleré todo.

Se ríe.

—De alguna manera creo que estaba destinada a ti —acepta—, solo te pido que no me ocultes nada, Marcello, no me mantengas en la oscuridad, no quiero enterarme de todo así, quiero que me cuentes todo tú.

—Lo prometo...

Todavía no sé si estoy seguro de contarle que está en peligro y que su familia está detrás de todo. Me siento a su lado y la envuelvo en mis brazos, suspira bajito.

—Enamorarme de ti no es correcto, eres un mafioso y toda mi vida los detesté, porque ellos mataron a mis padres —comenta.

—Elisabetta, pude mentirte, presentarme como un hombre de principios, un lobo vestido en piel de oveja. —Se tensa—. En tu mundo hay muchos de esos que van arruinando vidas, los monstruos a veces tienen familias perfectas y mundos idílicos, soy lo que soy, mis manos están manchadas de sangre, pero no voy mostrando algo que no soy. Esto que ves, esto soy, mas nunca le haría daño a niños o a mujeres inocentes.

—Es que...

La alzo para sentarla en mi regazo, parece un ángel que vino a este mundo a salvarme, pero mi alma está tan consumida en la oscuridad, que es tarde para que pueda hacerlo.

—Confía en mí —le pido—, no te haré daño, he esperado mucho tiempo por ti.

Cierra los ojos y su mano acaricia mi rostro, su calor calma la ansiedad de perderla, porque lo correcto sería que ella corriera alejándose de mí, aunque la cazaría hasta traerla de nuevo a mi lado.

Capítulo 13

ELISABETTA

—¡Mamáaaaa! —bramo asustada.

—Vendetta! —grita el hombre tomándome por la cintura.

Mis pies no llegan al piso, lloro y grito desesperada mientras el cuerpo de mi mamá convulsiona, el rojo mancha su vestido y mi padre solo asiente en dirección al hombre que me tiene entre sus brazos.

—¡Llévatela ya! —ordena.

El hombre sale corriendo conmigo, se escuchan los gritos y la conmoción de los presentes. Mi propio llanto se acrecienta, observo cómo nos alejamos y otros hombres nos siguen. Se sube a una van que arranca a toda velocidad, hay más hombres que comienzan a hablar en un idioma que no entiendo. El hombre a mi lado se gira y me observa, sus ojos grises me miran de una manera que me hace temblar, su mano sube por pierna y trato de alejarme, mi madre me ordenaba que no me dejara tocarme por nadie, me da una cachetada y lloro, siento un sabor metálico en mis labios.

—Pequeña perra —dice con voz siniestra.

—¡Mamá! —lloro.

—Está muerta —se burla—, como lo estarás tú en unos años.

Se me corta la respiración, mi hámster murió hace unos meses, mi mamá me aseguró que había un cielo de mascotas y otro para humanos, ¿ella estaba en el cielo? Ellos seguían hablando en un idioma que no entendía, me quedé paralizada mientras me abrazaba a mí misma, llorando en silencio. Mi mamá estaba viva, estaba segura de que esos hombres malos me mentían para hacerme daño, mi madre siempre me decía que los hombres malos deseaban hacernos daño, porque mi padre era importante. Seguro papá va rescatarme o el hombre de los ojos violeta, ese es mi color favorito.

Nos detenemos en un lugar, abren la puerta y el hombre malo me hala del cabello arruinándome la trenza que mi madre me hizo. Me arrastra mientras me resisto, tomo una de sus manos y lo muerdo con fuerza.

—¡Maldita perra! —grita con rabia.

Me hala con mayor fuerza, bramo del dolor mientras lucho para soltarme. Me saca de la van, el lugar me da terror. Le dice algo en ese idioma feo y escalofriante a los hombres. Arrancan dejándome con él, me lleva hacia un lugar y me resisto. Los gritos y llantos se escuchan a lo lejos, cerca hay una jaula de perro. La abre y me tira dentro, me quedo mirándolo con miedo.

—Pronto conocerás el terror, perrita...

—¡Mamá! —musito.

Me ovillo hacia un rincón, se aleja mientras se burla de mí, escucho los gritos de dolor de personas. Tiemblo, estos son los malos de los que mi mamá hablaba, las personas que quieren hacer daño a mi papá, pero estoy segura de que vendrá a salvarme.

—Greco la vendió, una puta para el Pakhan. —Escucho en italiano con un acento marcado—. Antes voy a desvirgarla.

Las horas pasan mientras el hombre me ronda, me observa y me habla en un idioma que no entiendo. El llanto se vuelve silencioso hasta que mi cuerpo comienza a tener

espasmos, rezo como enseñaron para que Dios mande a un ángel y me ayude: mi mamá, quiero a mi mamá, ella va a protegerme, solo ella puede cuidarme. Gritos de dolor, ¿dónde estoy? Él decide abrir la puerta, me paraliza cuando me toma por el cabello de nuevo y me saca a rastras, grito de dolor y las lágrimas queman. Cuando sus manos comienzan a tocar mis piernas, me resisto, pateo mientras él se ríe.

—Una virgen, te voy a romper...

—NO. ME. TOQUES —bramo pateándolo.

El sonido de mis medias pantis rompiéndose me pone a temblar, sus manos subiendo hacia mi parte íntima me asquea.

—¡Nooooooo! —grito desesperada.

Me toca enfocarme en el sonido de las olas y el aire cálido, me estremezco cuando siento unas manos que me acarician.

—Dolcezza —me llama Marcello.

Mi respiración sigue agitada, mi pecho sube y baja. Fue una pesadilla, una tan real que me hace sentir terror. Me giro escondiendo el rostro en el pecho de mi esposo, envuelve sus brazos alrededor de mí, me siento segura, es una maldita locura y no me importa, pero en el corazón tengo la certeza de que nunca me haría daño, que a su lado estoy a salvo, que nunca me pasará nada. Coloco la mano en su pecho sintiendo los latidos de su corazón, están calmados, me concentro en eso, *bip, bip, bip*, respiro con cada uno de ellos. Siento sus labios en mi frente y ese gesto tan tierno me enamora un poco más, Marcello intenta ser romántico, como un hombre que reprime esa parte que muere por salir conmigo.

—Fue una pesadilla —susurra mientras sus manos suben y bajan por mi espalda—. ¿Quieres contarme?

Niego con mi cabeza contra su pecho, me aleja un poco y tiemblo extrañando su calor. Sus manos acunan mi rostro, no puedo apreciar el suyo, no sé por qué razón creo que es eso lo que siempre me ha faltado en la vida.

—Estás a salvo conmigo, dolcezza.

—Abrázame —le pido.

Sonríe haciéndolo mientras me quedo refugiada en sus brazos, siento sus caricias alejando el miedo que dejó el mal sueño. Estoy enamorada de Marcello, ya no hay vuelta atrás para esto, lo sé, tal vez nunca le encontraré explicación a lo que siento, mas puedo verme a su lado, sé que estaré a salvo, es como si he encontrado donde pertenezco. Estos días he estado sintiendo todo, del miedo al amor, del amor a la lujuria y de esta a la verdad, supongo que así es como estoy aprendiendo a conocerlo.

—Duerme, dolcezza, cuidaré de ti y tus sueños.

No puedo hablar, me atormenta el recuerdo de ver a mi madre caer en el piso mientras de su cuello brotaba la sangre, sus ojos verdes mirándome con dolor agonizando. Tiemblo en los brazos de Marcello.

—Estás a salvo —murmura.

Cierro los ojos mientras escucho los latidos de su corazón, no quiero volver a Roma, tengo el presentimiento de que lo que va a suceder cuando mi familia se entere de mi matrimonio no será nada bueno.

Me sorprendo cuando subimos al avión y me encuentro con Massimo, me saluda con un gesto mientras me siento al lado de mi esposo. Al menos voy a regresar consciente y no drogada como me trajo; después de la pesadilla casi no pude dormir, cada vez que me despertaba agitada, besaba mi frente y me calmaba susurrándome que me volviera a dormir pues estaba a salvo con él.

No recuerdo de sufrir de terrores nocturnos, ni siquiera después de la muerte de mis padres, no sé si la pesadilla fue un recuerdo o una mala pasada, mi inconsciente burlándose de mí porque estoy con un hombre que representa todo lo que ha traído dolor a mi vida. Cuando todo acabó me volví una niña sumisa y complaciente, por miedo de perder a mis abuelos y el amor que me daba mi tío, en el fondo tenía miedo de que ellos se cansaran de mí y no me quisieran.

¿Felicidad? ¿Alguna vez he sido feliz?, no lo sé, ni siquiera en estos días. Me quedo mirando a Marcello y le digo:

—Quiero tener una cita contigo.

Se queda mirándome con una sonrisa, si tengo que pasar un tiempo junto a este hombre, al menos quiero intentarlo a mi manera.

—¿Dónde quieres ir? —pregunta.

Alzo mis hombros, con Adriano nunca salí, solo íbamos a eventos sociales fingiendo ser algo más que amigos, bueno, de mi parte nunca me sentí atraída por él, aunque fuera guapo.

—Lo que se hace en la cita, no lo sé, nunca he tenido una —confieso.

Marcello asiente, cuando tomamos la altitud que nos permite desabrocharnos el cinturón, se cambia de puesto a mi lado, toma mi mano para entrelazarla con la suya, me quedo mirando la unión.

—Puede ser esta noche, te llevaré a mi sitio favorito en la ciudad.

Massimo cambia de puesto, mi esposo se tensa a mi lado. Me giro para mirarlo, es su hijo, adoptivo o no, me imagino que debe quererlo de alguna manera.

—¿Estudias, Elisabetta? —indaga Massimo.

—Estudio Literatura en Oxford —contesto.

—Imagino que pedirás traslado —sugiere.

No lo había pensado, con Adriano no iba a ser necesario porque seguiría viviendo en Londres, pero ahora, me giro para mirar a mi esposo.

—Lo veremos con el tiempo, perderá un año mientras decidimos lo mejor para ella —anuncia Marcello tomando la decisión por mí.

—Pero... —Lo fulmino con la mirada y me quedo callada, niego y pensándolo mejor, agrego—: Me obligas a casarme contigo, ahora también a dejar mi carrera, ¿estamos en el renacimiento?

—*Dolcezza*.

Quiero golpearlo, refunfuño en inglés de gánsteres idiotas que creen pueden controlar a las mujeres, pensando que somos estúpidas. Escucho a Massimo soltar una carcajada, también quiero partirle la cara, aunque me dé miedo, no confío en él y nunca lo haré. Paso el resto del vuelo recriminándome ser tan inocente, no debería dejarlo a Marcello acercarse a mí, aunque estoy jodida, porque mi cuerpo no puede resistirse a él.

En la mañana me folló mientras las primeras luces del amanecer se colaban por nuestra ventana, todavía puedo sentirlo, lo hizo con fuerza a la par que me repetía que le pertenecía, en lo más álgido de nuestra pasión le grité en respuesta que le pertenecía.

Cristo, que casi no lo conozco.

La hora y once minutos que dura el vuelo, lo hago en silencio. Aterrizamos en Roma y cierro los ojos unos segundos antes de desabrocharme el cinturón de seguridad. Bajamos del *jet* privado, hay dos todoterreno blindados y hombres alrededor. Me tenso cuando observo sus armas, ni se molestan en ocultarlas. Mario espera con una sonrisa, asiento en su dirección cuando me abre la puerta de una de ellas. Seré la esposa de Marcello Tocci, pero sigo siendo su rehén, se sube y nadie más lo hace. Me obliga a mirarlo, sus dedos se clavan dolorosamente en mis mejillas.

—¡Mírame! —ordena.

Intento soltarme, pero me hace girar mi rostro, sus ojos violetas se oscurecen por la rabia, no le gusta que lo ignore, un arma que voy a usar a mi favor.

—No soy un objeto, no dejaré un año mis estudios, no sé qué pensaste cuando decidiste casarte conmigo, pero no voy a permitir que me arruines la vida entera.

—Elisabetta —me increpa.

—Ni se te ocurra decir nada y olvida la cita, no quiero salir contigo, no quiero ni que me toques.

Me hala con fuerza, pega su rostro al mío y creo que estoy a punto de morirme cuando sus labios me besan con violencia, haciéndome sentir la frustración que le provoca mi actitud, gimo cuando su lengua irrumpe de manera violenta en mi boca. Mojo mis bragas, maldigo mentalmente, las veces que Adriano me besó nunca sentí nada igual. Me entrego al beso y muerdo sus labios con rabia, un sonido ronco se escapa de su garganta. Toca la ventana, entonces recuerdo que estamos en un pista de aterrizaje con hombres armados alrededor. Rompe el contacto y pega su frente a la mía, nuestras respiraciones se escuchan agitadas, mantengo los ojos cerrados.

—Esta noche tendremos una cita, *dolcezza*, y pronto hablaremos de tus estudios, lo prometo.

Y que me llamen loca, pero asiento mientras abro mis ojos, me quedo mirándolo y algo me dice que puedo hacerlo cambiar de decisión. Da un golpe en respuesta, Mario sube de copiloto mientras Massimo de chófer. Marcello toma mi mano, viajamos en silencio, lo observo de vez en cuando, su perfil es perfecto, parece una escultura de Miguel Ángel, su nariz es perfilada, pero que se abulta un poco como si hubiera sufrido alguna fractura, una barba de dos días sin afeitarse, su cabello castaño oscuro salpicado de algunas canas que lo hacen verse interesante.

Marcello Tocci será mi perdición, lo sé, lo siento en mis huesos, sería capaz de cualquier cosa por él, no sé si es la forma en que me folla lo que me hace perder la cabeza o su manera de intentar hacerme feliz, a pesar del método en que consiguió casarse conmigo. Soy un desastre, no debería rendirme, debería luchar por dejarlo y ser libre, pero hay algo que me lo impide y es que en el fondo sé que de una forma u otra le pertenezco.

Capítulo 14

MARCELLO

Después de volver a casa, Elisabetta se encerró en nuestra habitación, intentando luchar por lo que comienza a nacer en ella. Alba la encontró dormida cuando fue a llevarle el almuerzo, no quiso molestarla y me aconsejó que hiciera las cosas un poco más fáciles para que se adaptara a nuestro estilo de vida.

—El cargamento era importante, no podemos dejar que los rusos se salgan con la suya, es dinero y no estoy dispuesto a perderlo —asevera Massimo sacándome de mis pensamientos.

Me quedo en silencio, me fijo que Giovanni no deja de mirar su teléfono celular como si esperara algo, siguen hablando y dando sus puntos de vista, algo está mal con él, nunca se ha comportado de esta manera, desatento, nervioso, como si ocultara algo, tengo que vigilarlo más.. Me doy vuelta y me distraigo mirando la ventana hasta que veo a mi joven esposa aventurarse salir al jardín.

—Es demasiado joven —se burla Giovanni.

Lo fulmino con la mirada, Massimo sonríe, estoy perdido.

—Creo que mi padre está perdiendo la concentración por su esposa.

Carlo y Mario sonríen, sin embargo, optan por quedarse callados, saben que es lo mejor.

—Si es joven o no, no es tu problema, trabaja en solucionar quién les dio la información a los malditos rusos —me dirijo a Giovanni—. Eres el único que conoce las ubicaciones y las entregas, no me hagas dudar.

Me observa nervioso, me respeta, espero solamente su lealtad, nada más. Carlo lo observa cuando saca su celular de nuevo.

—Tengo que irme, no volverá a pasar —anuncia—. Sabes que nunca haría algo para traicionarte.

Algo me dice que no es así, su afirmación no suena sincera y la verdad no confío en él, bueno, no lo hago en nadie. Cuando sale dejándonos solos, observo a Massimo quedarse mirando a mi mujer que está oliendo las flores de nuestro jardín.

—La verdad es que mi madrastra es hermosa —comenta.

—Y por primera vez en su vida no le interesa nada de lo que hablamos —se burla Mario—, miren esto, porque será la única vez que lo haremos.

Niego con mi cabeza y sonrío, puede que con ellos tenga la suficiente confianza para aceptar que mi mujer me distrae hasta de los negocios. Seguimos hablando hasta que se van, doy tiempo para dejar el despacho, Elisabetta lleva una hora en nuestra habitación. Sediento de ella decido que tengo que verla y subo para prepararnos, la escucho llorar y algo en mí se rompe. ¿Le estoy haciendo daño? Nunca me detuve a pensar si esto era lo que ella necesitaba, si era correcto obligarla a casarse conmigo; como siempre lo he hecho, tomé lo que me pertenece sin mirar las consecuencias. Entro a la habitación, trago el nudo que me ha provocado escucharla llorar; le tememos a los villanos, cuando los monstruos más terribles son los que guardamos en lo más recóndito de nuestras almas. Veo cómo sus hombros se tensan y se limpia el rostro con sus manos, me acucillo frente a ella y sus ojos verdes me observan llenos de desesperación como aquella

vez en el avión.

—¿Por qué lloras? —averiguo.

Niega con su cabeza mientras fuerza una sonrisa triste en su rostro, lleva su mano al mío y termina acariciándome, cierro los ojos por unos segundos llenándome de su calor, la tomo para dejar un beso en su muñeca justo donde late su pulso. La suelto y limpio con mis pulgares las lágrimas que manchan sus mejillas. Se queda mirándome mientras compartimos un momento de silencio, me levanto para sentarme a su lado y la envuelvo en mis brazos, ya que no me da un respuesta decido hablar yo.

—Tomaste mi alma, Elisabetta, todo lo que necesito es que entiendas que esperé mucho para tenerte, que pude cortejarte y enamorarte como un hombre normal, pero tu familia tenía otros planes, además, nunca lo hubiera permitido, soy un criminal, un hombre sin el estirpe necesario para ser tu esposo, no podía dejarte ir, sé que lo sabes, que comienzas a sentir lo mismo que yo.

Suspira.

—Todo lo que necesitaba y deseaba era encontrar a alguien que me rescatara de un destino que no deseaba, Marcello, alguien que me ame y respete lo que soy, es lo único que deseo en esta vida. —Se aleja de mí y se queda mirándome—. Cada vez que doy un paso para bajar mis barreras, dices algo que me lo impide, no puedes encerrarme en casa y ansiar que te espere cada noche.

—No es lo que espero de ti.

—Ni siquiera sé qué es lo que esperas de mí, me tomaste, te casaste conmigo y sabía que mi vida no sería igual, pero...

—Déjame intentarlo, *dolcezza*, déjame... —Me levanto—. No soy un hombre de rogar. —Sonríe—. Tenemos una cita, vamos. —Le ofrezco mi mano y se queda mirándola, estoy intentándolo, realmente estoy intentando hacerla feliz.

La toma, la halo hacia a mí abrazándola, suspira cansada. Nunca he tenido miedo, esa palabra no existe en mi vocabulario, pero ahora que tengo a mi esposa a mi lado, creo que tengo un terror a perderla. Me solicita un momento para arreglarse, para estar lista y le pido que use algo cómodo y asiente, se va dejándome en nuestra habitación.

Roma es una ciudad histórica, monumental y tremendamente bella, está repleta de rincones que le robarán el corazón. Caminamos por ella tomados de la mano, lleva escondido su rostro y su cabello en una gorra, se la entregué cuando estábamos en el automóvil. Observo el reloj y sonrío al darme cuenta de que hemos llegado justo a tiempo, puede que sea trillado ver el atardecer, pero este lugar es uno de mis favoritos para verlo y quiero compartirlo con mi dulce esposa.

—*Sant'Angelo* —susurra.

El Ponte de Sant'Angelo es un puente situado en la orilla del río Tiber que conecta el Castillo que lleva el mismo nombre con la ciudad, mientras todas las edificaciones del Imperio Romano están en ruinas, este todavía sigue en pie maravillando a los visitantes o habitantes de Roma por casi dos mil años.

—Este es mi lugar favorito —confieso deteniéndome frente a la basílica de San Pedro y envolviéndola entre mis brazos—. Así como ahora cuando el sol se esconde y la oscuridad es la que reina, mi ciudad espera a que su dueño salga a gobernarla.

—Es hermosa, Roma es hermosa —musita mirando cómo el sol se esconde.

—Quisiera ser un mejor hombre para ti, pero soy lo que soy, pudiera engañarte y no mostrarte mi oscuridad, necesito que entiendas que hay una razón para tomarte como lo hice, no soy un hombre que va a pasar por tu vida, me voy a quedar para siempre, me convertiré en tu todo como tú lo eres todo para mí —susurro en su oído, su piel se eriza, alrededor hay personas mirando lo mismo que nosotros—. Porque la vida, sin ti, nunca será perfecta.

Se pega a mi cuerpo y la envuelvo entre mis brazos, suspira y dejo un beso en su cuello. Elisabetta nació aquí, pertenece a esta ciudad, ella será la reina perfecta en mi reino lleno de caos.

—Por años caminé por la ciudad cuando el viento soplaba fuerte y el sol escondía, mientras lo hacía pensaba que buscaba algo, pero realmente buscaba a alguien y era a ti, esperaba que regresaras a casa, este es tu hogar, eres una romana, eres mi esposa, esta es tu ciudad, Elisabetta, lo llevas en la sangre y lo sientes.

—Quiero conocerte mejor, necesito que me dejes ser tu esposa, no tu posesión —musita—, pero ahora quiero me lleves a nuestra cama y me hagas el amor.

Esa petición hace que se endurezca mi polla y la arrastro hasta subir en mi Maserati, arranco a toda velocidad, tomo su mano para besarla, no me importa que piense que estoy desesperado por ella. Bajamos en mi casa, subimos las escaleras riendo mientras mis empleados nos observan, entramos a nuestra habitación besándonos entre risas. Le quito la gorra, ella es tan malditamente hermosa, sus manos van a los botones de mi camisa, me sorprende rompiéndolos todos, la despojo de su camiseta y su *brasier* deportivo y tomo sus senos en mis manos, fue hecha para mí, sus pechos llenan de manera perfecta mis manos. Mi labio va hacia su pezón.

—¡Dios, sí! —gime.

Hago lo mismo con el otro pezón mientras mi mano abre su vaquero, colándome dentro de sus bragas, me encuentro su humedad.

—Estás mojadita y lista para mí...

—Te necesito —musita.

—Me tienes —afirmo.

La levanto y en respuesta enreda sus piernas a mi alrededor, todo se enciende y a ciegas la llevo a la cama, mientras mis labios apresan los suyos en un beso casi agónico. La acuesto y escucho que gime cuando me muevo frotando mi polla contra su coño. Mis manos viajan a sus pechos y los aprieto con fuerza, alza sus caderas en respuesta. Me aventuro a romper el contacto de nuestros labios, sus ojos verdes están oscuros y sus labios hinchados, muerdo el inferior hasta sentir el sabor metálico de su sangre. Desciendo dejando un reguero de besos, tomo uno de sus pezones entre mis labios y lo muerdo. Mi dulce Elisabetta jadea arqueando su cuerpo en repuesta, sus uñas se clavan en mis hombros mientras no despega su mirada de la mía. Esto es todo lo que siempre quise, cuando me masturbaba pensando en ella. Lamo, chupo y muerdo sus pezones hasta que quedan sensibles. Sin embargo, mi mente desea más, darle una clase magistral de placer, disfrutar de cada rincón de su magnífico cuerpo. Lamo su abdomen hasta llegar al nacimiento de su monte de Venus, jalo su vaquero hasta que se lo quito, tomo una de sus piernas y la beso hasta llegar al interior de sus muslos, me devuelvo mientras de sus labios se escapan sonidos que me van volviendo loco del deseo, hago lo mismo con su otra pierna. Acaricio sus dos piernas con mis manos, la suavidad de su piel es algo que necesito grabar, al llegar a su tanga la enredo en mis dedos.

—¡Marcello! —Jadea entre excitada y sorprendida.

Mi boca abre los labios de su coño y los míos van directo a su clitoris, lo succiono provocando un grito de placer. Su humedad me hace saber que me desea tanto como yo a ella, no puedo evitarlo, esta mujer es mi dulce favorito, ese que no podía comer cuando me apetecía, pero ahora sí. Saboreo su sexo, mi lengua la penetra mientras mi pulgar acaricia su botón, todo en un acoplamiento que la llevará a la cima. Sus jadeos, sus gemidos y cada sonido que sale de su boca son delicados y sublimes, levanta su cadera tratando de tener un poco más de placer y se lo doy cuando mis dedos entran en su coño, tengo que controlarme al sentir lo apretado que está, *mía*, solo yo puedo poseerla. Tengo el anhelo de que se vuelva loca por mí, así como estoy yo por ella, nuestras miradas se cruzan y puedo ver la lujuria y el deseo irrefrenable. Mi lengua lleva a Elisabetta al límite y explota en un orgasmo, gritando mi nombre.

Me deleito al verla desenfundada y excitada por mí, sediento bebo de ella como si de eso dependiera mi vida. Cuando su cadera deja de moverse contra mi rostro, me pongo de rodillas frente a ella y me abro el pantalón. No deja de mirarme y me lo quito junto a mi bóxer, muerde su labio inferior para luego lamerlo.

—Eres hermoso —susurra.

—Te haré el amor, *dolcezza* —afirmo —, como he debido hacerlo todo este tiempo.

Me poso sobre ella, en respuesta abre sus piernas y tengo que reprimir el deseo de entrar. Me introduzco en su interior de una sola estocada, Elisabetta aguanta la respiración y me quedo quieto tratando de acostumbrarme a su coño, sus paredes se contraen intentando adaptarse a mi intromisión.

—¡Maldita sea! —gimo—. Vas a ser mi perdición y mi muerte.

Apreso sus labios con los míos, me muevo lentamente mientras mis manos acarician memorizando cada parte de su cuerpo, sin embargo, quiero dejar algo que le recuerde que es mía. Rompo el contacto de nuestras bocas, bajo hasta su cuello, en un arrebatado de posesividad lo chupo hasta dejarle una marca, no protesta, sus gemidos me alientan y mis manos se posan en su cadera. Me quedo mirándola mientras entro y salgo de su coño, ella me observa ebria del placer, sus labios entreabiertos, sus manos acarician mi espalda y de vez en cuando sus uñas se clavan rasgando mi piel. Vuelve a correrse y necesito más de ella, me giro con Elisabetta, quien suelta un grito de sorpresa. Busco mi polla y la penetro, gime clavando sus uñas en mi pecho, de manera natural me cabalga como una maldita amazona. Acaricio sus pechos mientras se mueve sobre mi polla.

—Eres mía, repítelo —le ordeno, no responde, pero comienza a torturarme subiendo y bajando sobre mi polla, se escapa de mi garganta un sonido gutural. Necesito escucharla decir que es mía, que me pertenece—. ¡Dilo! —demando clavándome profundo en su coño. Gime lanzando su cabeza hacia atrás—. Eres mía...

—¡Tuya!, ¡soy tuya!! —grita—. Más, ¡por favor! —me suplica.

Tomo el control arremetiendo contra su sexo, cae sobre mí y muerde mi hombro; la complazco llevándola a un nuevo orgasmo, me dejo ir derramándome dentro. Me abraza, respirando aceleradamente, necesito tanto estar a su lado, no puedo detenerme cuando estoy dentro, termino convirtiéndome en un animal.

—Te hice daño —murmuro—, perdóname, pero no puedo contenerme contigo.

—Dame todo lo que tengas, Marcello —pide.

Se acerca para besarme, la detengo halándola y cierra sus ojos gimiendo. Mi polla se endurece de nuevo dentro de su coño. La pego a mis labios y la beso salvajemente, me

muerde, correspondo de la misma manera mientras ella se frota en mi pelvis conmigo dentro. La follo hasta que creo estar saciado de Elisabetta. Se duerme entre mis brazos, regalándome la paz que nunca he sentido.

Capítulo 15

ELISABETTA

Marcello me muestra Roma con escapadas románticas, caminamos de la mano, comemos sentados disfrutando de pequeños lugares. Al llegar a casa me hace el amor hasta que caigo en sus brazos, completamente satisfecha y exhausta. Mi esposo se levanta muy temprano a entrenar, pasa el día en su despacho recibiendo a sus hombres y algunas personas, sale cuando tiene reuniones dejándome con Alba, que se ha convertido en toda una maestra, me enseña qué le gusta o no al hombre que cada día se adueña de mi corazón.

Almorzamos en familia, Massimo se ha quedado más tiempo de lo que tenía planeado y es agradable, aunque pasa la mayor parte del tiempo encargándose de los negocios fuera de casa. Mario y Carlo son a los que más veo, sin embargo, solo se atreven a dirigirme la palabra cuando no tienen de otra. Bajo las escaleras y voy hasta el despacho de mi esposo, he decidido pedirle algo y no puede negarse, ya que ha pasado más de una semana desde que regresamos a Roma. Toco y espero impaciente que me indique pasar.

—Pase... —dice.

Abro la puerta, sonrío cuando Marcello se levanta. Lleva una camisa de color negro, abierta en los primeros botones y arremangada, encima la funda de la pistola y un pantalón de sastre. Giro mi rostro cuando escucho que se cierra algo, Carlo se levanta del sofá y asiente en forma de despedida. Mi esposo acorta la distancia que nos separa, me toma de la cintura y me da un beso que me hace temblar. Cuando lo rompe, pega su frente a la mía y sonrío mientras toco uno de los botones.

—Buenos días, *dolcezza* —saluda.

—Buenos días, *ciccino*.⁸ —Correspondo usando ese apodo.

—¿Cómo me llamaste? —cuestiona con una sonrisa.

—*Ciccino* —respondo.

Niega esbozando una sonrisa, sé que es una locura, pero me estoy enamorando de él. Nuestras citas están haciendo que baje esas barreras, el hombre que me compra un cucurucho de *gelato* y me toma de la mano mientras recorremos la ciudad es distinto al que es implacable en los negocios.

—¿Qué quieres hacer esta noche? —pregunta.

Estaba esperando que la hiciera, me alejo y se queda mirándome. Sé que puede negarse, sin embargo, necesito que comprenda que quiero ver a mi familia.

—Quiero ver a Olivia, no sé si puedes traerla, *no secuestrarla* —recalco—, necesito ver a mi familia.

—Elisabetta, ¿por qué? —pregunta.

—No voy a irme, Marcello, solo necesito que ellos sepan que estoy bien, que estoy feliz.

Toma mi mentón entre sus dedos, su pulgar acaricia mis labios mientras sus fanales violetas me miran cargados de interrogantes que estoy segura que espera ansioso que sean contestadas.

—¿Eres feliz conmigo? —inquire.

—Lo soy, pero necesito que respetes ciertas cosas; primero, mis estudios y segundo,

pero no menos importante, mi familia, no puedes prohibirme acercarme a ellos.

Respira hondo, niega poniendo los ojos en blanco y sonrío, he descubierto que soy la debilidad de mi esposo, haría cualquier cosa por verme feliz.

—Solo ella —accede—, pero no sé cómo traerla, así que puede que no sea esta noche.

—¿Por qué no puede venir como alguien normal? —averiguo.

—Nadie conoce la ubicación de esta casa, Elisabetta, solo las personas de confianza, no voy a arriesgarme, no contigo aquí, así sea tu prima, así que tengo que averiguar cómo traerla, sin que parezca un secuestro.

Suspiro sardónicamente, la verdad es que todo a veces parece ser tan fácil. Sin embargo, cuando salimos normalmente me pide que use gorras y gafas de sol, para que nadie pueda reconocerme.

—Quiero ver a Livie, hoy, Marcello —exijo manteniendo mi posición—. Aquí o en la ciudad, eres inteligente y puedes ingeniártelas.

—Veré qué puedo hacer —acepta.

Salto de la emoción y me acerco para besarlo, me detengo antes de que me folle en el escritorio, me ha amenazado varias veces con eso. Y en ocasiones me gustaría ser un poco más atrevida, venir a provocarlo y que lo haga.

—¿Almorzaremos juntos? —pregunto dándole piquitos.

—Sí, Massimo no, pero Mario y Carlo sí —me informa.

—¿Lo sabe Alba?

—Sí, no te preocupes. —Me toma de la mano y me lleva hasta su silla, se sienta y me lleva con él, me acurruco en su regazo—. Me gusta que te sientas cómoda conmigo, *dolcezza*.

—Marcello... —lo llamo.

—*La mia dolcezza*... —susurra—, te encontraré siempre.

Sonrío y me quedo ahí, estoy despierta porque tuve otra pesadilla y no sé si es mi cerebro dándome señales de que estar enamorándome de un criminal es malo o es que finalmente comienzo a recordar por medio de los sueños, pero es insoportable ver a mi madre morir ante mis ojos mientras ese hombre me lleva lejos.

Escucho un alboroto, el grito de una mujer, murmullos masculinos y salgo de la habitación.

—¡Los van a matar! —exclama hecha una furia y reconozco la voz—. ¡Los voy a matar!

Me apresuro a bajar las escaleras, Mario y Carlo están frente a una Olivia que tiene amarradas sus manos y pies, mientras sus ojos están vendados y de su boca salen insultos. La mano derecha de mi esposo niega y deja a su hijo que observa fascinado a mi prima.

—¡Desátala, Carlo! —le ordeno.

—Sí, maldito, desátame para matarte. —Suelta una risita—. Espera, espera, maldita sea, ¿Lilibet?

Me acerco para quitarle la venda, mi prima cierra y abre sus párpados, se me queda mirando con la boca abierta mientras Carlo le desata los pies, cuando tiene sus piernas libres, empuja con rabia uno de ellos en su pecho, tumbándolo y suelto una carcajada.

—Livie, no tienes que ser tan agresiva —la regaño.

—¿Estás drogada? —pregunta mientras la libero—. Este maldito me secuestró y ahora

estás aquí, ¿estás bien? —Me revisa como verdadera preocupación.

—Lo estoy, prima —contesto.

Me abraza y me siento en casa, mi mejor amiga y hermana, la he extrañado todo este tiempo, imagino lo que debe estar pasando por su mente. Cuando rompemos el abrazo, me fijo que fulmina a Carlo con la mirada.

—¿Eres tonto o qué? —inquire—. ¿Qué tanto me miras? —Quiere aniquilarlo con los ojos—. *Scemo*⁹! —lo insulta y me toma por los brazos—. ¿Estás bien? ¿Te han hecho daño? —Suelta un sollozo—. Maldita sea, Lilibet, me estaba volviendo loca.

Me abraza y observo a Carlo irse, correspondo el gesto de mi prima. Respira hondo y tengo que buscar la manera de agradecerle a mi esposo por este regalo.

—Estoy bien, Livie —susurro—, vamos a sentarnos y disculpa la manera que has tenido que venir a visitarme.

Nos sentamos, mi prima me inspecciona con la mirada y jadea al mirar mi mano, mis anillos brillan y los señala.

—¿Te casaste? —indaga con sorpresa.

—Me casé —contesto con una sonrisa.

—¿Te escapaste para casarte? —averigua—, ¿con quién? ¿Por qué no me contaste que estabas enamorada? —recremina dolida—. Te hubiera ayudado.

—Lo sé, Livie, prométeme que cuando te cuente no vas a hablar, me permitirás hablarte sobre todo hasta el final y sin interrupciones.

Toma mis manos y asiente con su cabeza accediendo a mi petición, le cuento todo lo que ha pasado en mi vida desde que dejé nuestra casa para visitar la tumba de mis padres, a medida que avanzo los ojos de prima van abriéndose como platos, mientras deja escapar sonidos de sorpresa.

—No sé si estoy loca, Livie, pero estoy enamorándome de él —confieso.

Niega con su cabeza.

—Claro que estás loca, son la mafia, maldita sea, Lilibet. —Respira hondo—. El maldito troglodita que me atrapó, me invitó un café y cuando le dije que se largara sonrió, maldita sea, es bello, pero es un mafioso, me secuestró cuando iba a subirme al automóvil.

—Siento mucho que tuvieras que pasar por eso, pero al menos no te sedaron —me disculpo.

—No puedo creer que justifiques esta mierda, ¿te abdujeron el cerebro? —pregunta—. Es la mafia, criminales.

—Algunos criminales también son de cuello blanco y comen en la misma mesa que ustedes, señorita Saboya —interrumpe Marcello.

Olivia se levanta, se queda mirándolo y escucho cuando susurra: él. Omití que era el mismo hombre que nos abordó en la heladería. Se queda mirando a Mario y luego a Carlo, a este último vuelve a fulminarlo con la mirada antes de regresar a mi esposo.

—Te conozco —afirma Livie—. Te he visto en casa.

Y eso confirma que Marcello ha estado ligado a nuestra familia antes de conocerlo. Mi esposo se acerca a nosotras, engancha su brazo en mi cintura para dejar un beso en mi cabello. Mi prima observa todo con atención y golpea su pie derecho contra el piso, está impaciente por obtener respuestas, siempre fuimos unidas, pero tan diferentes.

—Por supuesto, nos cruzamos una tarde hace tres años —contesta Marcello con tranquilidad.

Esa información me recuerda lo que ha dicho, me vio hace tres años en casa y decidió que no podía estar alejado. Olivia niega con su cabeza, lo observa con recelo y luego vuelve su mirada a mí, estoy apoyada en el cuerpo de mi esposo. Resopla con fastidio.

—De todos los hombres del mundo, te vienes a enamorar de un viejo y mafioso —se burla—. Mi abuela morirá de un infarto.

Sonríe y no puedo evitar contagiarme, Marcello me besa de nuevo en la frente y subo mi mirada. Se queda mirándome, estudiando mi reacción y forma una sonrisa.

—Tengo que ir a Roma, Alba está esperando que la llames para atender a nuestra invitada y Carlo se ha ofrecido a cuidarlas.

—No si antes lo mato —amenaza Olivia y se gira hacia el ahijado de mi esposo—. Vuelves a poner tus asquerosas manos sobre mí y voy a partirte la cara.

Marcello suelta una carcajada junto a Mario, Carlo ve con indiferencia a mi prima y dudo mucho que ella pueda hacerle algo, pero me encantaría ver que lo intente,

—Ya veremos, rubia... —contesta Carlo burlándose y se da vuelta para irse.

—Esto es una locura, mi padre está buscándote por todas partes, Lilibet, tienes que decirle que estás casada con este mafioso.

Mi marido ni se inmuta ante los insultos de mi prima, se despide de nosotras y nos deja de nuevo en el salón. Ella toma asiento mirando todo alrededor, agarra mi dedo y se queda mirando las sortijas. Abre la boca varias veces intentando decirme algo, sé que le cuesta procesar esto, todavía lo estoy haciendo yo también.

—¿En serio te estás enamorando? —pregunta.

—Me estoy enamorando —confirmando.

Pone los ojos en blanco y resopla, Olivia sí ha tenido la oportunidad de conocer el amor, a diferencia de mí, su futuro no estaba planeado. Mi tío me escogió a mí, supongo que para proteger a su hija, me criaron como un cordero para llevarme luego a un matadero. Ella se ha enamorado y follado, vivo a través de sus aventuras, ahora soy la que vive la suya.

—Lilibet, tenías que haber hablado con papá, saliste de una jaula de oro para entrar a otra, no puedo creer que te arriesgues a tanto.

—Te entiendo, prima, pero hay cosas que no tienen explicación coherente y que tampoco podemos controlar. —Respiro hondo—. Necesitaba verte y que supieras que estoy bien.

Toma mi mano y creo que está a punto de echarse a llorar, me imagino los momentos de angustia que ha soportado todo este tiempo al no saber de mí. Las dos hemos sido inseparables desde que llegué a Londres.

—¿Estás segura? —pregunta—. No puedo creer que ames a alguien te obligó a ser su esposa. ¿Te violó?

Puedo ver la angustia en su rostro, se toca su cabello, nerviosa, es un gesto que normalmente hace cuando estamos frente a mi tío. Sonrío para calmarla.

—Marcello es especial, Livie, estoy aprendiendo a mirar debajo de ese traje y de esa hostilidad.

—Joder, Elisabetta —murmura acomodándose en el sofá.

Para mi sorpresa, Olivia pide quedarse dos días y ponerse al corriente, además me ha asegurado que matará a Marcello si me hace daño. Salimos y comemos juntas en el jardín, de vez en cuando Carlo sale darnos un vistazo y ella lo fulmina con la mirada. Alba nos atiende hasta la hora de la cena y cenamos todos juntos. Pregunto por Massimo

y me sorprende cuando mi esposo me informa que ha tenido que volver a Francia, pero que regresará. Cuando el móvil de mi marido suena y me avisa que tiene que irse, mi interior me alerta de que sucede algo.

Capítulo 16

MARCELLO

He dejado a mi esposa al cuidado de Carlo y Alba mientras tengo que resolver asuntos que requieren de mi presencia, a lo largo de los años he aprendido que en los negocios no pueden intervenir terceros, que para dejar claro quién manda, debes estar presente hasta para mancharte las manos de sangre. Si haces las cosas por ti mismo no hay errores, sabes que si cometes alguno es por tu propio descuido. Llevo más de veinte años dirigiendo en la clandestinidad la mafia romana, ganándome el respeto de la mayoría de los capos de Italia y obteniendo enemigos con el paso del tiempo.

Las traiciones y los robos se pagan con la vida dentro de mi ciudad, nadie es perdonado para dejar un mensaje claro, no pueden meterse con el Romano y salir ilesos. Todos saben que soy sanguinario, por las calles de Roma se corren los rumores de mis torturas, las cuales van haciendo una leyenda, no hay carnicería humana como las mías, no existe dolor sometido como el que mis manos dan a los que se atreven a meterse conmigo.

Dos hombres están suspendidos del techo mientras observo en la mesa qué puedo hacer para sacarles toda la información que necesito, Massimo los trajo como un regalo de bodas, *hermoso detalle* que no puedo compartir con mi esposa, mi hijo adoptivo comparte conmigo el sadismo a la hora de torturar. Ellos son los únicos que pueden guiarme hacia el hombre que ha dejado un mensaje claro, le he quitado a Elisabetta, pero él me ha quitado dinero. Desnudos, su piel cubierta de sangre, huele a muerte, sus sollozos me inspiran a seguir llevándolos al límite mientras me entregan información valiosa. Imaginé que sería más difícil quebrarlo, he gozado por días rompiendo a hombres que terminan orinándose y cagándose del miedo que sienten. Cuando estás cerca del final, puedes hablar sin parar, sin importarte nada más que acabe lo que están haciendo. Tomo una bolsa y una navaja de afeitar, me giro y ellos me observan con terror. Sonrío mientras camino hacia ellos, me robaron y además traicionaron a Massimo, lo que significa que me traicionaron a mí.

—Hablar los ayudará a morir más rápido, pero si no lo hacen morirán también... — Tomo la navaja y se las muestro—. ¿Ven esto?, solo tengo que hacer los cortes en los lugares correctos para que mueran desangrados, se atrevieron a robarme y para nada... porque el pago no van a disfrutarlo, ni siquiera su familia. —Se escuchan gritos ahogados por la cinta adhesiva.

Giovanni se acerca para bajar a uno de ellos, el cual se mueve como loco mientras él y otro de mis hombres lo inmovilizan, Alba me enseñó de anatomía humana, a saber que si corto en el lugar preciso y la profundidad adecuada puedo ver cómo escapa la vida de sus ojos, pero hoy necesito divertirme. Tomo la bolsa y se la doy a mi hombre, se la coloca en el cabeza al tipo, ahogándolo, me guardo la navaja en un bolsillo, comienzo a golpearlo hasta que va a desmayarse. Le hago señas a Giovanni, quien le quita el plástico.

—Si decido quitarte la cinta espero que hables —adviento.

Mi otro hombre, Maximiliano Zielli, le quita la cinta adhesiva, el hombre gruñe, me observa con odio.

—*Stronzo di merda!* —me insulta.

Me río y le arrebató la bolsa a Giovanni, esta vez se soy yo quien se la coloca y él grita buscando aire, puedo ver su rostro de terror. Escucho las cadenas resonar, por el rabillo del ojo veo que el otro se mece lleno de terror, le señalo a uno de mis hombres que haga lo que tiene que hacer, se acerca y comienza a golpearlo. Quito la bolsa antes de matarlo, respira buscando aire. Saco la navaja para cortar sus piernas, cada corte es un grito de dolor ya que lo hago lo suficientemente profundo para que comience a desangrarse frente a mí.

—¡La Bratvá vendrá por ti! —grita—, vendrá a cobrar la deuda de hace diez años.

Bingo, sabía que esto no era un movimiento que hacían para simplemente robarse un cargamento de armas.

—Lo estoy esperando —sentencio colocando en su ojo la punta de la navaja.

—No, no me mates, Romano —suplica.

Sonrío.

—Tan cobarde cuando llega la hora —declaro en un susurro.

Clavo la navaja, grita mientras retuerzo el arma, jalo con fuerza trayéndome su ojo derecho, se calla mientras los gritos ahogados de su compañero y sus movimientos bruscos me alientan. Apuñalo su otra cuenca ocular hasta extraer el órgano, Giovanni sonrío cuando lo tiro debajo del hombre. Su socio está muerto a su lado, aburrido me quedo mirándolo mientras observo la hoja de la navaja. Asiento y lo bajan, se retuerce mientras lo ponen frente a mí. Se tambalea, intentan estabilizarse, pero Maximiliano lo hala por las cadenas, su cuerpo se estira, puedo ver el dolor en su rostro.

Me acerco a él y le arranco la cinta adhesiva, grita:

—*Figlio di puttana!* —vocifera—. ¡Te voy a matar!

Suelto una carcajada mientras lo tomo del cabello y jalo para que me vea a la cara.

—¿Estás seguro? —le pregunto mientras comienzo a cortar la piel de su cuero cabelludo—. Creo que soy yo el que está haciéndolo contigo.

Giovanni y Maximiliano comienzan a reírse de él. Saben que estoy a punto de llevarlo a su muerte.

—¡La está buscando! —grita—, vas a pagar por robar lo que no es tuyo. —Corto más piel mientras brama adolorido y colérico—. Puede que me mates, pero vas a sufrir una muerte lenta, dolorosa y te acordarás de esto, porque pagarás por robar a Elisabetta Greco.

—Tocci —corrijo—, Elisabetta Tocci.

Se ríe, tiene agallas y eso lo respeto. Sin más miramientos comienzo a descuartizar, voy despegando su piel de los músculos, grita hasta que le da un infarto, me quedo admirando mi obra de arte. Solo queda piel en sus manos, ya que las cadenas no me permitieron arrancarla. Su cuerpo cae en el piso mientras me quedo mirando el charco de sangre donde estoy parado, nadie va a quitarme a la mujer de mi vida, puede que hayan pagado por ella, pero estoy dispuesto a protegerla con mi vida.

Vuelvo a casa sobre las tres de la madrugada, subo las escaleras hasta mi habitación. Abro la puerta y me quedo mirando a Elisabetta dormir en nuestra cama. En este momento más que nunca necesito sentirla mientras me entierro en su interior, a la par que me empapo de su inocencia y calor. Ella es la luz que me muestra el lugar donde

encuentro, la paz que nunca he poseído. Durante años pensé que podía con todo, pero saber que todavía corre peligro me paraliza, porque durante diez malditos años, sus ojos llenos de dolor me dieron la fuerza para seguir, para caminar entre las sombras mientras la esperaba.

Me alejo para ir a la ducha, me quedo mirando mi aspecto en el espejo, mi rostro está lleno de sangre, mientras mi camisa irá directo a la basura junto a los pantalones, tengo los nudillos en carne viva por todos los golpes que propiné a los dos malditos. Soy todo lo que teme mi esposa, pero nunca le haría nada para hacerle daño. Me desnudo y entro a la ducha, abro la llave, el cansancio de estos días me golpea. Sería tan fácil compartir mis temores con ella, sin embargo, todavía no me gana su corazón y es algo con lo que lucho. Intento darle todo lo que necesita, hasta traer a su prima.

Dados los hechos que he descubierto en las últimas semanas, creo que es hora de que investigue si Olivia de Saboya también está involucrada. Manuel pagará caro haberme engañado, cada vez que lo analizo, encuentro que me usó para quitar del medio a Angelo Greco, aunque el bastardo del padre de mi mujer había vendido a su hija por mi cabeza. Muchos han intentado matarme, sin lograrlo.

Meto la cabeza en el chorro de agua, coloco mis manos en los azulejos mientras cae sobre mi cabello y cuerpo, ojalá el agua purificara mi alma, pero eso es imposible, puede que el desagüe se lleve la sangre que mancha mis manos, mas nunca se llevará de mis recuerdos las veces que he disfrutado ver cómo se escapa la vida que cada maldito que se mete conmigo.

—Marcello —me llama mi mujer.

Giro mi rostro y puedo ver el de ella, está con mi camisa en sus manos. Sus ojos horrorizados pasan de la prenda a mí, niego con mi cabeza, no esperaba que me viera de esta manera, pero esto es lo que soy. Me incorporo frente a ella, sus fanales verdes me recorren y se detienen en mi erección, puedo ver cómo cambia su respiración y su piel va sonrojándose.

—Ve a dormir —ordeno.

Niega con su cabeza, me quedo esperando qué va a hacer. Suelta mi camisa y se quita la camiseta que usa para dormir, creo que va a darme un infarto cuando se quita la tanga. Camina decidida hacia la ducha, abre la puerta de vidrio que nos separa y entra, contengo la respiración cuando sus manos acarician desde mi pecho hasta mis abdominales, sus pupilas se han dilatado oscureciendo sus ojos.

—No puedo dormir si no estás —confiesa.

Tomo una respiración y la sujeto del cabello obligándola a mirarme, no miente lo sé, pero no puedo creer que poco a poco va entregándose a esto, a mi sueño; sé que no me recuerda, sin embargo, soy su maldito destino.

—¿Qué necesitas? —inquiero con voz ronca.

—A ti —contesta.

—Me tienes, *dolcezza* —aseguro.

—Bésame, Marcello, ahuyenta todas las pesadillas como siempre lo haces.

La tomo por sus piernas, la empotro contra los azulejos y la beso con el desespero de que me sienta, que termine de derrumbar cada muro. Me adueño de sus labios mientras se restriega contra mi pelvis. Me alejo un poco, llevo mi polla hasta su entrada y la penetro de una sola estocada, ahogo su grito de placer intentando contenerme. Esto es el maldito cielo, porque sus paredes se aprietan alrededor de mi falo, exprimiéndolo, mis

dientes se adueñan de su labio inferior.

—¡Joder, eres la maldita gloria! —grito—, eres mía.

—Soy tuya —asegura.

—No voy a durar, *dolcezza*...

Comienzo a arremeter con fuerza, sus gemidos se vuelven gritos mientras su humedad me permite entrar y salir, necesito esto y ella me lo está entregando, llevo una mano hasta su clítoris y con mi pulgar comienzo a acariciarlo en círculos.

—¡Dios!, isí, sí, sí!, ¡por favor! —grita.

—¡¡Mía!! —gruño.

—¡Tuya!, isí, sí! —exclama desesperada.

Explota gritando y la sigo con unas cuantas arremetidas, sin pensarlo muerdo su hombro marcándola para siempre, esconde su rostro en el hueco de mi cuello, nuestras respiraciones siguen agitadas, pero algo en mi interior explota, esto no es una obsesión, amo a Elisabetta y daría la vida por ella.

—*Dolcezza*...

—Hmmmh...

—Vamos a lavarte y salir de aquí antes de que te resfríes.

Niega con su cabeza, la manera en que me mira me hace saber que ya no hay vuelta atrás, que no necesité años para enamorarla.

—Quiero tu semilla en mi interior —confiesa—, llévame a nuestra cama.

Mi polla se pone dura de nuevo en su interior, con ella en mis brazos cierro la llave y la llevo a nuestra cama.

Capítulo 17

ELISABETTA

No podía dormir sin Marcello, no puedo creer que soy adicta a acurrucarme mientras estamos en la cama. Di vueltas y vueltas, en ese sueño en el que no terminas de quedarte profundamente dormido. Abrí los ojos cuando escuché el agua correr, por un momento pensé que iba a darme un síncope al ver la camisa de mi marido manchada de sangre, tuve que recorrerlo con la mirada para saber que estaba bien, no me detuve a pensar a quién pertenecía, solo deseaba saber que no era de él.

Me folló con fuerza contra los azulejos, lo recibí anhelante y excitada. Ahora me lleva entre sus brazos y me acuesta con tanta ternura, como si temiera que puedo romperme. Acaricio su rostro cuando lo tengo sobre mí, Marcello es hermoso, no sé cómo explicarlo, podría decir que guapo, pero la palabra se queda corta. Aunque la oscuridad nos arroja puedo sentir el amor que hay reflejado en sus ojos. Baja un poco su rostro para acariciar con su nariz el mío, suelto una risita complacida.

—Eres perfecta, *dolcezza* —susurra con voz ronca cerca de mi oído.

Su aliento caliente golpea mi piel, provocando que todas mis terminaciones nerviosas se despierten.

—Hazme el amor, Marcello —le pido.

Mi hombre respira bruscamente, niega con su cabeza como si estuviera en un camino sin salida. Tomo con mis dos manos su rostro y lo beso, a veces me siento insegura, porque nunca sé si lo estoy haciendo bien. Se le escapa un sonido gutural, mi lengua entra a su boca y me corresponde chupándola. Sus manos aprietan mis pechos, se posiciona entre mis piernas y siento su erección en mi abdomen, cuando estoy entre sus brazos todo es mil veces más explosivo, como si de alguna manera mi cuerpo supiera que le pertenece, soy suya, no puedo negarlo, tal vez sea el sexo explosivo.

Me besa con pasión desenfrenada tomando las riendas, sus manos me expresan las palabras que no se atreve a decirme, mientras que intento expresarle con mis caricias todo lo que siento. Si pudiera ver en mis ojos que lo adoro, que ya no me resisto a él. Sus labios se separan de los míos, me siento incompleta inmediatamente, enciende la luz de la mesa de noche, es entonces cuando puedo ver en sus ojos el fuego de la pasión y cómo se han oscurecido,

Me siento deseada y hermosa.

—¡Joder! Eres preciosa, lo más bonito que he visto en toda mi vida —me halaga con voz ronca—. No sé hacer el amor, *dolcezza* —confiesa.

—Soy tuya, Marcello, poco a poco has entrado a mi vida y no puedo seguir resistiéndome. Toda mi vida he soñado con un hombre que me mire de la misma manera en que tú lo haces. —Suelta todo el aire de sus pulmones de golpe—. Aprendamos juntos, muéstrame con tus caricias que soy tuya.

Se acerca a mí y sus manos tocan mis brazos, la yema de sus dedos comienza a trazar un camino hasta el valle de mis pechos.

—Esta noche es la primera vez que los dos vamos a experimentar qué se siente hacer el amor.

Sus dedos pellizcan mis pezones y suelto un gemido de placer, vuelve a tocar mis labios

esta vez con una calma casi agónica, mientras sus dedos se encargan de mis pechos. Mis manos recorren su espalda, por un momento percibo que se tensa, pero luego se relaja sintiendo mis caricias, su piel y la mía se acarician con cada roce. Mi corazón late apresurado y al mismo tiempo tengo la certeza de que esto es correcto, haciéndome saber que he tomado la decisión acertada a abrir mi corazón a él. Rompe el contacto y sus ojos me observan llenos de amor, no tengo dudas de que Marcello Tocci es el amor de mi vida. Cualquier atisbo de duda se ha disipado, tengo la certeza de que haría cualquier cosa por mí. Su mano derecha baja desde mi pecho lentamente hacia el sur de mi cuerpo y sus labios siguen el mismo camino.

No deja de mirarme, está adorándome con su cuerpo y mirada llena de amor. Muerdo mis labios recorriendo el suyo, sus músculos se marcan de manera correcta, parece una escultura que merece estar en un museo, es mío, solamente mío. Besa mi abdomen y acaricio su cabello.

—Espero pronto tener a nuestro hijo —dice con voz ronca—, te verás preciosa embarazada.

Por un momento me imagino esta misma escena, pero un poco más tierna, él besando mi vientre abultado mientras acaricio su cabello. Todo sería como un cuento de hadas.

—Necesito probarte, *dolcezza* —me pide bajando hasta mi monte de Venus—. Déjame sentir cómo me das de beber de tu placer, eres mi droga.

Abro mis piernas invitándolo a hacerlo, parece entender que estoy lista para recibirlo. Deja un reguero de besos por el interior de mis muslos, sus manos se apoderan de mis pezones, los cuales reaccionan a sus atenciones al mismo tiempo que sus manos llegan hasta mi monte Venus, sus dedos juegan a explorar dentro de mis labios y su pulgar se cuela para acariciar mi centro de placer. Su lengua se abre entre mis pliegues, jadeo cuando siento la primera lamida que dispara una corriente eléctrica por toda mi columna vertebral.

Marcello definitivamente sabe lo que hace, y por un momento quisiera matar a todas las mujeres que recibieron placer por él. Sus dedos entran en mi interior, haciéndome olvidar esos pensamientos.

—Estás mojada por mí, *dolcezza*, me encanta cómo tu coño sabe que soy el único que puede adorarlo.

—¡Por favor, Marcello! —ruego.

Mi mente se enajena cuando me habla de esa manera, ni siquiera sé por qué le estoy rogando, solo sé que lo necesito, que necesito que me lleve al límite. Lo entiende porque su lengua vuelve a tocar mi clitoris mientras sus dedos entran y salen de mi interior. Todo se conjuga al mismo tiempo, provocando un placer inexplicable que explota dentro de mí haciéndome gritar, se levanta y cuando vuelvo a sentirlo, si alguna vez he pensado que él es perfecto, verlo así, completamente desnudo, me ratifica que no estaba equivocada.

Su falo se yergue grueso y perfecto, lo toma entre una de sus manos. Me fijo en su mirada hambrienta, su lengua saborea los rastros de mi excitación en su boca.

—Sabes deliciosa, *dolcezza*, tan dulce, tan exquisita, podría pasar días bebiendo de ti.

Gimo, sus palabras me golpean de una manera inexplicable, lo deseo de la misma manera que él a mí.

—¡Hazme el amor! —le pido.

Me besa de nuevo, acaricio su espalda mientras lentamente se abre camino y mataría

de nuevo al hombre que le hizo daño. Percibo su capullo rozar mis labios, escucho cómo emite un sonido gutural. Deja de besarme tomándose los brazos y llevándolos encima de mi cabeza, entrelaza nuestras manos y contengo la respiración.

—Siénteme, Elisabetta...

Poco a poco va entrando en mi coño, sus ojos están llenos de amor, solo queda algo de ese color hechizante, su pupila se ha dilatado oscureciendo sus ojos. Suelto el aire cuando su falo está completamente dentro de mí, se detiene respirando forzosamente, pega su frente con la mía.

—*Sei il tesoro più grande della mia vita...*¹⁰ —susurra.

Marcello con esas palabras me ha confirmado que soy lo más importante para él, siento las lágrimas correr por mi rostro, comienza a moverse lentamente dentro de mí, causando un placer inexplicable, esto es diferente a todas las veces que hemos estado juntos, lo recibiré de cualquier forma, pero esta invade con amor mi corazón. Entra y sale de mi interior de manera natural, respondo moviendo mis caderas al compás de sus arremetidas, mis piernas se enganchan a su cadera buscando un poco más de profundidad. Sus manos aprietan las mías con cada movimiento, mientras que nuestros labios no paran de explorar nuestra piel, dejo besos en su cuello, pecho y labios mientras los suyos me recorren famélicos. Nuestros gemidos y jadeos son lo único que se escucha, el sudor baña nuestros cuerpos. Una corriente eléctrica me golpea la espalda.

—¡Marcello! —bramo cerrando mis ojos.

—Mírame —ordena—, mírame mientras te corres, Elisabetta.

Me corro abriendo los ojos, Marcello aumenta la velocidad de sus penetraciones, su cuerpo se tensa hasta que derrama todo su semen dentro de mí, choca sus labios contra los míos y me besa salvajemente, gimo de placer y me pierdo en el momento. Cae sobre mí y deja mis labios para tomar una bocanada de aire.

—Lo nuestro es para siempre —afirma con voz ronca—. Te amo, creo que te amo desde la primera vez que te vi. —Pone mi mano en su corazón—. Te entrego todo lo que soy...

Sonrío, todavía está dentro de mí, tomo su rostro entre mis manos y lo beso para que sienta lo que todavía no puedo decirle con palabras, tengo miedo de exteriorizarlo en voz alta.

Estamos abrazados, llevamos minutos así en un silencio cómodo, sus manos acarician mi cuerpo, mientras que hago círculos en su pecho. No puedo sacarme de la mente la camisa llena de sangre, busco las palabras correctas para que no crea que lo estoy juzgando.

—Pensé que estabas herido —pronuncio en murmullo.

Sus manos se detienen, sé que es la primera vez que he visto algo de sus negocios, pero seguro no será de la última. Amaría a este hombre de igual manera, me ha dejado en claro desde el principio que es un criminal.

—No lo estoy...

—Tus dedos sí —susurro.

—*Dolcezza...*

Suspiro cansada, la verdad es que me preocupo por él, no sé qué haría si lo viera herido, si le pasa algo, creo que moriría.

—Tengo miedo —confieso—, no de ti, de perderte.

Marcello se gira y me pega a su cuerpo, me da un beso violento, como si de alguna manera no pudiera creer lo que acabo de afirmar. Pega su frente a la mía y me quedo con los ojos cerrados, no quiero que vea mi vulnerabilidad.

—Mírame —me pide con dulzura y obedezco, su pulgar acaricia mis labios—, no hay nada en el mundo que pueda separarme de ti.

—¿Estás seguro? —pregunto.

—Volveré de la muerte, *dolcezza*, regresaría solo para amarte toda una eternidad.

Su promesa es de amor eterno, por un momento recuerdo una imagen que vi de la muerte bailando con una hermosa mujer, un esqueleto vestido de traje, pero era el rostro y la mirada de amor de ella, la que me hizo apreciar la belleza. Hay personas que se aman más allá de un fatídico desenlace, aunque en el fondo sé que no soportaría perderlo, porque bastó una noche lejos para darme cuenta de que no puedo dormir sin él.

—No vas a morir —musito.

Marcello sonrío y luego comienza a tararear una canción bajito, sus manos comienzan de nuevo a acariciarme, casi de manera hipnótica llevándome hacia el mundo de los sueños. Me acurruco en su pecho, sus latidos son la nana perfecta para dormir. Él es capaz de alejar mis pesadillas. El hombre oscuro con ojos color violeta que me rescata de los malos en mis sueños, el que me susurra que todo estará bien.

Deja un beso en mi coronilla, me abraza fuerte, quién iba a decir que sus brazos se convertirían en el lugar perfecto para descansar.

Marcello Tocci es el hombre de mi vida, mi romano, mi todo...

Capítulo 18

MARCELLO

Me quedo mirando a Elisabetta mientras duerme, es mi momento favorito del día, despertar con ella a mi lado y quedarme mirándola. Su cabello normalmente tapa su rostro, así que lo quito con cuidado de no despertarla, musita algo que no logro entender y después se acurruca un poco más contra mi cuerpo. Anoche todo dio un giro entre nosotros, cuando entró al baño imaginé que se pondría histérica, sin embargo, me sorprendió recibíendome, la follé porque era lo que los dos necesitábamos; cada día junto a ella aprendo qué es lo que significa el amor.

Solo que después todo cambió cuando la adoré por primera vez, mi corazón latía tan rápido que creí que sufriría un ataque cardíaco, pero era la emoción de sentir que ya no había ninguna barrera entre los dos, que estábamos finalmente avanzando en nuestra relación. Quisiera quedarme para siempre así, con ella entre mis brazos después de una noche de pasión, pero tengo que resolver todavía problemas. Le doy un beso en la frente y susurra:

—Marcello...

Hasta en sus sueños sabe que es mía, acaricio su cabello y no puedo evitar sonreír, daría la vida por esta mujer. Me doy un baño rápido y me visto para bajar, me quedo congelado cuando veo salir a Carlo de la habitación donde duerme la prima de mi esposa. Alzo una ceja y mi ahijado mueve la cabeza, niego con una sonrisa y lo alcanzo en la escalera, bajamos en silencio.

—Rompí los esquemas de Manuel de Saboya —anuncia cuando vamos vía mi despacho—. Él y el padre de Elisabetta...

—Hablamos en el despacho —ordeno.

Asiente y abro la puerta, hace mucho aprendí que los pasillos de mi propia casa pueden ser peligrosos. Me siento detrás de mi escritorio y él toma el asiento frente a mí, se me queda mirando.

—Te escucho —le digo con voz fría.

—La familia de tu esposa lleva años intentando joderte, Manuel te usó para deshacerse de Angelo Greco, al parecer al padre de tu mujer le gustaba apuñalar por la espalda —comenta—. Vendió a su propia hija, todo por poder.

Niego.

—¿Qué hay de Manuel? —inquiero.

—El príncipe de Venecia lleva un tiempo jodiendo nuestras operaciones en la clandestinidad. —Se queda callado un tiempo—. Planeaba matar a Elisabetta después de la boda para quedarse con su dinero.

—Quiero que lo traigas... —ordeno.

—Eso no es todo —comenta—, Manuel de Saboya sabe que tienes a su sobrina, anoche lo confirmé.

—¿Te follaste a la hija para sacarle información? —averiguo.

—Anoche, logré *hackear* el celular de Olivia, su padre le comenta que sabe dónde está Elisabetta y que pronto volverá a casa —informa, después de un momento agrega—: Y no, la follé porque los dos así lo quisimos.

—¿Ella es el enemigo? —inquiero.

—No, es inocente, la mayoría de los mensajes que le envía a su padre son rogándole que encuentre a tu mujer.

—Carlo, mi mujer va a matarte cuando se entere de que follaste a su prima —advierdo.

—Excelente —contesta.

—Es hora de que Manuel pague por sus pecados, icácenlo! —ordeno—, encuentra a Adriano, él y el príncipe que nunca reinó son la clave.

—Lo haré —asegura levantándose.

En ese momento entra Mario, se queda mirando a su hijo y luego a mí. Tranca la puerta con seguro, lo que quiere decir que esto es importante.

—Aleksander Avdonin acaba de aterrizar en Venecia.

Maldigo, esto se está saliendo de control, lo que quiere decir es que viene a cobrar su deuda.

—¡Quiero que tripliques la seguridad aquí! —exclamo decidido—. Olivia de Saboya no se irá.

—Bien —musita Carlo, demasiado apresurado.

Pongo los ojos en blanco, llamo a Massimo y le ordeno que venga lo antes de posible a Italia. Mario y Carlo se quedan a mi lado, Giovanni tarda media hora en llegar, noto que está nervioso, debería hablar con él, pero en este momento solo tengo en mente cazar a quien me engañó. Los cuatro armamos un plan, si creen que pueden venir a joderme, están equivocados, los estaré esperando.

Entro al comedor, Elisabetta se ríe de algo que le ha dicho su prima Olivia. Esta me fulmina con la mirada al darse cuenta de que estoy interrumpiendo su momento. Se supone que hoy volverá a su casa, sin embargo, los planes han cambiado.

—Buenos días —saludo, me acerco para dejar un beso en su mejilla—. *Dolcezza*.

Mi esposa se sonroja, me siento en la cabecera de la mesa. Mario, Giovanni y Carlo se unen a nosotros. Mi ahijado se sienta al lado de nuestra invitada, no puedo evitar observar su reacción, se ruboriza cuando él se coloca a su lado. Alba entra con el servicio y nos sirve el desayuno.

—¿Saldrás hoy? —me pregunta Elisabetta en voz baja.

—No, tengo asuntos que atender desde aquí —contesto.

—Quisiera que invitaras a mi tío —comenta.

—¿Cuándo me voy? —averigua Olivia en voz alta.

Presto atención a dos las mujeres que me flanquean, sé que toda esta mierda se va a joder la poca estabilidad que encontramos anoche mi mujer y yo, pero tengo que hacer cualquier cosa por protegerla.

—Señorita Saboya, he decidido que será una invitada permanente en esta casa —contesto—. Se irá cuando sea seguro.

—¡Marcello! —increpa mi mujer.

—Pero ¿quién coño te crees? —exclama Olivia—. Puede que secuestraras a mi prima y que le lavaras el cerebro, pero a mí no, sé que eres un mafioso. —Se levanta colocando las manos en la mesa—. Me iré, así tenga que saltar esos malditos muros, mi padre debe estar preocupado.

Me río, la chica tiene agallas, pero no tiene ni idea de lo que pasa a su alrededor. Puede

que sea valiente, no obstante, cuando esté frente a alguien que sí le haga daño, no le valdrá de nada su lengua afilada, disfrutarán quebrándola.

—¿Por qué haces esto? —cuestiona Elisabetta entre dientes.

Giro mi rostro para ver a mi esposa, intento tomarle la mano, pero la quita y me fulmina con la mirada mientras niega con su cabeza.

—¿Por qué crees? —inquieta su prima con sorna—. Dinero, va a pedirle dinero a nuestra familia.

—¡Siéntate! —le ordeno a Olivia y se tensa—. Siéntate antes de que le pida a uno de ellos que te obligue a hacerlo.

—Ve a mandar a tus hombres —revira Olivia.

Elisabetta se levanta envalentonada por su prima, me señala con dedo y puedo ver la decepción su rostro.

—Ni se te ocurra hacerle daño o... —me advierte.

—¿O qué? —la interrumpo.

—¡Eres un idiota! —contesta—. Vamos, Olivia, saltaremos el muro juntas.

La tomo por la muñeca cuando intenta irse, su prima es detenida por Carlo. Me imaginaba que esto iba a suceder. Me levanto y, por primera vez, siento con fuerza a mi esposa en su lugar.

—Tengo años protegiéndote, en realidad protegiéndolas a las dos, porque siempre estaban juntas —comento—, no saldrán de aquí, porque su padre, el respetado Manuel de Saboya, está haciendo tratos con la mafia rusa.

Las dos jadean.

—Mi padre nunca haría eso —replica Olivia.

La miro por un instante, pero algo en su mirada me dice que sabe mucho más, tengo que atarla en corto antes que todo termine mal.

—Tu padre es un oportunista, que desea un trono que no existe, que cree que posee sangre azul y solo por eso somos menos que él. —Le hago señas a Mario y a Giovanni que se levantan—. Disfruten el desayuno.

Salgo decidido a cazar al tío de mi esposa, pero me detengo cuando escucho a Olivia decir:

—No quería decirte esto, pero él asesinó a tus padres...

Me tenso, tal vez la señorita de Saboya no es tan inocente como pensaba. Me giro y puedo ver el desconcierto en la mirada de mi mujer. Olivia niega con su cabeza acercándose a mi esposa.

—Marcello —susurra.

—Elisabetta, vamos a hablar en privado —ordenó.

—Escuché a mi padre hablar con alguien, le decía que el hombre que te llevó a casa fue quien asesinó a mis tíos, que tu padre... —interrumpe Olivia.

Elisabetta niega pasando su mirada vidriosa entre su prima y yo, regreso para tomarla entre mis brazos, pero se levanta alejándose. Me tenso por su rechazo, casi de manera automática comienzo a cerrar y abrir los dedos de mis manos. Quisiera ahorcar a la chica, sé que no tiene la culpa, que esto en algún momento saldría a luz, mas no imaginé que sería así.

—¿Mataste a mis padres? —pregunta con voz rota—. Mataste a mis padres y tuviste el cinismo de obligarme a amarte.

Todo se rompe dentro de mí, su vulnerabilidad golpea esa parte de mi corazón que solo

se despierta con ella. Como aquella madrugada que la llevaba en mis brazos en el avión camino a Milán. Intento tomarla, pero se aleja poniendo distancia entre los dos, no soporto su rechazo, esto es como una daga que se clava en mi alma.

—Elisabetta, vamos a hablar —ordenó.

Niega con su cabeza.

—¿Asesinaste a mis padres? —repite la pregunta transformando su dolor en ira.

—¿Cómo sabes que fui yo? —ladro la pregunta a la prima de mi esposa.

—Porque mi padre dijo que de alguna manera tenía que librarse de la deuda de sangre que tenía con el romano —contesta—, así te llamó Elisabetta, así que... —Se calla—. Te pagaré cualquier cosa, pero déjanos ir, nosotras no queremos el trono, ni siquiera queremos pertenecer a nuestra familia.

Me fijo en mi esposa, me observa con dolor mientras su prima se levanta para abrazarla, se suelta de su agarre y sale corriendo en dirección a la cocina. No tengo tiempo para seguir averiguando, la sigo y paso al lado de Alba, no me atrevo a mirar su rostro, porque ella me advirtió sobre esto. En el patio los hombres se detienen al verme, la veo correr hacia el laberinto, maldigo mentalmente, odio ese lugar y en el centro va a encontrar el lugar favorito de mis hombres para matar. Apresuro mi paso y la encuentro en uno de los pasadizos sin salida.

—¡Vete! —brama molesta.

—Elisabetta, tenemos que hablar... —susurro intentando tomarla entre mis brazos.

—Hablar —repite entre risas de burla e incredulidad—. Hablar, ¿de qué? —pregunta con odio—. ¿De cómo mataste a mi familia o cómo me engañaste?

—Recuérdame, *dolcezza* —le pido.

Niega y por un segundo me golpean las imágenes y los sonidos de aquella noche, cuando la encontré. Estaba en una jaula, ya no llevaba bragas y el hombre estaba a punto de violarla, al verme me pidió ayuda. Se lo quitamos de encima entre golpes y la tomé entre mis brazos, en el automóvil me esperaba Alba.

—Mataste a mis padres —susurra.

—No, Elisabetta, tu padre mató a tu madre, yo lo hice pagar por lo que les hizo a las dos —confieso mientras saco mi móvil para mostrarle los videos que guardo desde hace diez años—. Solo tienes que acercarte, aquí están las pruebas, puedes culparme de cualquier otra cosa, mas no de esto.

—¡Mentira! —grita—. Mi papá nos adoraba, nos amaba, seguro manipulaste todo, como has hecho conmigo desde que me secuestraste.

—Y te vendió como venden el ganado, llegué justo antes de que te violaran con solo diez años y juré que te protegería toda la vida. —Respiro hondo—. No te haré daño, has transformado mi razón de vida.

«Te amo», susurro en mi mente.

—No te quiero cerca, Marcello, no quiero estar cerca de ti.

—*Dolcezza*...

—Destruiste mi vida y lo vuelves a hacer, no sabes cómo fue crecer creyendo que debía hacer todo lo que me pedían, callarme y aceptar, cuando deseaba decir que no, Olivia fue la que me salvó.

—Pensé que estarías mejor con ellos, tu tío también supo engañarme.

—¿Qué deuda de sangre tiene? —pregunta.

—Te entregué a él y maté a tu padre, por su hermana. —Niega y grita de dolor, son los

mismos gritos que escuché de ella siendo niña. Se abraza a sí misma para darse consuelo —. Algunos como yo, se disfrazan de personas honorables, tu tío tiene negocios con varias mafias, pretende cumplir el acuerdo que hizo tu padre.

—Mentira —musita—, dices todo esto para manipularme, porque sabes que te amo...

Esas dos palabras me paralizan, anoche no me lo dijo, pero a veces los gestos son más que palabras no pronunciadas. Me ama, al igual que yo a ella.

—Elisabetta, te prometo que siempre te he protegido, desde hace diez años solo cuido de ti, fuiste tú la que afirmaste que serías mía, ya a esa edad lo sabías.

Se seca las lágrimas mientras toma varias respiraciones, intento acercarme, pero se aleja.

—No quiero que me toques, déjame en paz, juegas con mi mente, desde que estoy contigo solo tengo pesadillas, eres el verdugo de lo que amé.

Sale corriendo esquivándome, me quedo ahí dándole el espacio que necesita. Sé que si la fuerzo solo provocaré que se aleje más y más de mí. Le daré el tiempo suficiente para que entienda que no miento. Al girarme me encuentro con Mario.

—Tenemos un problema —anuncia.

—¿Cuál? —pregunto.

—Hirieron a Massimo, está de camino a Roma, fueron los rusos.

Maldigo mentalmente, sin perder tiempo volvemos a la casa. Les doy órdenes a todos, le pregunto a Alba por mi esposa, me informa que está en su habitación con su prima. Al parecer las dos chicas están bastante alteradas, le pido que las vigile y me ruega que traiga a Massimo sano y salvo. No me despido de Elisabetta, espero que con las horas separados pueda entender que todo lo que hago, lo hago por ella. Mataré a toda su familia de ser posible, con tal de que no le suceda nada.

Espero impaciente cuando el avión aterriza en la pista del hangar privado, tengo que constatar con mis propios ojos que no está grave, que todo va a pasar y que mis decisiones no están jodiendo a las personas que me importan. Giovanni está en el centro de la ciudad cazando al príncipe que nunca reinó y al exprometido de mi mujer. Al regresar tengo que lidiar con ella y con lo que ha descubierto, cuando el aeroplano se detiene me bajo junto a Mario del todoterreno blindado, la puerta se abre y unos hombres ayudan a bajar a mi hijo. Carlo está protegiendo a las chicas, lo que me da cierta tranquilidad.

—Búscalo —le ordeno a Mario.

Intento no demostrar nada, pero estoy que corro, la verdad me golpea, Massimo me importa, lo he visto crecer, dio sus primeros pasos delante de mi escritorio, vi cuando asesinó a su primer hombre, es mi hijo, no de sangre. Doy un paso en su dirección cuando unos motorizados derrapan, por instinto todos sacamos nuestras armas, se escuchan disparos, veo desplomarse a los hombres que sujetan a mi hijo y este gime al recibir uno.

Nos batimos en un duelo, las balas vuelan mientras trato de abrirme paso hasta las escaleras de *jet*, observo a Mario que lo hace por mí y por dentro estoy agradecido.

Los superamos en número, pero cuando creo que todo va acabar, vuelve una ráfaga de disparos provenientes de automóviles y motos que van llegando.

—¡Marcello, quítate del punto de mira! —me grita.

Lo ignoro y disparo, cuando intento hacer otro me quedo sin balas, corro hasta el automóvil y busco lo que necesito, saco de debajo del asiento un fusil M16, bajo el vidrio y lo uso como escudo, disparo acertando, entre mis hombres y yo asesinamos a casi todos. Es una carnicería, creían que podían conmigo cuando en realidad es como si intentaran matar a Dios, cuando todo está despejado tiro el arma y corro hacia mi amigo que protege con su cuerpo a mi hijo.

—Está grave —anuncia.

—Sácanos de aquí, Mario —ordeno mientras tomo su lugar, tomo a Massimo que me observa con miedo, sus fanales azules se llenan de lágrimas que no desea derramar—. Todo va a estar bien, hijo.

Se ríe y observo cómo una lágrima furtiva corre por su rostro.

—Te importo —dice mientras tose—. *Pappa...*

Esa palabra la siento como un latigazo en el alma, siempre ha llamado padre o Marcello, nunca me ha dicho papá.

—No te atrevas a morirte, Massimo —le pido nervioso—, claro que me importas, eres mi maldito hijo.

Se ríe y el gesto se convierte en tos, coloco la mano en la herida de su abdomen. Maldigo, nunca he visto algo así, de su hombro emana sangre. Algo oprime mi pecho, fui un maldito egoísta, cerrándome con un pobre niño que solo buscaba mi amor.

—Nunca lo demostraste...

—Lo eres, maldita sea, lo eres —afirmo—. No te atrevas a morirte, porque te regresaré del mismo infierno.

Tose y escupe sangre, me desespero mientras lo observo, uno de los hombres me ayuda a llevarlo al *jet* para curarlo. Tomo su mano mientras lo hacen, sus fanales azules van perdiendo el brillo que los caracteriza y tengo que estabilizarlo para trasladarlo. Mario entra y se queda mirando la escena.

—Fueron los rusos, Marcello, tenemos que movernos con cuidado, si no siguen pueden llegar a ella.

—Necesito sacar a mi hijo de aquí —espeto molesto—, si queda alguno vivo, lo mataré yo mismo. Estoy orgulloso de ti, Massimo, resiste. —Tose y sé que está luchando por no irse.

Me quedo al lado de Massimo hasta que pierde el conocimiento en mis brazos, toco su cuello para sentir su pulso, es débil, pero sigue vivo, si muere, la ciudad entera arderá, mataré a Manuel de Saboya.

Capítulo 19

ELISABETTA

Llevo una hora sentada en la cama mirando a la nada, intentando recordar lo que sucedió el día que asesinaron a mis padres, parece que la vida da muchas vueltas llevándote al punto de partida para que puedas resolver todo lo que dejaste sin terminar. Apenas tenía diez años, pero lo único que sé es que me arrancaron la oportunidad de tener una infancia normal, crecí con mis abuelos y al cuidado de mi tío, ahora que lo pienso, Olivia nunca conoció a su madre, sin embargo, lo tenía a él. Por fin tengo conocimiento de la verdad, no fue la mafia calabresa, fue un maldito romano que me obligó a casarme con él e hizo que terminara enamorada del mismo hombre que destruyó mi vida. Me seco las lágrimas con rabia, no puedo creer que todos en casa supieran la verdad y nunca me la contaran, es injusto que mantuvieran en la oscuridad de mi propia verdad.

En cuanto a Marcello, no sé qué voy a hacer, sus besos me elevan a lo más alto, sus manos me hacen arder en las llamas, cada vez que estamos juntos la temperatura sube y nada me puede enfriar, ni siquiera después de un orgasmo que me deja sin palabras. Lo amo, lo amo, maldita sea, amo a la persona que asesinó a mis padres y ni sabiendo eso, puedo dejar de amarlo. Algo se rompió en mí, pero nada podrá ser igual después de esto.

Tocan a la puerta, respiro hondo intentando calmarme, pero siento que todo está perdido y que estoy condenada a una vida que no quiero, que realmente puede que me esté sobrepasando, puede que sea inmadura, ¡joder! Tengo derecho de serlo, tengo veinte años. De nuevo tocan y esta vez me calmo.

—Pase —pronuncio en voz rota.

—Lo siento, niña, pero Marcello me ordenó que cuidara de ti —anuncia Alba abriendo la puerta y entrando con un carrito—. Estamos en momentos peligrosos y no sabemos cuándo volverá.

—No me importa —contesto—, no tengo hambre...

—Tienes que comer, cariño, sé que ahora no entiendes nada, pero tienes que darle la oportunidad.

Niego con mi cabeza y suelto un sollozo, Alba deja el carrito y se acerca, me abraza para reconfortarme, no sé cómo explicarlo, pero tengo la idea de que Olivia sabe más de lo que dice y que mi esposo no es del todo culpable, tal vez es el amor el que me ciega, me quiero aferrar a eso, no puede ser que cuando había aceptado mi destino, ahora suceda todo esto.

—Cariño, sé que en este momento tu cabecita tiene miedo y que no entiende, Marcello no es un mal hombre. —Me río—. Sí, vale, lo sé, es un criminal, pero es más complicado de lo que crees, de verdad, confía en mí. Lo conozco desde que era un pequeño monstruo sediento de sangre.

—Me siento perdida y decepcionada —susurro.

—Lo sé, le dije que te contara todo cuando te traje, pero mi romano puede ser bruto y terco cuando se le mete algo en cabeza. —Toma mi mano—. Él te ama, Elisabetta, pero crecí en un mundo lleno de miseria, lo encontré roto y herido, cuidé de sus heridas, lo vi crecer hasta convertirse en el hombre que te ama con locura.

—Mató a mis padres, no puedo perdonarlo —sollozo.

—No, él te salvó, estuve allí, cuando te rescató del depredador que te había llevado, eras un manojo de nervios, gritabas por tu madre, vi cómo te aferraste a su cuello cuando te sacó de esa jaula. —Respiro hondo escuchando con atención—. Marcello nunca sintió nada por nadie, ni siquiera por Massimo que lo crió como suyo.

—No recuerdo nada de eso —confieso entre hipidos.

—Lo sé, mi niña, nos robaste el corazón a los dos con diez años, creo que de alguna manera sabíamos que serías un miembro de esta familia.

Me alejo, Alba seca mis lágrimas y suspiro. Ella es como una madre para el hombre con el que estoy casada, debería creerle.

—No tengo hambre —repito—, pero si puedo comeré algo.

—Te preparé una ensalada de frutas, te dejaré tranquila si comes eso. —Negocia. Sonrío.

—Eres la típica madre —musito.

—Marcello fue mi hijo, el que me arrebataron —confiesa.

—Lo siento... —Tomo su mano—. Sé lo que se siente.

—Niña, ni te lo imaginas —replica, se levanta tomando el control de sus emociones y entiendo que no pueda compartirlas conmigo—. A comer, además tienes que hablar con tu prima, está insultando a Carlo.

—Tal vez se lo merezca...

Se ríe sirviéndome un plato, como algo antes de que me obligue a hacerlo, creo que Alba puede ser ruda cuando quiere. Al terminar, sale y me deja sola de nuevo, me toca hablar con Olivia, es mi mejor amiga y mi hermana, las dos hemos estado juntas desde que tengo memoria. Voy al cuarto de baño y me lavo el rostro, al salir escucho los gritos que vienen de la otra ala de la casa, los cuales vienen acompañados de lanzamientos de objetos.

Pongo los ojos en blanco, no imaginé que se comportaría así, lo que demuestra una vez más que somos unas crías, que no sabemos nada del mundo. Camino despacio, logro escuchar:

—¡Es mejor que me lleves a mi casa, maldito!, y a Elisabetta, no voy a quedarme aquí, no voy a hacerle caso a tu maldito jefe.

—No saldrás de aquí, además imaginé que luego de anoche te gustaría repetir —se burla Carlo—. Me rogabas que no me detuviera mientras me enterraba en tu interior.

¡Por el amor a Cristo! Estos follaron.

—Maldito, eres un idiota, fue un momento de enajenación, no podría estar con una bestia como tú.

—Sigue repitiéndote eso hasta esta noche —se mofa Carlo.

Abro la puerta sin tocar, mi prima está en la cama con un jarrón en la mano, alrededor hay varios adornos, incluso artículos de aseo rotos. El ahijado de mi marido sonríe al verme, pongo los ojos en blanco, no puedo creer que esto esté sucediendo, no obstante, tengo que hablar con ella.

—*Livie, baja eso, tenemos que hablar* —ordeno en inglés.

—*Lilibet, es este animal que me saca de mis casillas* —contesta.

—Puedo entenderlas —se burla Carlo—. Soy un criminal, pero fui a la universidad.

Muerdo mi labio para no sonreír, sale trancando la puerta y dándome privacidad con mi prima. Respeto eso de él, parece darse cuenta en qué momento debe irse.

—Olivia, quiero que me cuentes todo lo que sabes, necesito que comiences a ser sincera, te considero una hermana, no quiero imaginarme que me has engañado todo este tiempo.

—Me duele que pienses eso —musita.

—Habla, Livie, habla y sácame de la oscuridad.

Mi prima baja dejando el jarrón en la mesita de noche, me siento a su lado y me toma de las manos.

—Siempre he escuchado detrás de las puertas, desde niña y... —Se calla, respira hondo y agrega—: Quiero que sepas que de verdad te quiero, que eres mi hermana y que nunca dejaría que te sucediera algo.

—¿Por qué lo ocultaste? —inquiero.

—Porque llegué aquí y te vi feliz, no quise arruinar la única vez que te he visto sonreír genuinamente, pero...

—¿Los mató? —pregunto—. ¿Fue él?

—Mi papá hablaba con tu marido, le daba las gracias por matar a tu padre y salvarte, no sé si asesinó a mi tía, pero a tu padre sí... —Se me parte el corazón al escucharla

—¿Salvarme?

—Fue hace como tres años, era verano y estaba con el troglodita de Carlo, lo recuerdo bien —confiesa y todo comienza a tener sentido—. Nunca lo había visto en casa, pero me llamó la atención, los dos entraron al despacho y escuché, papá y él tienen negocios en Roma, sin embargo, no dejaba de preguntarle cómo pagaría su deuda de sangre.

—Me salvó para luego tomarme, parece que los monstruos salen cuando la luna se oculta y no hay nadie mirando.

—No amabas a Adriano, Elisabetta, tal vez esto es lo mejor que te ha pasado, mi padre se empeña en tener algo que no es nuestro, además... —Se queda callada.

Mi prima oculta algo, toca su cabello de manera nerviosa y me quedo esperando a que hable.

—Olivia, ¿qué es lo que sabes? —pregunto.

—No lo sé, desde hace tiempo creo que mi padre desea deshacerse de ti, toda la premura de la boda, el famoso acuerdo prenupcial que debías firmar, no lo sé, pero siempre creí que no era correcto, sin embargo, siempre fuiste obediente, creo que en el fondo creías que, si no lo eras, te iban a dejar.

Paso mis manos por mi rostro, parece que todo se sigue complicando, creo que si las dos escarbamos encontraremos cosas de nuestra familia que no nos gustarán y eso será un problema. La abrazo y ella respira hondo, como si se sintiera aliviada, no puedo culparla de todo cuando fue mi propia familia la que me ha mantenido en la oscuridad, la que prefiere la “*sangre azul*”, cuando no somos la casa real sin reinado, la prensa rosa llama a mi tío *el príncipe que nunca reinará*.

Marcello lleva una noche y se acerca la segunda fuera de casa, desde que salió no ha vuelto y estoy desesperada por saber de él. Alba me esquivo, pero me di cuenta de que ha estado llorando, así que sea lo que sea, está pasando algo importante. Olivia y yo dormimos juntas después de que me confesó que escuchaba a hurtadillas, también me contó todo lo que ha oído todo este tiempo, creo que en el fondo pidió que me quedara junto a ella, para evitar a Carlo, que nos deja a solas, ya que pasa horas en el despacho

de mi marido, tecleando como un poseso en su computadora portátil.

Anoche me ahogué lentamente en las lágrimas mientras intentaba comprender la razón por la cual mi esposo asesinó a mis padres. Las pesadillas me acechan, cada vez puedo distinguir más rostros, puedo ver a través de esa bruma que oculta todo, es como si de alguna manera alguien quisiera que borrara lo que sucedió esa noche. Estoy sentada en el salón mirando a la nada, escuchando mi voz de niña asegurándole a alguien que iba a casarme con él, sin embargo, por más que lo intento no logro ver su rostro, pero mi corazón tiene una respuesta, quiero creer que reconocí a Marcello siendo una niña de diez años, que esa leyenda del hilo rojo es cierta, que después de separarnos ahora estamos unidos para siempre.

Me estoy dejando el corazón en este lugar, sé que si vuelvo a mi vida normal me sentiré perdida, porque no tendré nada, ya no veré a Alba cuidarnos como una madre, a Carlo trabajar con el ceño fruncido frente a la computadora. Tampoco a Mario con sus bromas y sonrisas, ni a Massimo con sus comentarios afilados, pero, sobre todo, no estará mi marido para encenderme.

La puerta se abre de golpe, me levanto cuando veo a Marcello arrastrar a su hijo casi inconsciente junto a Mario. Los tres están bañados de sangre, Alba sale de algún lugar y corre hasta ellos. Mi mirada se cruza con la de mi esposo, contengo la respiración por unos segundos. Mi corazón estuvo roto por años a causa de la muerte de mis padres, todavía estoy reparando las grietas que dejaron las heridas de perderlo, ellos son dos piezas que se han extraviado. Sin embargo, lo único que sé es que si me quedo sin este hombre estaré en el limbo, sin vida, porque amarlos es como jugar al póker y perder todo.

Olivia aparece y lívida se queda mirando la escena. Suben a Massimo a la planta de arriba mientras las dos nos quedamos ahí, simplemente sin saber qué hacer.

—¿Está muerto? —pregunta.

—No lo sé —contesto.

—¿Quién es? —averigua.

—El hijo de Marcello.

—¡Joder! —susurra—. Creo que deberías subir... —Toma mi mano—. Ve, Elisabetta...

Siento el apretón que me da para que lo haga, la suelto y subo las escaleras. Voy hacia el cuarto de Massimo, escucho la voz de Alba mientras da órdenes y me congelo cuando dice:

—Marcello, tú no, estás herido.

Abro la puerta, tanto Mario como Alba intenta mover a Massimo. Marcello ni siquiera me mira, mi reacción es colocarme a su lado, tomo su mano y lo halo para que me siga, lo saco de la habitación hasta llevarlo a la nuestra. Al entrar, cierro la puerta con seguro y le quito la americana con manos temblorosas, muerdo mi labio cuando observo la mancha húmeda de sangre y el hueco en la tela, cuando llego a la camisa estoy a punto de cercenarme el labio, el blanco ya no se ve, solo hay una gran mancha carmesí.

—No es nada, *dolcezza* —asegura, y sus manos sostienen mi rostro, limpia mis lágrimas—. Estoy bien...

—No sé qué me pasa, pero desde que sé la verdad, te odio, te amo, pero verte así... no quiero perderte...

—No me iré a ninguna parte, *dolcezza*... —afirma.

—¿Por qué yo? —musito.

—Porque no puedo sacarte de mi mente desde que tienes diez años y me entregaste lo

que nadie me había dado, porque cuando te rescaté de las garras del malnacido que iba a violarte, juré que iba a cuidarte toda la vida, no puedo dejarte, no ahora que eres mía. — Pega su frente a la mía, mientras yo me tenso ante su declaración—. Dame una oportunidad, dame una oportunidad y prometo que todo estará bien.

Su sonrisa, su voz, todo él se arrastra dentro de mi corazón y no tengo otra opción que amarlo, incluso ahora que sé la verdad.

Capítulo 20

MARCELLO

Delante de Elisabetta limpio la herida, al bajar del avión a Massimo nos emboscaron y atacaron, tanto la mafia rusa como su familia ya saben que la tengo, ha iniciado una guerra, una que pienso ganar mientras extermino todos aquellos que piensan que pueden dañarla. Sus ojos observan cada uno de los movimientos mientras trabajo en curarme.

—¿No vas a cerrarla? —pregunta.

—No, para bajar la inflamación debo dejarla abierta —contesto.

—¿Qué sucedió? —averigua.

Suspiro, pienso que mantenerla sin saber es peor, a veces tenemos que enfrentarnos a la realidad. Puedo ver su preocupación, su cuerpo está tenso, su rostro muestra el miedo que siente, sus ojos pasan por mi dorso averiguando si tengo alguna otra herida.

—Estoy bien, *dolcezza*, deja de mirarme así —le pido levantándome.

—No puedo vivir sin ti —confiesa.

Sus palabras me golpean en lo más profundo de mi alma, tengo la seguridad de que no se irá.

—Tampoco hay manera de que pueda estar sin ti. —Doy un paso en dirección a ella, tomo su mano—. Vamos a nuestra cama, tengo mucho que contarte.

—Vale... —acepta.

Salimos del cuarto de baño, me siento en la cama y ella se queda ahí intentando adivinar qué es lo que debe hacer. Abro los brazos y por un momento creo que va a rechazarme, pero no lo hace, se sienta en mis piernas y se acurruca soltando un suspiro.

—Me hice con la ciudad cuando tenía veinte años, asesiné al hombre que me hizo las cicatrices de la espalda y asesinó al hijo de Alba, se llamaba Arturo Palazzo, era el capo de Roma, pero también un maldito que disfrutaba de violar niños y después asesinarlos. —Se tensa—. Disfruté hacerlo, por años imaginé cómo sería torturarlo, me convertí en sucesor, soy lo que soy y no voy a negarlo, te amo, eres la luz que necesitaba mi oscuridad, sin embargo, no voy a dejar de ser lo que soy, un asesino.

—¿Por qué mis padres? —pregunta con voz rota—. Me hiciste daño.

Me tenso, porque cuando le cuente la verdad sobre su familia puede que no me crea, sin embargo, tengo las pruebas que lo confirman. Sé que reabriré esa herida que no termina de sanar, pero su padre fue un maldito y, después de diez años, las consecuencias de sus decisiones siguen persiguiéndonos.

—Hacía negocios con tu padre, siempre tengo personas que fallen a mi favor, la justicia no es el ideal, el soborno apropiado y todo se dará como lo quieres —hablo—, por años fue uno de los jueces que estaba a mi favor, así que era normal estar siempre en contacto, me presentó a tu tío e inicié una serie de negocios legales junto a él, mis negocios legales son para lavar el dinero.

—¿Mi tío sabe quién eres? —pregunta.

—Lo sabe. —Se tensa—. Tu padre me invitó a su casa, fue ese domingo que hiciste la comunión, fui porque no tenía otra opción, la verdad no me gusta estar en público, y la primera vez que intenté hacerlo fue cuando una niña descarada con los ojos verdes más

hermosos, me aseguró que sería mi esposa. —Se separa de mí y se queda mirándome—. Después alguien le cortó el cuello a tu madre y te llevó. —Suelta un sollozo—. Fui a buscarte, primero porque había sucedido en mi territorio; segundo, porque algo se despertó esa tarde y por una larga noche di caza al hombre que te llevó, llegamos justo a tiempo para evitar que te violara, tengo los videos, he intentado mostrártelos desde que tu prima vociferó una verdad a medias.

—No es una pesadilla —musita.

—No, *dolcezza*, no son pesadillas... —Tomo su rostro y lo acerco a mí—. Todo sucedió.

—Si ellos mataron a mi mamá, entonces...

—Maté a tu padre —afirmo y se levanta, me quedo mirándola—, no voy a pedirte perdón por alejarte de alguien que te vendió para ser traficada. —Niega con su cabeza—. Te pido perdón por la manera en que me acerqué, tal vez no soy quien tú mereces, pero te amo y no puedo dejarte ir. Solo dime cuando quieras ver los videos y te los mostraré.

—No quiero ver nada —solloza y me observa con sus fanales verdes llenos de dolor—. ¿Me vendió? —inquire.

—Déjame mostrarte las pruebas, sé que es difícil para ti comprender todo esto, pero tu tío tampoco es trigo limpio. —Respiro hondo—. La mafia rusa te está reclamando, no sé qué fue lo que le ofrecieron a Manuel, pero Massimo está así por tu familia, te vamos a proteger, Elisabetta, eres una Tocci y la familia es lo primero para nosotros. Tu prima y tú están a salvo con nosotros...

—Pero...

—No voy a dejar que les suceda nada, tal vez no lo entiendas, creas que es mentira, pero si te pasara algo...

—¡Elisabetta! —grita Olivia tocando la puerta—. ¡Elisabetta, sal!

—Ve a hablar con ella.

Mi esposa sale mientras busco algo con qué taparme, escucho que discute en voz baja con su prima. Me coloco una camisa y salgo para enfrentarla.

—Quiero volver —dice cuando me ve—, no voy a ser tu prisionera.

—Livie, por favor... —susurra Elisabetta.

—Eres una invitada, si fueras mi prisionera ni siquiera estuvieras aquí y la condiciones serían otras. —Palidece ante el tono que uso.

—Pero...

Elisabetta se lleva a su prima, la veo conducirla hacia el ala donde duerme. Niego con mi cabeza, me imagino que tendrán una charla, así que decido ir hasta la habitación de Massimo. Al abrir encuentro a Alba rezando mientras observa a mi hijo, me detengo a su lado y coloco mi mano sobre su hombro.

—Mataré a todos —prometo.

—Eso espero —musita.

Me siento a su lado, tomo las manos de la mujer que nos crio a mi hijo y a mí, ella suelta un sollozo.

—Nunca he sido el mejor padre, pero necesito que luches, hijo, tienes un vida por delante. —Se me rompe la voz.

La puerta se abre y Elisabetta entra a la habitación, se detiene justo detrás de nosotros, coloca su mano en mi hombro.

—Tienes que luchar, Massimo, necesito a un aliado contra tu padre. —Se le quiebra la voz.

—Tienes que matarlos —repite Alba recordándome.

—Mataré a Manuel de Saboya —sentencio soltando nuestras manos y negándome a mirar a mi esposa, quien se aleja.

Las dos saben que lo que estoy diciendo es más que una promesa, que han tocado algo mío y van a pagar por ello. Toma la mano de Massimo y la aprieta, sé que debería estar en un hospital, pero aquí va recibir los cuidados que necesita. Por un momento desearía ser una persona normal, sin embargo, amo el poder y nunca voy a ceder ante nadie. Mi mujer sale de la habitación dejándonos y me quedo un rato más con la esperanza de que mi hijo se ponga bien.

Elisabetta no vino a dormir a nuestra habitación, a pesar de que la necesitaba, le di el espacio que requería. Bajo a mi despacho para trabajar y me encuentro con Olivia frente a la puerta, puedo ver la mirada de desesperación que posee.

—¿Necesitas algo? —pregunto.

—¿Mi padre es un mafioso? —Dispara su pregunta—. Dime la verdad, no soy Lilibet que va a romperse, necesito saber si él...

Se queda callada, desde años se corre el rumor de que Manuel de Saboya, el príncipe que no reinará, asesinó a la madre de su hija. Abro la puerta de mi despacho y le hago una señal con mi cabeza, una invitación silenciosa para que pase. Lo hace y voy hasta mi escritorio, tomo asiento y se queda mirándome.

—Muchas veces no estamos preparados para la verdad —pronuncio.

—No importa lo que me digas, necesito saber la verdad —responde altiva—. Me tienes aquí, sé que lo haces para protegerme, ¿pero de mi padre?

—La ambición de tu padre lo está llevando a aguas peligrosas —comento evadiendo su pregunta.

—Asesinaste a mi tío, la pregunta es cómo no lo hiciste con mi padre.

Y ese fue mi más grande error, subestimar la ambición de un hombre que solo pretendía aspirar a un trono inexistente. Manuel de Saboya es el claro ejemplo de que no hay límites para aquellos que aspiran a más de lo que pueden tener.

—Lo subestimé —confieso—, supo ocultar de mí quién es realmente.

Se sienta frente a mí, sus manos tiemblan y me quedo esperando a que se calme.

—Lilibet cree que mi vida fue de color de rosa, que ella tenía que obedecer porque la dejarían, pero... —Se calla y esconde su mirada en sus manos—. Mi papá... —Me tenso, algo me dice que no va a agradarme lo que intenta decirme—. Él... —titubea nerviosa.

—No tienes que contarme nada —le aseguro y niega.

—Mi padre abusaba de mí, mejor dicho, lo sigue haciendo —confiesa y me quedo en silencio—. No soy una Saboya, yo...

—¿No es tu padre? —inquiero.

—No... —Rompe a llorar—. Ella no sabe nada, por favor, por favor...

—¿Cómo sabías que fui yo? —averiguo.

—Tengo la mala costumbre de escuchar —declara—, pensé que alguna vez...

Y todo comienza a encajar, lo que no vi hace diez años después del secuestro, su mudanza apresurada. Manuel intentaba salvarse, tapando el rastro de su suciedad, por años estuvo bajo mi cuidado, tengo el más cruel de los destinos para él.

—¿Tocó a Elisabetta? —Mis dientes rechinan al hacer la pregunta.

—No, Lilibet es una Saboya, en cambio, yo soy una basura...

Me quedo mirándola, se toca el cabello nerviosa, no sé consolar, aunque me parte el alma ver que ella esté sufriendo de esa manera. Sin embargo, hay algo que no me permite confiar, le pido que me deje solo, tengo muchas cosas en la cabeza.

¿En qué momento no vi nada? ¿Cómo fui tan ciego?

Me jactaba de asegurar que en mi territorio este tipo de situaciones no sucedía, ya que la mayoría conoce que no hay traidor que quede vivo después de cometer tal injurio. Por años visité su hogar, vigilé a Elisabetta y estuve merodeando, nuestra relación de negocios era perfecta. Comienzo a organizar las ideas en mi mente, intentando adivinar en qué fallé, por qué no pude darme cuenta de que él era también un enemigo.

Olivia se levanta secándose las lágrimas y sale del despacho, me quedo mirando la puerta. Tomar decisiones que puedan afectar tu vida para siempre, es una de esas encrucijadas que se presenta de vez en cuando, hace diez años asesiné al hombre que había vendido a su hija e intentó traicionarme, sin imaginarme que luego me enamoraría de ella, hasta convertirla en mi esposa, sabiendo que tal vez me odiaría, por mucho que intente justificar que lo hice por salvarla, es parte de la naturaleza humana no confiar, no creer y, por supuesto, dudar.

Que Olivia de Saboya me asegure que no es hija biológica de su padre me hace dudar, sin embargo, tengo que darle el beneficio de la duda. La puerta se abre, Mario y Carlo entran junto a Giovanni.

—Quiero que me des un informe completo del príncipe de Venecia, su esposa, su hija, todo —ordeno sin saludar a Carlo—. Para esta noche. ¿Sabías que la violaba?

El color del rostro de mi ahijado desaparece, me quedo mirándolo esperando una respuesta.

—Sospechaba algo, su padre le ha enviado mensajes con doble sentido, mientras estabas afuera he tratado de desenterrar todo.

—Necesito que pongas a tu cerebro a funcionar, Carlo, puede que no me diera cuenta de que tenía al enemigo enfrente, pero ahora que lo sé, necesito que me des toda la información.

Asiente, me quedo mirando a mis tres hombres de confianza. Entendí que la confianza es algo que puede romperse fácilmente y un hombre en mi posición no puede tener un millón de amigos.

—Tenemos la ubicación de los rusos —anuncia Mario.

—Perfecto, ¿cuánto tiempo necesitamos para estar listos? —averiguo.

—Dame treinta y seis horas —me pide Giovanni—, son suficientes para planificar y organizar a los hombres.

—Las tienes.

—Quiero que cuiden de la casa, que doblen la seguridad, si ya saben que ellas están aquí, intentarán llevárselas —ordeno—, además, Alba quiere venganza.

—La tendrá —asegura Mario.

Observo a Carlo abrir su computadora portátil y sentarse a trabajar en lo que le he ordenado. Giovanni se sienta mientras me explica lo que planea para atacar a los rusos, Mario le sugiere algunas cosas, sin embargo, mi mente sigue pensando en lo que acaba de suceder. Todavía no estoy seguro si creerle o no a Olivia, cada vez que intento leerla, algo me lo impide.

Dos golpes sutiles a la puerta, mis hombres se callan y pido que pasen. Elisabetta

aparece, tiene bolsas debajo de sus ojos y está completamente pálida. Le hago señas a los demás para que salgan, ella camina y se queda ahí en el medio de mi despacho, vestida con un vaquero y una camiseta, se abraza a sí misma mientras me observa.

—Buenos días, *dolcezza* —saludo.

—¿Vas a matar a mi tío? —pregunta.

—Lo haré —contesto sin remordimiento. Niega con su cabeza, sé que tiene miedo, que en este momento se debate entre la razón y lo que siente, respiro hondo y le aseguro—: Si después de que todo esto acabe, quieres irte... —Me quedo callado negándome a pronunciar estas palabras—. Te dejaré ir, solo si me prometes que me dejarás protegerte.

Capítulo 22

ELISABETTA

—Te dejaré ir, solo si me prometes que me dejarás protegerte.
Alguna vez leí que el mayor acto de amor hacia la persona que amas, es dejarla ir si no desea estar a tu lado. Marcello está dándome la libertad que me arrebató, condicionada, pero lo hará, sé que me dejará ir. Me quedo ahí sin palabras, se levanta y camina lentamente acercándose hacia a mí. Miro su hombro, hay un punto pequeño rojo que mancha su camisa blanca, recordándome que es humano y no un dios. Muerdo mi labio inferior, anoche no pude irme a dormir a su lado, a pesar de que estaba preocupada por él.

—¿Me dejarás ir? —Me aseguro de preguntarle, no puedo creer que me lo esté diciendo. Con su pulgar hala sutilmente mi labio, lo acaricia y lamo en respuesta. Suelta el aire bruscamente.

—Me estás matando —susurra.

—¿Me dejarás ir? —insisto.

—Lo haré, *dolcezza*, aunque no concibo la vida sin ti, si quieres irte después de que todo termine, lo haré.

Se forma un nudo de emociones en mi garganta mientras lágrimas amenazan por salir. Mi mano sube para acariciar su rostro, cierra los ojos al sentir mi tacto, tiene una barba de tres días, hay bolsas de cansancio debajo de sus ojos.

—Te amo... —musito y abre los párpados regalándome una mirada intensa con sus ojos violeta—, pero no sé cómo ser feliz.

Toma mi mano y la lleva hasta sus labios para dejar un beso en mi muñeca, justo donde late mi pulso, que está errático y lleno de miedo. Marcello tiene el aura y el poder de sacarme de donde estoy, no sé cómo en tan poco tiempo se ha metido en mi piel, él es mi droga y cada vez que está cerca me causa un efecto de éxtasis.

—Hazme tuyo, Elisabetta, dómame, hazme el hombre más feliz de este mundo, eres la luz que disipa las sombras de mi oscuridad, por años he vivido por el poder y el dinero, hasta que te conocí; una niña de diez años me robó el corazón, te vi convertirte en la mujer más hermosa del mundo, he navegado entre mujeres y solo tú me haces bien. — Su confesión hace que las lágrimas rompan las barreras—. Tu amor siempre ha sido mío, el mío te ha estado esperando para convertir tus lágrimas en sonrisas, quiero ser el que te sostenga, quien te haga correrte, quien te proteja y quien te haga la mujer más feliz del mundo.

—¿Por qué? —pregunto.

—No tengo explicación —contesta llevando mi mano a su pecho, justo donde late su corazón apresurado—. Todo lo que he hecho, lo hice por ti, no merecías el padre que tuviste y tampoco al maldito de tu tío.

—¿Vas a matarlo? —insisto.

—La traición en mi mundo se paga con sangre, él me ha engañado y conspirado contra mí, no puedo permitir que salga ileso, si lo permito, otros creerán que pueden atentar contra mí. —Se acerca y pega su frente a la mía—. No me pidas que no la haga, porque no podré complacerte.

—No te pediré nada, no me arrepiento de amarte, Marcello, pero tengo miedo, no termino de comprender tu mundo y ellos han sido el mío por diez años.

—Confía en mí, por favor, te protegeré como la vida misma.

La puerta se abre, nos separamos y Alba está frente a nosotros con el rostro pálido. Me quedo mirándola y puedo ver en sus ojos un brillo que da terror.

—Massimo ha muerto, ¡quiero venganza, Marcello!, quiero sus cabezas en bandejas de plata, tráelas para mí —ordena con voz siniestra.

Tomo la mano de mi marido que se tambalea ante mí, este asiente y no tengo idea si salir a abrazar a la mujer que ha pedido la muerte de mi tío, para consolarla o abrazar a mi marido para detenerlo.

—Los haré pagar... —afirma Marcello.

—¡Júralo! —exige Alba y se le quiebra la voz—. Júrame que no tendrás compasión por ellos.

—No tendré piedad.

—¡Me quitaron a mi niño y los quiero muertos, Marcello! —El dolor en su voz es palpable—. ¡Mátalos o lo hago yo!

Alba se derrumba ante nosotros, mi esposo sale a tomarla por los brazos y mientras llora como una madre desconsolada, me acerco a ellos para abrazarlos. Cuando observo a mi marido puedo ver lágrimas en sus ojos. Una vez más algo se ha roto en el magullado corazón de Marcello, la vida le ha quitado algo que ama, al igual que la mujer que lo ha protegido. En algún momento, Olivia aparece con ojos llorosos, las dos estamos en el medio de un fuego cruzado, debatiéndonos entre la lealtad a nuestra familia o a estas personas. Mi balanza está inclinada ya, tengo razones de peso para tomar un lado, ahora me toca esperar la decisión de mi prima.

Marcello se levanta con Alba en brazos, veo que su herida comienza a sangrar, sale con ella para llevarla a su habitación. En el salón, Mario se la quita y es cuando mi esposo nos sorprende al subir corriendo a la habitación de su hijo, lo sigo jadeando. La puerta está abierta y lo que encuentro me parte el alma en miles de pedazos, mi marido abraza a su hijo mientras llora.

—¡Perdóname!, perdóname por no haber sido el padre que te merecías —solloza—. Los haré pagar, los haré pagar uno a uno por lo que te hicieron.

—Marcello...

—Massimo, te quiero, hijo, te quiero, perdóname...

Y me quedo ahí mirando cómo el hombre que solo baja las barreras ante mí, el Romano sanguinario del que hablan las leyendas, se rompe finalmente, cierro los ojos y por un segundo quiero no pensar en el futuro y en su venganza. La suerte está echada y tengo el presentimiento de que se avecina una guerra.

Marcello se encierra en el despacho con los hombres, Alba se encarga de preparar el cuerpo de Massimo, me pidió que la dejara sola mientras lo hacía. Todo parece sacado un cuento de terror, estoy sentada en las escaleras del jardín mirando el laberinto, la vida es como este, siempre vas encontrarte en un callejón sin salida, te perderás en los recovecos y vas a desesperarte. Por un momento me siento, extraviada.

—Lilibet... —susurra Olivia sentándose a mi lado.

Me quedo callada, por un momento me vienen a la mente todas las cosas que pensé en

el algún momento que deseaba ser, profesora en Oxford, feliz en un mundo lleno de momentos vacíos, hay personas que sueñan con una vida de princesa, cuando es realidad es hueca, puede que tengas todo lo material, pero siempre faltará algo. Suspiro y sin ver a mi prima le informo en inglés.

—*Marcello asesinará a tu padre...*

—*Bien* —contesta y me giro para mirarla—. *¿Alguna vez te preguntaste por qué tú y no yo?* —pregunta.

—*¿Sobre qué?* —*averiguo.*

—*Sobre tu compromiso, se supone que soy su hija, debería ser yo la que ascienda al trono, pero te escogió a ti...*

Ahora que lo veo, siempre pensé que deseaba algo mejor para ella por ser su hija, algún otro compromiso. Niego con mi cabeza, ¿tan ciega he estado?

—*Livie, ¿tienes algo que contarme?*

Suelta un sollozo y toma mi mano, cuando mi prima empieza a hablar mi mundo da vueltas, comienzo a tener asco de aquellos a quienes adoré con locura. Me doy cuenta de que es cierto que hay personas que usan trajes caros y parecen buenos, pero son el mismo diablo. Manuel de Saboya es un demonio, las lágrimas se me salen mientras Olivia me abre su alma contándome todo.

—*No me importa que lo mate, si lo hace, será una escoria menos en el mundo* —asevera con voz rota.

—*¿Por qué nunca me lo dijiste?* —pregunto.

—*Porque si lo hacía tal vez sería peor, Manuel puede ser un monstruo.* —Se le rompe la voz—. *Cuando todo esto acabe, quiero quedarme aquí.*

—*No irás a ninguna parte* —afirmo.

Permanecemos ahí en silencio, me quedo pensando en cuántas mujeres no estarán sufriendo las consecuencias de un abuso infantil, a veces son los padres, padrastros, familia y amigos cercanos, la pedofilia es uno de los crímenes más atroces de la humanidad, ningún niño merece ser abusado, que su infancia sea destruida por malditos que buscan el placer en la inocencia. Le tenemos miedo a los criminales, a la violencia en las calles, a los sociópatas, pero nos olvidamos de que a veces los tenemos comiendo en nuestra mesa, sonriendo y compartiendo.

Ahora más que nunca estoy de acuerdo en que Marcello haga lo que tenga que hacer, porque Manuel de Saboya no merece vivir. No quiero imaginar todo lo que ha tenido que pasar Oliva, deslizo mi brazo alrededor de su cuerpo y la abrazo, suspira como si estuviera derrotada. Apenas son las once de la mañana y este lugar está bajo una nube gris.

Massimo ha muerto, los efímeros momentos que viví a su lado fueron llenos de sonrisas y bromas, le encantaba picar a su padre conmigo, molestarme y adoraba a Alba, siempre le pedía que le diera tiramisú, fumaba mientras tarareaba canciones. A veces, le encontraba parecido a Bill Skargård.

—*¿Qué pasará ahora?* —pregunta Olivia.

—No lo sé, pero la muerte de Massimo es...

—Lo sé, esto será una guerra, pero por más que lo odie a Manuel, pensar en su muerte me paraliza.

—La verdad tengo miedo es por Marcello, no quiero que le pase nada... —Respiro hondo—. Acabo de enterarme de que fui vendida a la mafia rusa, mi padre tampoco era

un santo, al parecer ser miembro notable de la sociedad, solo esconde que eres un sucio enfermo.

—Nos tenemos la una a la otra —afirma.

—¿Por qué me dijiste que Marcello mató a mis padres? —pregunto.

—Pensé que estaba manipulándote, además me vi arrastrada a quedarme un sitio sin desearlo, quiero ser libre, Lilibet, no quiero seguir encadenada a nada, soy esclava de una familia que me aborrece, de un hombre que me violaban cuando las cosas no le salían cómo querían, me convertí en una mujer promiscua por él, busco que los hombres borren lo que él me hacía. —Niega—. Intentó violarme de nuevo, pero no tuvo una erección.

Me asqueo, ¿cómo pude vivir bajo el mismo techo y no darme cuenta? ¿Estaba tan ciega?

—¿Te pegaba?

—No, creo que no lo hacía porque los demás podían darse cuenta —musita—. Le conté a la abuela, me dijo mentirosa, pero corrió a llevarme al ginecólogo, le pagó por su silencio.

—Lo siento —murmuro.

—Busqué una salida, esperaba huir de ahí, quería escapar y encontrar un lugar donde esconderme. Respirar y sentirme viva, no tener más miedo. —Respira hondo—. Hay sonrisas que esconden el dolor, Elisabetta, aprendí a sonreír y vivir cuando estaba lejos de él.

—Todo por un trono que no existe...

—*Dolcezza*... —me llama Marcello.

Las dos nos levantamos y giramos, mi esposo se ha cambiado de ropa. Lleva un vaquero color negro, una camisa del mismo tono abierta en los primeros botones y una americana.

—¿Te vas? —pregunto.

—Tengo que resolver un asunto, volveré para el funeral de Massimo —informa—. Giovanni y Carlo se quedarán con ustedes, tienen que entrar a la casa.

—¿No podemos estar en el jardín? —cuestiona Olivia.

—No. —Su respuesta de una sola palabra es contundente.

Escucho resoplar a Olivia, pasa en dirección a la casa. Se detiene mirando a Marcello, por un momento creo que va a decirle algo, pero me sorprende cuando la escucho.

—¡Mátalo! —pide.

Se va dejándome con mi esposo que se acerca a donde estoy de pie, acaricia mi rostro y trato de sonreír.

—Imaginé que algún momento de nuestro matrimonio, tendría que enfrentar una guerra, aunque no pensé que sería tan pronto.

—¿Cuándo vuelves? —inquiero.

—Esta noche, no me esperes despierta —me pide.

—No puedo dormir sin ti...

Cierra los ojos y pega su frente a la mía, niega en silencio. Coloco la mano en su corazón.

—No fui el mejor padre para Massimo, pero lo quise, en mi mundo querer es algo extraño, el amor no es un sentimiento que se manifieste a menudo —confiesa—. Tengo que vengar su muerte.

—Ningún padre es perfecto, Marcello —murmullo.

Deja un beso en mi frente, deja un rato sus labios ahí, lo envuelvo en mis brazos. Temo que pueda sucederle algo. Mi esposo se aleja dejándome ahí, me quedo mirando por donde sale y con la certeza de que nada de lo que viene en este momento es bueno.

Respiro hondo, la vida da tantas vueltas, mi existencia ha estado llena de secretos, mientras me mantenían en la oscuridad. Mi mundo entero parece derrumbarse, siempre viví entre las sombras de personas que no les interesaba mi bienestar, era su peón en el maldito tablero de ajedrez. Me siento de nuevo en las escaleras, mirando el maldito laberinto, ¿qué sigue ocultando el mío? Cada vez que me adentro, parece que encuentro monstruos, unos más terroríficos que otros.

Capítulo 23

MARCELLO

S algo de la casa sumido en mis pensamientos, Mario conduce hacia Roma. Pienso en Massimo, no voy a hablar de mis errores, no fui nunca el padre que el chico necesitó y al descubrir que no era mi hijo, me alejé, me ocupé de lo básico, pues era lo que se esperaba. Además, Alba ya lo había acogido como suyo. Mi hijo no merecía morir por las consecuencias de mis decisiones, ahora no está y eso me atormenta.

El timbre de llamada de mi móvil me saca de mis pensamientos, me quedo mirando la pantalla unos segundos y se la muestro a Mario, quien niega sugiriendo que no la tome. No obstante, tengo deseos de saber qué es lo que tiene que decirme, así que atiendo.

—Marcello Tocci, *el romano*... —se burla Manuel de Saboya.

—Manuel de Saboya, el príncipe que no reinará... —respondo en el mismo tono.

—Sé que tienes algo que es mío, pensé que eras mi socio, pero te llevaste a mi sobrina y me llevé a tu hijo por tal razón.

Aprieto con rabia el aparato.

—Elisabetta es mía... —afirmo—, si intentas algo haré que tu muerte sea lenta y dolorosa.

—No, Marcello, siempre fue mía, nadie se imaginó que podría engañarte, cuando me llamaste aquella noche, supe que tenía la oportunidad perfecta, me devolvías lo que era mío.

—Aléjate de ella.

—¿Qué sentiste cuando besaste su frente antes de salir de la casa? —pregunta.

Me tenso, no soy capaz de contestar y cuelgo la llamada. Me giro para ver a Mario.

—Regresa...

—¿Qué pasa? —cuestiona, empezando a preocuparse.

—Regresa a la casa, ¡ya! —grito desesperado.

Mario da vuelta para regresar, saco mi arma y me observa como si me hubieran salido dos cabezas. «¿Quién?» Es la pregunta que se repite en mi mente, tengo un traidor en mi casa, pienso en su maldita hija, si es ella voy a asesinarla, se la regresaré hecha pedazos. Estamos a pocas cuerdas de la entrada de mi finca, cuando escucho una explosión.

—¿Qué carajos está pasando? —inquieta Mario.

—La tienen —murmuro.

Acelera hacia la propiedad, disparos vuelan mientras mis hombres responden al ataque. Derrapa frente la casa, me bajo corriendo y subo las escaleras a toda velocidad, buscando a mi mujer. Giovanni yace muerto en el salón mientras Carlo no está por ninguna parte, salgo al jardín y es cuando mi mundo se paraliza. Mi ahijado sostiene en sus brazos a la prima de mi esposa, mientras intenta taponear una herida en su hombro, él también está herido en el abdomen, su miedo es reflejado en todo su cuerpo y rostro, lo mataré sin importarme el dolor que me cause.

—¿Dónde está Elisabetta? —pregunto lleno de miedo.

—Se la han llevado —contesta Carlo—, perdón, Marcello, no me di cuenta de que era Giovanni.

—¿Qué? —inquiero.

—Giovanni nos traicionó —afirma levantándose con la chica en brazos.

—Lleva a la chica dentro, haz que la revisen y que revisen todo mientras tu padre y yo controlamos la situación.

—Intenté detenerlos, ella también, pero me dispararon y ella se metió en medio —se justifica—, puedes matarme si quieres.

—Entra, haz que la revisen.

Asiente, los hombres corren mientras someten a los pocos hombres que quedan y me doy cuenta de que la mayoría son rusos, estoy cometiendo el mismo error que los sicilianos, creer que todos son fieles a mí. Maldito traidor, lo creí leal, ahora está muerto y no puedo hacerle nada, pero cuando me haga con el maldito de Manuel, los voy a destruir, lo destrozaré, no tendré piedad, lo haré pagar por todo lo que ha hecho. Cuando Mario aparece en el jardín, tenemos alrededor de quince hombres que dejaron atrás. Mi móvil vuelve a sonar y lo contesto.

—¡Marcello!, ¡Marcello! —solloza mi mujer.

—Estropeaste mi mercancía, Tocci, por años me contuve de probarla, porque pagaban más por una virgen, pero tuviste que cogértela —me reclama Manuel por teléfono.

—Te voy a matar, nadie se mete conmigo y sale ileso —amenazo.

Suelta una carcajada.

—Tengo lo que quieres, pero que es mío, no sabes las fotos que tengo de ella, te las enviaré, desde niña fue hermosa, como mi hermana, tal vez la pruebe. —Se escucha el llanto de Elisabetta—. Después de todo, antes la realeza se casaba entre la familia, si la follo duro seguro va a chillar como perra.

—Si le tocas un solo cabello...

—¿Qué? —se burla—. Voy a tocar lo que es mío, no lo hice antes porque valía más pura que usada, pero ahora que la dañaste, puedo quitarme las ganas de follarla, tal vez me hunda en su culo, no sabes las veces que lo imaginé mientras se lo hacía a Olivia.

—Te voy a matar...

—Nos vemos en el infierno, Tocci.

Cuelga la llamada, por primera vez pierdo el control. Saco mi arma delante uno de los prisioneros y la descargo sobre él. Mario baja mi mano cuando ve que estoy a punto de cometer una locura.

—La vas recuperar —asegura.

—Pon precio a su cabeza, quien me entregue a Manuel de Saboya, le daré un millón de euros.

Me quedo mirando alrededor, Giovanni está muerto, pero la persona que vino a romper la paz de mi casa, lo pagará muy caro. No es la primera vez que alguien me traiciona, tampoco la primera vez que me atacan, desde muy joven aprendí que nadie es fiel ni siquiera a sí mismo. Muy pocas personas conocen el significado de la lealtad.

—Lleva a todos al laberinto y prepáralos para mí —le ordeno a Mario.

—Lo haré.

Me doy vuelta para asegurarme de que Alba y el personal estén bien, también para interrogar a la Olivia de Saboya, tengo que averiguar si sabe algo más, algo que se me escape, maldigo todos los años que estuve engañado, pensando que tenía un socio, cuando en realidad tenía al enemigo en mi propia casa.

ELISABETTA

Me quedo mirando el laberinto mientras sigo en pérdida en mis pensamientos. Mi tío resultó ser el monstruo de mis pesadillas, el verdadero destructor de mi vida. Su ambición lo ha llevado a cometer los crímenes más atroces.

Levanto la mirada y es cuando me fijo en dos hombres que salen del laberinto, me paro de golpe y me mareo. Tengo que respirar hondo, me giro lentamente temblando y es cuando choco directamente con la realidad. Giovanni está junto a mi tío que sujeta a Olivia mientras la apunta con una pistola.

—Sobrina, ¿es así como me pagas? —me pregunta este último con voz siniestra.

Recuerdo las palabras de Marcello, la traición se paga con sangre. Cruzó mi mirada con la de Livie, puedo ver el miedo reflejado en sus ojos, el mismo que intento esconder.

—Te cazaré y te asesinaré —sentencio a Giovanni.

Suelta una carcajada, Manuel me observa como si no pudiera reconocerme.

—Un mes con él y cree que quemará Roma por ella.

Sonrío.

—Lo hará —respondo con confianza.

Alguien pone una pistola en mi cabeza, cierro los ojos y todos los recuerdos de ese día, la tarde en que asesinaron a mi madre y mi secuestro, vuelven, puedo ver a Marcello y la sonrisa burlona que esbozó cuando declaré que sería su esposa. Al abrirlos, ya me han sujetado, es en ese momento que inician los disparos y explosiones.

—¡Suéltelas! —ordena Carlo.

Trato de volverme para mirarlo, pero el hombre me golpea.

—¡No la toques! —grita Manuel.

—Van a pagar por esto —afirmo—, te haré pagar lo que lo hiciste a Olivia.

Mi prima niega, mi tío lame sus lágrimas lascivamente y tengo náuseas de nuevo. Nunca imaginé que una de las personas que más he querido en mi vida, podría hacernos tanto daño. A veces la vida se vuelve oscura, en este caso son las sombras de la verdad de mi familia las que nos envuelven.

—Ella es mi putita, cuando lleguemos te haré ver cómo la follo —contesta—. Tal vez te permita jugar.

Me tensó, no puedo creerlo. El cañón de la pistola aparece en mi campo de visión, haciéndome consciente de que esto no es un juego, que es real, que estoy a punto de morir.

—Están rodeados, Giovanni —informa Carlo—, la jugada no les saldrá bien, así que es mejor que las dejen ir.

—Puede que me tengas rodeado, pero a las putas se las llevan —contesta Giovanni alzando sus hombros—. Todos estos años he codiciado ser el señor de Roma, los rusos me han prometido darme la ciudad. No me importa morir si fallo, lo sabes, si no me matas tú, lo hará él, pero lo que quería, lo conseguí, veré al Romano debilitarse, el daño que he ocasionado, nadie lo olvidará, ¿acaso no te cansas de seguir sus órdenes?

—Nunca traicionaré al hombre que me dio todo —asegura Carlo con voz siniestra.

—Esa la diferencia entre tú y yo.

Mientras discuten me fijo en Olivia que mueve sus labios, intento leerlos, sin embargo, ella se remueve intentando zafarse de mi tío, todo pasa tan rápido. Hago lo mismo, golpeo al hombre como me enseñaron en las clases de autodefensa, logro derribarlo, pero se escuchan disparos, Carlo aparece en mi campo de visión, Giovanni apunta hacia

él y mi prima se precipita, ella cae y grito, cuando alguien vuelve a cogerme por la cintura. El ahijado de mi esposo corre detrás de Giovanni a la par que observo en el piso a mi prima mientras convulsiona.

Pataleo mientras me llevan, muerdo al hombre y me golpean, me llevan lejos de la casa y me suben a un todoterreno. Me tiran prácticamente, voy a bajarme cuando Manuel me apunta con arma en la frente.

—Intenta algo y te mato, no me importará —amenaza.

—¡Eres mi maldito tío! —grito mientras lo empujo.

Suelta una carcajada, disparan contra el SUV, pero es uno de los que pertenece a Marcello, por lo que debe estar blindado.

—¿De verdad creíste que te casarías con Adriano? —inquire burlonamente y me tenso.

—El pobre ya está muerto, tenía un plan para traerte a Italia, pero viniste a joder todo, ¿por qué no seguiste siendo la niña obediente?

—Mataste a mi madre —le reclamo.

—No, querida, ese fue tu maldito padre, le sugerí que podía hacerlo, igual te habíamos vendido, eres muy valiosa. Elisabetta, lo que no sabes es que te quieren virgen o ya dañada, les da igual, eres el pago de su deuda, por tus venas corre sangre azul.

—¿Todo por un trono? —inquiero.

Fastidiado chasquea la lengua contra su paladar, las lágrimas salen solas de mis ojos, mezcladas con la rabia, mi padre y él han sido los verdugos de mi vida.

—Ser de la realeza es solo un velo, me importa solo una cosa; el poder, siempre quise Roma, además tu marido me quitó algo, algo que siempre quise.

—¿Qué? —averiguo.

—Tú, la endogamia, niña, ¿no aprendiste nada en tu colegio? —contesto.

Me tenso, todo me da vueltas mientras el vómito sube por mi garganta quemando mis vías digestivas. Lo observo sacar el móvil, leo el nombre de mi esposo, pone la pistola en mi frente y sonrío.

—¡Marcello!, ¡Marcello! —sollozo.

—Estropeaste mi mercancía, Tocci, por años me contuve de probarla, porque pagaban más por una virgen, pero tuviste que cogértela.

—Te voy a matar, nadie se mete conmigo y sale ileso —amenaza mi marido.

Suelta una carcajada, cree que mi esposo está jugando, pero lo matará. Las lágrimas corren mientras intento ahogar el dolor.

—Tengo lo que quieres, pero que es mío, no sabes las fotos que tengo de ella, te las enviaré, desde niña fue hermosa, como mi hermana, tal vez la pruebe. Después de todo, antes la realeza se casaba entre la familia, si la follo duro seguro va a chillar como perra.

—Si le tocas un solo cabello...

—¿Qué? —se burla—. Voy a tocar lo que es mío, no lo hice antes porque valía más pura que usada, pero ahora que la dañaste, puedo deshacerme de las ganas de follarla, tal vez me hunda en su culo, no sabes las veces que lo imaginé mientras se lo hacía a Olivia.

—Te voy a matar...

—Nos vemos en el infierno, Tocci. —Cuelga.

Se acerca, le quito la mano y me da una bofetada, luego impacta su puño en mi rostro, siento el sabor metálico en mi boca.

—Tu madre nunca debió dejarme, era mía, la follaba duro y era feliz con ella. —Me

tenso mientras habla fuera de sí—. Se fue con Greco, se alejó de mí, te tuvo a ti y no quería que te acercaras, pero lo hice, convencí a tu padre de que eran un estorbo, que podríamos negociar, que tu marido podría morir, me deshice de ellos para tenerte, engañé a los rusos, engañé al Romano y ahora te tengo, te tengo para siempre.

—¿Qué estás diciendo? —pregunto asustada.

—Eres igual a tu madre, preciosa, hermosa, me gustará follarte, violarte, tu madre lloraba mientras lo hacía. —Mi corazón se rompe—. Me enamoré de mi hermana, ahora me follaré con su hija.

Niego con la cabeza.

—Eres un enfermo —musito.

—Todos estamos locos...

Me golpea, esta vez con la cacha de su pistola, todo se desdibuja a mi alrededor, mis últimos pensamientos son para mi madre, mi prima y mi marido. Siento otro golpe y todo se vuelve negro, esto es el final... esto es el final de mi vida.

Capítulo 24

MARCELLO

Entro a la habitación de Carlo, lo encuentro frente a la computadora, su torso vendado y este se encuentra manchado de su sangre.

—Tienes que descansar —ordenó.

—No, no puedo —contesta—. Fue superficial y no me duele, pero recordé el rastreador, el que le pusimos de niña.

Bendito Dios que me hizo cometer esa locura antes de entregársela a su tío, tal vez en el fondo más que empatía, sabía que era mía, que íbamos a estar juntos para siempre.

—¿La localizaste? —inquiero.

—Sí, están en Roma, pero hay que actuar velozmente, pueden llevársela más rápido, tenemos que movernos.

—Tú te quedas aquí —le mando y se queda mirándome mientras niega.

—Lo siento, no imaginé que lo tenías dentro, Giovanni era una de las personas en las que más confiaba y resultó ser un traidor —se disculpa—. Cuando fui por ella, Olivia se atravesó, verla herida me hizo abalanzarme sobre Giovanni, dentro tuvimos un intercambio, apunté en su frente y lo maté.

—Estás enamorado de la chica —afirmo.

Sonríe.

—No lo sé, me gusta, la defendería, cometí un error y puedes matarme por eso; déjame ir contigo, localizar a Elisabetta ahora es mi prioridad.

—Salimos en cuarenta minutos —informo.

Salgo de su habitación y camino hasta donde nuestra invitada es atendida por Alba, me quedo en la puerta pensando en los acontecimientos. Massimo muerto, Elisabetta secuestrada y Olivia junto a Carlo heridos, hace tiempo me sentía intocable, me imaginé que nunca más nadie se atrevería a atacar. La soberbia me cegó, bajé las barreras y en este momento pago las consecuencias. A veces me cuestionaba el cariño que sentía hacia mi hijo adoptivo, me increpaba por quererlo, aunque muchas veces deseaba matarlo por sus imprudencias, pero era mío, es cierto aquello de que *padre no es el que engendra, sino el que cría*. Toco la puerta y espero a que la abran, escucho los pasos.

Alba aparece frente a mí, los años le han caído sobre sus hombros, tiene setenta y nunca los ha aparentado, pero esta tarde parece que ha envejecido de golpe.

—Hay que llevarla a un hospital, Marcello —informa—, no puede quedarse aquí.

—¿Es grave? —pregunto.

—No lo sé, mis conocimientos no dan para tanto y estamos perdiéndola —musita—. No podemos perderla a ella también.

—Lleva a Carlo contigo —accedo—, todos los hombres que necesiten para custodiar el lugar.

Alba me toma de la mano deteniéndome, se queda mirándome y puedo ver todas esas palabras contenidas por años.

—Tráela de vuelta —me pide.

—Lo haré, no tienes que pedirlo —reviro.

—Lo sé, *il mio piccolo mostro*...

Me acerco para dejar un beso en su frente, si no fuera por ella no estuviera en este mundo, me salvó cuando todo estaba perdido, me curó y, sí, creó un monstruo para vengar a su hijo, pero en el camino ganó otro, porque la amo, aunque nunca se lo digo, es la madre que la vida me negó.

—Volveré con ella, vengaré a Massimo —afirmo alejándome.

Alba llora perdiendo el control, los últimos acontecimientos están haciendo mella en su autocontrol. La abrazo fuerte y ella se aferra mí.

—Mata a todos, aunque nada me lo traerá de vuelta —contesta con voz rota.

—Lo sé, pero igual vengaré su muerte, eso me traerá paz.

—No, Marcello, solo Elisabetta te traerá paz.

Sé que tiene razón y no puedo contrariarla, solo mi mujer me da la paz que nunca tuve. Dejo un beso en su coronilla y me giro para irme, no soy de los que se despiden, en los años que te tengo sé que puedo morir, que una bala en el sitio correcto puede acabar con todo. Somos humanos, no dioses, a veces lo olvidamos, el poder nos ciega, nos lleva a pensar que nada puede dañarnos, ahora me doy cuenta de que no es así.

Me llaman el Romano, porque nací en esta ciudad, según la leyenda fueron Rómulo y Remo los fundadores, fueron encontrados por la loba que los amamantó siendo unos bebés; en ese mismo lugar que les dio una segunda oportunidad, edificaron el más grande de los imperios. Los hijos de Marte, dios de la guerra y la virilidad, la violencia, la pasión, la sexualidad, la valentía, patrón de los ciudadanos guerreros romanos, dueños del horror y la victoria. Mi querida Alba comenzó los rumores de mi leyenda después de asesinar al hombre que casi me mata y le arrebató la vida a su hijo, aún sigue siendo innombrable entre nosotros, son muchas pesadillas alejadas. Todo verdugo tiene el suyo, muchas veces somos nosotros mismos, los monstruos no nacen, se hacen. Las personas tienden a creer que todos somos malos por naturaleza, a lo largo de los años he comprendido que tenemos partes iguales de luz y oscuridad, que luchan entre sí para emerger.

En mi caso, no conocí la luz, ahora es que la conozco, en mi dulce Elisabetta, el amor de mi vida, ella posee el brillo y la luz radiante que rompe las sombras de mi corazón. Me detengo, porque primera vez tengo miedo y es que perderla significaría la muerte para mí, mi ángel de luz.

—¡Estoy listo! —anuncia Mario.

Levanto la mirada y sé que puede ver el miedo, desesperación y desesperanza en mis ojos.

—La vamos a traer de vuelta —asegura.

—Fui un ciego —murmuro.

—Somos humanos, nos movemos por lealtades y no todos somos leales —asevera—. Vamos a encontrarla, tenemos que movernos rápido, nos esperan.

—¿Tienes todo listo? —inquiero—. ¿Avisaste a todos en Italia?

Tengo miedo de que pueda sacarla de Roma y llevársela a otro territorio.

—Está listo, todos lo saben.

—Les deberé la vida —señalo—. No me gusta deber favores.

Hay algo que he aprendido de mis iguales, que cuando vas a cazar en su territorio debes pedir permiso, eso afianza lazos de sociedad, porque amistad nunca le puedes brindar a tus socios, el dinero y el poder son las principales ambiciones, lo que te lleva a traicionar. Esto me pasa por burlarme de los Lombardo, ahora estoy en la misma

posición que ellos, han secuestrado a la mujer que amo y estoy muerto de miedo por perderla. Salimos de la casa, Carlo me intercepta para entregarme un móvil con la aplicación de rastreo.

—Si no están en sitios donde bloqueen la señal, todo será rápido —informa—, estaré esperando por mi castigo.

No respondo, me subo al automóvil junto a su padre que arranca hacia el búnker de guerra que poseo, ahí estaremos a salvo para organizarnos y poder golpear con todo lo que poseo. Por un segundo, me quedo mirando el punto que se mueve. «Ya voy por ti, dolcezza», le hablo en mi mente. Tengo miedo de que después me pida su libertad, le prometí que lo haría, bajo mis condiciones, aunque vuelva a la oscuridad que siempre he conocido.

Estoy cambiándome con ropa de combate, hace años que no iba hacia una guerra, sé que tengo al *Pakhan* en contra, estoy intentando reembolsarle el dinero que pagó por Elisabetta, tal vez eso no sea suficiente, pero no puedo permitir que Manuel consiga lo que ha deseado desde hace diez años, quitarme todo lo que me pertenece.

—Algo bueno tenía Giovanni, es que era el mejor en el contrabando —murmura Mario en voz baja.

—No vuelvas a nombrarlo, después de esto quiero eliminar a todas las personas que tengan que ver con él... —amenazo.

—Marcello, media *famiglia* estuvo en contacto con Giovanni, no puedes matarnos a todos —contesta.

—¡Me importa una mierda!, me ven la cara una vez, no dos, voy a limpiar la organización, porque mi única *famiglia* son Elisabetta, Alba, tú y Carlo...

Mario no me responde, sabe que mi círculo es bastante cerrado por la misma razón, con el paso de los años aprendí que nadie es leal, hasta nosotros mismos podemos traicionarnos. Siempre encontrarás a un Judas que te venderá por unas cuantas monedas de plata, pero lo que no recuerdan estas personas es que todos los traidores terminan de una sola manera, *muertos*.

Terminamos de colocarnos los chalecos antibalas y despliego el mapa de Roma, la última ubicación fue cerca del Coliseo, por lo que intuyo que la tienen en la catacumbas cercanas a él. Irónicamente, estas llamadas de San Calixto son el primer cementerio de la ciudad. Señalo el plano de esta edificación.

—Pueden estar en cualquiera de los niveles, aprovechando que están cerradas temporalmente al público —comento a los hombres—. Hay que entrar y barrer con ellos, quiero que todos usen los silenciadores, no puede haber ni un solo indicio de que estamos ahí.

—¿Qué podemos encontrarnos? —pregunta uno.

—Rusos, Manuel de Saboya está asociado con el *Pakhan*, puede que lo esté apoyando, aunque también puede que lo haya dejado solo, existen esas posibilidades, pero es lo que podemos encontrarnos.

—Pero...

—No hay peros, mi mujer está en peligro, quiero a Manuel de Saboya vivo, si me lo entregan, les daré dinero.

Mario ha contratado el servicio de varios sicarios, no me fio de mis propios hombres,

necesito que Elisabetta esté a salvo y que muera el hombre que la tiene cautiva. Levanto la foto de mi esposa.

—Ella es el objetivo, todos tienen una foto suya en sus móviles —Respiro hondo—. Salimos en diez minutos.

Mario se acerca negando, salió a responder una llamada de Alba. No tengo cabeza para nada, solo para mi esposa, pero sé que su prima es importante, así que mentalmente ruego a Dios que esté recuperándose.

—La chica se debate entre la vida y la muerte —me informa—, lo último que pidió fue que salvaran a Elisabetta.

—Lo haré y ella se salvará —afirmo.

—Carlo está esperando su castigo —murmura.

Niego con mi cabeza, que mi ahijado esté esperando que arremeta contra él, me afirma que nunca me traicionaría. Encontré un ataque bien preparado, mis hombres pudieron con la situación, sin embargo, fallaron en dejar salir a Elisabetta, siempre he odiado ese maldito laberinto, no obstante, a Alba siempre le pareció un buen lugar en donde enterrar a aquellos enemigos que no debía ser encontrados. Al regresar, lo haré arder y me mudaré de ese maldito lugar.

—No voy a castigar a nadie —asevero—, no fue su culpa, tampoco vi que era un traidor.

Escucho que suelta el aire que había contenido mientras esperaba mi respuesta. Termino de tomar mis armas con el pensamiento en mi mujer, han pasado tan solo unas horas, pero no puedo imaginar todo lo que siente, el miedo y el dolor, porque ahora conoce la verdadera naturaleza de su familia.

La doble moral que existe en el mundo es lo que nos llevará a la muerte, he aprendido que a la gente le gusta eso, vivir a escondidas en el lado malo, les da como un morbo, les aumenta la adrenalina, no sé cómo explicarlo, pero en el fondo creo que se sienten invencibles, porque ante la sociedad tienen esa etiqueta de intachables, que no hacen nada moralmente cuestionable, se jactan de decir que son buenas personas. Sin darte cuenta los tienes a tu lado, en el trabajo, en un restaurante, en misa comulgando y mirando por encima del hombro a otros. Los criminales somos lo que somos, lo aceptamos, vivimos entre las sombras porque ahí pertenecemos. No somos invencibles, sabemos que robamos, asesinamos, que somos personas retorcidas, no obstante, no nos vendemos como blancos corderos libres de pecado.

Cuántas monarquías no han manchado sus manos de sangre, cuántos políticos no han asesinado por poder. Solo miren a Kennedy, a su hermano, todos iban a dar un cambio, pero no era conveniente, no es una maldición como corre la leyenda urbana, sin embargo, es mejor creer que nadie puede ser feliz. Los Onassis tienen una dinastía manchada por sangre, puedo seguir, mas no vemos la realidad cuando la tenemos al frente, nos volvemos ciegos. Alzamos el dedo para señalar, olvidando que tres de nuestros propios dedos nos señalan a nosotros.

Elisabetta fue inocente, creyéndose de la doble moral de su familia, ahora paga las consecuencias de las malas decisiones de su padre, de su tío y tristemente de sus abuelos. Haré pagar a todos por cada lágrima que ella derrame, asesinaré a cada persona que esté involucrada.

—¿Estás listo? —averigua Mario.

—Lo estoy —afirmo.

—La traeremos de vuelta —asegura.

Esa ha sido la respuesta que me ha dado a lo largo del día desde que se la llevaron, creo que Mario es el único que adivina qué es lo que está pasando por mi mente. Ese miedo que comienza a paralizarme, no puedo vivir sin Elisabetta, no hay manera de que soporte dejar a la mujer que me robó el corazón cuando apenas tenía diecisiete años.

Tengo que encontrarla, así después tenga que dejarla ir y amarla en la oscuridad, lo haría con tal que esté viva, que pueda observarla en la distancia.

Capítulo 25

ELISABETTA

Me paralizó al abrir los ojos y encontrarme en una jaula como si fuera un perro, alrededor hay varias, aunque vacías, y el olor nauseabundo golpea mis fosas nasales. Esto es un *déjà vu*, todas mis pesadillas que eran recuerdos reprimidos están materializadas. Escucho voces en otro idioma, no veo a mi tío por ningún lado. Intento reconocer en dónde estoy, pero fallo y lo único que veo son criptas a mi alrededor. Parecen catatumbas, lo que quiere decir que si Marcello no lo sabe, será difícil encontrarme.

Me prometió que quemaría Roma por mí, espero que así sea, tengo mucho miedo, escucho las risas de hombres acercándose y mi reacción es pegar mis rodillas a mi pecho, como si de alguna forma no pudieran tomarme de esa manera. Mi tío entra con varios hombres, sostiene una botella de licor y me quedo mirándolo, tengo el corazón roto de tantas maneras, la persona que pensé era mi superhéroe en realidad terminó siendo el villano de mi historia.

—¿La jaula te trae recuerdos, sobrina? —pregunta burlonamente.

Quiero patearlo, no soy la niña de diez años asustada, soy ahora mujer que puede que esté rota por descubrir la verdad, pero que se siente lo suficientemente fuerte para enfrentarlo.

—¿No me vas a responder? —apostilla mi tío—. Seguro piensas que tu maridito va a venir a rescatarte, la última vez tuvo ayuda, ahora está solo y no tiene idea dónde estás.

Silencio, muerdo el interior de mi mejilla para no responderle, no quiero, la verdad quiero insultarlo, pero algo sé, el silencio puede ser desquiciante, puede llevar a las personas a hablar para demostrar sus puntos. Se acerca a la jaula, trato de alejarme cuando intenta cogerme, sin embargo, me hala por el cabello arrastrándome. Siento que va arrancarme la cabellera quedará calva, pega mi rostro a los barrotes, siento su lengua lamer las lágrimas que me negaba a derramar.

—Me excita que llores, significa que tienes miedo, tu madre lloraba cuando me metía en su cama, ¿quieres que te cuente cómo fue que comencé? —comenta usando un tono de voz sardónico.

—Voy a disfrutar cuando Marcello te asesine —digo valientemente.

—Primero voy a romper tu espíritu, así como lo hice con el de tu madre y Olivia —su burla—. Tu mamá tenía diez y yo dieciséis cuando la violé por primera vez —confiesa y me tenso, intento zafarme de su agarre, pero solo provocho que me jale más fuerte.

—Te voy a matar yo misma, ¡eres un maldito! —grito con rabia.

—Tengo que domarte, pero eso lo hace el tiempo, voy a romperte, voy a hacer lo mismo que con ella, tu madre huyó de mí casándose con el maldito de tu padre. —Me lame las lágrimas—. Después llegó Olivia y tenía a una nueva zorrita con la que divertirme.

Se me rompe el corazón, ¿qué clase de enfermo le hace eso a un niño? El único castigo que merecen los pedófilos es la muerte, pero deberían cortarles el pene antes, convertirlos en eunucos, para que no puedan recibir ninguna clase de satisfacción sexual. Me suelta y se aleja, me quedo callada mientras los observo caminar de un lado a otro de manera errática. Está contando sus pasos y lo hace en voz alta, ¿estaba loco?

¿Cómo no me di cuenta?

—Vas a terminar hablando y gritando mi nombre, quiero escucharte, pero no puedo tocarte hasta que el *Pakhan* vea su mercancía, después voy a disfrutarte —habla fuera de sí—. Tiene que llegar ahora, porque... —Se interrumpe a sí mismo—. ¿Tienes algún rastreador?

Me río al ver el miedo reflejado en su mirada, Manuel de Saboya le tiene miedo a Marcello Tocci y al *Pakhan*, este último ni siquiera sé quién es, pero estoy segura de que en su momento lo descubriré, si mi marido no se da prisa para rescatarme. Puedo escuchar el miedo en su voz, me quedo ahí mirándolo mientras se comporta erráticamente, los recuerdos de aquel día que asesinaron a mi madre vienen a mi mente, fui golpeada y tocada en mis partes íntimas, pero nunca me llegaron a hacer nada, sin embargo, recuerdo que repetían que pertenecía a esa persona, había pagado por mí.

—¡Tuviste que hacerme caso! —espeta de repente—. Adriano también quería dinero, sus conexiones nos ayudarían, el compromiso era un espejismo para ti... —Mi tío está fuera de sí—. Se suponía que esa noche anunciaría que pertenecías a Aleksander Avdonin, pero fuiste de puta a darle tu virginidad a Tocci, años aguantando para no tocarte, violando a Olivia para no hacerlo contigo.

Me quedo callada mordiendo mi labio inferior con rabia, Manuel pasa de un lado a otro, se nota que está nervioso. Permanezco observándolo, me habla de vez en cuando de manera incoherente. Se calla de repente pero no deja de mirarme, esto está fuera de control, creo que teme más por mí. Lleva rato así cuando se escuchan el eco de pasos y entra un hombre, puedo ver cómo el maldito de mi tío pierde el color de su rostro, cuando su mirada glacial se fija en mí me estremezco, los observo compartir palabras en voz baja, no deja de mirarme mientras lo detallo, sus fanales están llenos de años de violencia, sus brazos llenos de tatuajes al igual que sus manos y cuello, vestido con una camiseta y un cargo de color negro.

—La chica que se ha escapado de mis manos —comenta en inglés burlonamente con un acento ruso marcado mientras Manuel sale dejándonos solos.

—Supongo que eres el *Pakhan* —señalo—, el hombre que me compró a los diez años.

—Realmente te compró mi padre, pero en mi mundo las deudas se pagan, me perteneces por derecho sucesorio. —Me tenso—. Así que te casaste con *Il Romano* —lo dice con una sonrisa.

Debe tener la misma edad de mi marido, tal vez más joven, no es feo, pero sus ojos no tienen esa luz que tienen los fanales violetas de mi romano.

—No soy un objeto que puedan comprar —asevero—. Los criminales tienen desdibujadas las líneas, creen que las personas pueden venderse y comprarse, que una vida vale dinero, pero no es así.

Suelta una carcajada.

—Casarme contigo será divertido, porque seguro voy a tener días que, después de los negocios, goce en quebrantar tu espíritu.

—La única manera en que me case contigo es que mates a mi marido —reviro.

—Eso es fácil, vienen hacia acá —contesta—. Estaré contento de cortarle el cuello delante de ti.

Me tenso ante la idea a perder a Marcello, no podría soportarlo, no entiendo cómo en tan poco tiempo se metió dentro de mi ser, la única que sé es que lo amo, no me importa si a veces puede ser un idiota. Sonríe al darse cuenta de que me importa la vida de mi

esposo.

—Es impresionante cómo el ser humano pierde el tiempo enamorándose, las transacciones comerciales son más fáciles y ganas dinero, soy Aleksander Avdovin, tu futuro marido.

—No te tengo miedo —afirmo.

Se queda mirándome, saca algo de su bolsillo y son unas llaves. Algo me hace estremecerme cuando se acerca a mí. «Que no se acerque, que no me toque, que no me haga nada; *Dios, si existes, te lo ruego, que no se acerque*», rezo en mi mente para que no se cumpla, pero toma el candado y lo abre, trato de alejarme cuando intenta cogerme, me toma por los tobillos y me jala, pierdo el equilibrio cayendo hacia atrás, me golpeo la cabeza y comienzo a ver luces. Se sube sobre mí, inmovilizándome con el peso de su cuerpo, me estremezco ante el miedo de que pueda hacer algo, cuela su mano por entre mi ropa y me tenso cuando me toca.

—Estás temblando de miedo, Elisabetta —se burla, su mano sube acariciando mi piel y siento asco—. Tienes una piel suave, me encantará llenarla de marcas.

—¡Suéltame! —grito—. Me das asco.

Giro mi rostro cuando el suyo se acerca al mío, su aliento rancio golpea en mi oreja y me tenso.

—A los depredadores como yo nos encanta esto, el juego, mientras más llores y grites que no, más me excitaré. —Restriega su erección en mi abdomen—. La verdad es una lástima que no seas virgen.

Me da un beso y quiero vomitar, se me revuelve la bilis. Se levanta y creo que es el momento para escapar, pero su bota me golpea un costado. Trago el grito que me produce el dolor, otra patada y otra más, las lágrimas salen solas, sin embargo, lloro en silencio, porque no voy a darle la satisfacción de que me oiga llorar. Me hala por el brazo arrastrándome, intento soltarme, mas siento un dolor intenso cuando ejerce su fuerza. Suelta una carcajada, dejándome tirada, me hago un ovillo en el piso, me toco el hombro donde el dolor es más intenso, veo su bota, me golpea con ella el rostro, me estoy asustando a muerte, este no puede ser mi destino, no merezco esto, nadie lo merece, no puedo creer que haya personas que son capaces de vender a otras ¿cuánto puede valer la vida de otro?

—Te portas mal, eso me encanta, te voy a enseñar que no debes hacerlo —se burla.

—Vas a tener que matarme —lo reto.

—Eres mía, querida, no voy a perder dinero.

Siento que me apago como una vela encendida cuando un viento fuerte sopla y la llama desaparece de golpe. «Ven, Marcello, ven por mí», sollozo en mi mente. Mi tío aparece de nuevo, escucho decirle que me cuidará, que sus hombres lo necesitan. Se va dejándome como el hombre que pensé que era mi todo, después de mis padres, mi tío se convirtió en mi padre y amigo. Se tambalea, me arrastro, Aleksander me da un vistazo.

—Si le tocas un solo cabello, eres un príncipe muerto —amenaza con desdén a mi tío.

Busco algo que tomar, mi tío está ebrio, si puedo moverme lo suficientemente rápido, podría escapar. Me arrastro mirando todo alrededor, llego a una de las tumbas, pego mi cuerpo a la roca, comienza a hacer frío, el dolor y este son mala combinación. Manuel me observa con una sonrisa, odio darle el gusto de verme así, es justo lo que deseaba, se siente grande por haberlo conseguido.

Dejo caer mis manos, una de ellas choca con una roca lo suficientemente grande, doy

gracias al cielo que sea del lado que no me duele. Me quedo mirándolo y sonrío.

—Todos se burlan de ti, *el príncipe que no reinará*, el borracho de las fiestas. —Uso lo único que parece importarle—. Podrás tener dinero, pero nunca el trono que tanto sueñas, ni siquiera como criminal, porque tienes al Romano.

Se tambalea hacia a mí, me quedo mirándolo y sé que va arremeter en contra a mí, que estoy dando justo en el clavo, que si lo orillo un poco más voy a conseguir lo que quiero.

—Podrán tomarme, hacer lo que quieran conmigo, pero nunca reinarás, todos se burlan de ti, eres un idiota, me das lástima, puede que le hicieras daño a mi madre y a tu hija, ahora me lo haces a mí, mas no eres nada, eres un idiota que ha esperado toda su vida por AL.GO. QUE. NO. VA. A. SU.CE.DER —recalco la última frase.

Se echa sobre mí, intenta movilizarme, escucho la botella romperse cuando choca contra el piso, lucho mientras busco lo que necesito, encuentro la piedra mientras gruñe que soy una puta, que no valgo nada, la levanto cuando siento sus dientes morder mi cuello, grito de dolor y en respuesta lo golpeo con ella en la cabeza, se cae de lado, lo repito tantas veces como puedo, hasta que no puede moverse y que noto que mi mano está llena de sangre, frenética observo mi ropa y me doy cuenta de que estoy salpicada, siento nauseas. Me lo quito de encima desesperada ya que su contacto me quema. No puedo creerlo, sus ojos sin vida me observan y me quedo aturdida por unos segundos. Acabo de matar a alguien.

—Por mi mamá y por Olivia —sollozo bajito con miedo a que me oigan.

Impulsada por la adrenalina, lo registro y encuentro un arma, no tengo idea cómo se usan, pero a momentos desesperados, medidas desesperadas. El terror de que ese hombre se adueñe de mí, no me paraliza, me impulsa a buscar mi libertad, ya no soy la niña que secuestraron en el pasado, ahora soy una mujer que quiere luchar por su libertad.

Capítulo 26

MARCELLO

En este momento veo rojo cuando estacionamos lejos para no llamar la atención, si Manuel de Saboya o Aleksander Avdovin, creen que voy a dejarlo pasar, que Elisabetta no significa nada para mí, que no voy a luchar por ella, están equivocados, son ellos quienes han invadido mi territorio. Sé que ejecutarlos será muy placentero, matar es algo que me divierte, me complace jugar con mis víctimas mientras ruegan, a veces pueden pasar días hasta que me doy el verdadero festín de sangre.

—No quiero a nadie vivo, solo a Manuel de Saboya y al *Pakhan* —ordeno, veo por el rabillo del ojo que se acerca uno de los sicarios

—Deberías triplicar el precio de ellos —sugiere—, hace que la competencia y la avaricia sea mayor, puede que te ayude con el ruso, tiene una deuda pendiente conmigo.

—Si me lo traes vivo, te pagaré el cuádruple —acepto—, si ella está con él, no puedes permitir que le suceda nada.

—Hecho...

Mario me observa negando, sabe que estoy actuando con el terror de perder a mi mujer, que no quiero que le suceda nada. Hacemos varias formaciones, mi mano derecha y yo entramos de primero, nos introducimos en la oscuridad de la noche, tan solo tiene pocas horas lejos de mí y espero que sea valiente. Siempre vi a Elisabetta como un rosa frágil, la dueña de aquellos ojos verdes que me golpearon al mirarme con vulnerabilidad cuando la rescaté a primera vez. «Voy por ti, dolcezza, soporta un poco más», repito en mi mente, preocupado por lo que voy a encontrarme.

Cuando entramos al terreno de las catatumbas, Mario da la orden de que corten la luz a este sector y nos quedamos en penumbras, ajustamos los lentes de visión nocturna. Conseguimos a tres hombres, disparo al primero que cae, el otro se gira conmocionado, Mario dispara a otro y cuando vuelve su mirada al frente apuntando a la oscuridad, disparo justo en su frente con ayuda del láser. Cae, le hago señas a mi compañero para que siga, entramos, se escuchan las voces ahogadas y las palabras en ruso, disparo el primer movimiento, justo en blanco, todo en sincronía, dejo a los demás un poco de diversión. Bajo hacia el siguiente nivel y escucho...

—¡Auxilio! ¡Ayuda! —grita Elisabetta—. Te voy a matar, maldito, te voy a matar.

La rabia me carcome al escuchar a mi esposa, bajo sin pensar en lo que puedo encontrarme. Las luces se encienden cuando llego al tercer nivel y me paralizó. Aleksander la tiene entre sus brazos mientras la apunta con una pistola en la sien. Elisabetta está golpeada, llena de sangre y al verme niega llena de miedo.

—Te estaba esperando, Romano —se burla el imbécil—. Mi futura esposa es una fierecilla, la primera lección que le daré es que nadie toca lo que es mío.

—Te daré dos opciones —digo escuchando el llanto de Elisabetta que me escuece el corazón—. Te cuadriplico el dinero que pagó tu padre por ella o sales muerto, ya mis hombres tienen a los tuyos inmovilizados.

Escucho por la radio que han neutralizado el lugar, aquí nos apuntan varios, pero mis sicarios también lo hacen. Lo que menos deseo es que mi mujer quede en medio de un fuego cruzado, daría la vida por ella. No dejo de apuntar a Aleksander, mirando hacia

dónde puedo disparar, pero me paraliza el miedo.

—Si lo mato, quiero medio millón más —pronuncia una voz divertida, me doy cuenta de que es la de Carlo.

No dejo de mirar al maldito que tiene a mi mujer entre sus brazos, pero me preocupo por Carlo que es un hijo para mí, y el cual no debería estar aquí. Elisabetta solloza, sin embargo, no dice nada, está a la espera de cualquier reacción.

—Si me disparan será mi escudo, morirá conmigo —me amenaza Aleksander.

—¿Qué quieres por ella? —inquiero—. Te pagaré lo que quieras.

—¿Me darás Roma? —se burla sabiendo que no daría nunca mi ciudad, pero por amor, por esa chica que me observa como si fuera su salvación... le entregaría todo.

—Marcello —solloza.

—Podría... —lo tiento—, pero primero la dejas ir.

Suelta una carcajada.

—¿Qué tienen los italianos que pierden la cabeza por sus mujeres? —pregunta.

No tengo idea, solo sé que mi corazón le pertenece a esa mujer desde hace diez años, cuando la tomé en mis brazos y sus fanales me miraron como si fuera un héroe.

—Lo tengo en la mira —informa Carlo.

—Déjala ir, resolvamos esto como dos personas inteligentes. Te daré dinero, armas, hasta oro.

—La quiero a ella, sabía que era hermosa, pero que matara a su tío, me ha enamorado —declara.

Me tensó, veo por el rabillo del ojo el movimiento, tengo que distraerlo mientras esté en el punto de mira, puede asesinarlo.

—No uses el láser —instruye Mario alejado de donde estoy—. Tienes un solo tiro, hijo, es mejor que lo aproveches.

—Tendrás que matarme, si la quieres —reto y cae finalmente en mi trampa, la separa de su cuerpo empujándola a un lado.

—¡Ahora! —ordena Mario.

Todo sucede en fracciones de segundos, Aleksander Avdonin vuelve a intentar coger a Elisabetta de escudo y Carlo dispara, la bala entra en su cabeza volando sus sesos, mi mujer grita de susto y corro hacia ella para convertirme en su escudo, caemos en el suelo y se queja de dolor, mientras los disparos comienzan. Acerco mis labios a su oído y le susurro:

—Estaremos pronto de nuevo en Sicilia, te encantará esta vez, te llevaré por todas las islas, caminaremos por la playa como tanto te gusta, te haré feliz, Elisabetta; mi vida no tenía propósito, tú me lo diste cuando te rescaté la primera vez. —Su llanto se convierte en hipidos, mientras poco a poco todo se calma—. *Ti amo, dolcezza*.

—Todos están muertos —anuncia Mario por la radio.

Me siento en el piso trayéndola conmigo, la reviso intentando adivinar de dónde es la sangre. Su mirada está perdida, tengo miedo de que esto la afecte emocionalmente.

—Te voy a llevar al hospital, *dolcezza*, tenemos que irnos —le digo mientras me levanto con ella en brazos.

—Marcello —musita y se desmaya mientras la sostengo.

Sin esperar a nadie salgo de ahí para llevarla, escucho a Carlo y Mario dar la orden de que un todoterreno me espere afuera. Puede que venga una guerra, acabamos de asesinar al *Pakhan*, lo que quiere decir que el sucesor puede venir por mí o tomarlo

como una manera de ascender de manera fácil. El frío de la noche me golpea cuando salgo, uno de mis hombres me espera y abre la puerta del vehículo cuando me acerco.

En el trayecto reviso a mi mujer, tiene morados en sus costados, cierro los ojos lleno de rabia, tengo que repetirme que está muerto, que nada va a pasarle, que está a salvo.

«Tienes que dejarla ir», susurra una voz en mi mente. Acerco mis labios a su frente para dejar un beso en ella, no puedo, no puedo dejarla ir cuando es mi vida entera, ya nada tendrá sentido sin ella.

Elisabetta está sedada mientras su prima está luchando por su vida. Carlo demostró su lealtad, pero no se me pasa el hecho de que desobedeció mis órdenes, poniendo en peligro toda la operación. Alba pasa de la habitación de Olivia a la de mi esposa, han transcurrido cuarenta y ocho horas, donde la ansiedad me mata, porque necesito perderme en la mirada turmalina de mi dulce mujer.

El miedo paraliza, te quita el aire, se mete en tu cabeza presentándote escenarios catastróficos, que lo único que provocan es la irracionalidad. Me veo solo, viejo y abandonado, ya ni siquiera tengo un sucesor, por amar a esta mujer perdí a Massimo, todavía no puedo creerlo, podría culparla, pero resulta que los culpables ni siquiera caminan en este mundo.

Desde que llegué no me he levantado de la silla, la misma que tomé luego de que amenacé al médico tratante, para que hiciera caso omiso a los hombres que cuidan las puertas de las habitaciones de mi familia. Me quedo mirando a Elisabetta, se ve más pequeña, más joven, su piel olivácea está pálida en los lugares donde no hay hematomas. Si tuviera el poder de revivir a los muertos, reviviría a los malditos que la golpearon, solo para divertirme con ellos. Inseguro tomo su mano, llevo su palma hasta mi rostro para sentir su calor, cierro los ojos por un segundo.

—Te necesito, *dolcezza*, por favor despierta, te amo, no puedo vivir sin ti, no puedo dejarte ir...

Están a punto de cumplirse las setenta y dos horas, Alba mira a Elisabetta, me he cambiado porque ha amenazado con bañarme ella misma, como cuando era un niño. La puerta se abre y entra una enferma con los medicamentos que le están pasando vía intravenosa.

—El doctor va a ir levantando el sedante —informa—. Ya no hay peligro de hemorragia o que la costilla perfore el pulmón.

No respondo, decido tomar la mano libre de mi esposa, mientras la observo cambiar las bolsas e irse. Alba se queda mirándome, sé que está por decirme algo que puede que no me guste.

—Nunca la debiste traer a nuestro mundo —suelta finalmente.

Niego con mi cabeza.

—Tenía que hacerlo, mira todo lo que descubrimos, Manuel de Saboya iba a venderla.

—Cada vez que intenten atacarte, vendrán por ella... —musita mirando a mi mujer—. Amar nos hace débiles, cuando ves tantas muertes como yo, llega un momento en que la venganza no te satisface, porque de igual manera nada te devolverá aquello o la persona

que perdiste.

—Alba, mírame —le pido.

Puedo ver el peso de la vida sobre sus hombros, el dolor de la pérdida. Me arrepiento de muchas cosas, una de ellas es no haber sido el padre que necesitaba Massimo, puede que no fuera mi sangre, pero era mío.

—Me duele tanto como a ti, sé que perder a Massimo...

—No puedo perderla a ella o a ti, necesito morirme primero, quiero una vejez normal, Massimo —me interrumpe mientras se quita la coraza—. Tengo setenta años, te crie, también a tu hijo, todavía te tengo, pero... —Se le rompe la voz.

Me levanto dejando con cuidado la mano de mi esposa en su cama, doy la vuelta y abrazo a Alba, llora entre mis brazos sacando todo lo que lleva dentro. Nunca la he visto llorar tantas veces, toda esta situación la ha llevado al límite, cuando me salvó, habían pasado dos años de la muerte de su hijo y ella estaba planeando su venganza, su corazón se había convertido en una roca, Massimo casi lo desquebraja, mas fue Elisabetta la que rompió ese escudo.

—No vas a perderla, no vas a perderme —aseguro—, perdóname por fallarte, por no cuidar a Massimo.

Niega.

—Se hubiera negado a venir a un hospital, no había nada que hacer —afirma alejándose de mí, me toma por el rostro—. Cuidaré de ustedes hasta que dé mi último aliento, lo prometo.

Me suelta y se va dejándome con Elisabetta, mis nervios están llevándome a dudar, necesito que ella despierte.

—No me dejes, *dolcezza* —le ruego—, no me dejes cuando despiertes, no voy a poder vivir sin ti.

Vuelvo a tomar mi lugar, sintiendo ese miedo irracional que suelen ser solo suposiciones, hace diez años la llevé sin saberlo a las personas que le harían daño, ahora no sé qué haré, porque si cuando despierte me pide que le deje ir, me daría terror, no puedo, no quiero hacerlo.

—No puedo vivir sin ti, *dolcezza*... —repito.

Tomo su mano y la pego en mi rostro, me quedo ahí mirándola. Sintiéndome débil, nunca imaginé que una mujer pudiera hacerme bajar las barreras y finalmente recordarme que solo soy un hombre, que necesitaba encontrar a la mujer que será su igual.

—Estoy orgulloso, sé que no hemos hablado, sin embargo, si es verdad que mataste a Manuel, estoy orgulloso de ti, no iba dejarte allí, te prometí quemar Roma, todavía pienso hacerlo, pero no dejaré que vuelvan a llevarte.

Yo mismo he envejecido los últimos días, quedó para mí que no puedo subestimar a nadie, porque la avaricia no tiene límites, el mejor ejemplo de ellos es Manuel, en su hambre de reinar, se llevó a todos por delante, incluyendo a su familia.

Capítulo 27

ELISABETTA

Siento un peso en mi mano, intento moverme, pero me duele absolutamente todo y tengo la garganta seca.

—Agua... —pido y siento que la única palabra que pronuncio raspa mi garganta.

—*Dolcezza*... —susurra Marcello. Abro los ojos, pero la luz me ciega, tengo que parpadear varias veces para poder enfocarlos. Me acerca un vaso con una pajilla—. Con calma, *amore mio*, con calma —señala cuando doy varios sorbos desesperada por la sed.

Asiento, doy unos cuantos más y la alejo, me quedo mirándolo en silencio, empapándome de él, luce cansado, lleva un polo negro y unos vaqueros, así deberían envejecer todos los hombres.

—¿Olivia? —pregunto.

Cuando Manuel, ya no puedo llamarlo tío, me llevó con él, solo pude ver que la hirieron. Mi esposo se acerca de nuevo, su mano acaricia mi rostro y cierro los ojos. Cuando siento el calor de la palma de su mano, inhalo profundamente y contengo el aire en mis pulmones, tengo miedo a su respuesta.

—Está estable, esperando a que despertaras para verte —contesta.

Suelto el aire y vuelvo a abrir los ojos, sus fanales violetas me observan llenos de preocupación, intento mover el brazo izquierdo, pero lo tengo inmovilizado, de ahí salen los cables de las intravenosas.

—¿Qué pasó? —indago, asustada.

—Colapsaste, tu cuerpo se rindió cuando ya te tenía en mis brazos —contesta con voz rota—. Te revisé pensando que estabas herida, aunque el maldito que te golpeó casi te causa una hemorragia.

—Fue el ruso —contesto—. Lo enfrenté, no iba a permitir que me llevara, sabía que irías por mí.

—Te buscaré hasta el fin del mundo si es necesario, *dolcezza*...

Se me cierran los ojos, me siento cansada, aunque no tengo dolor y me imagino que es por los analgésicos.

—Lo sé —susurro—, tengo sueño.

Lo veo tomar asiento, se queda mirándome y quiero decirle que lo amo, pero siento como si tuviera unos yunques en mis párpados, se me cierran solos.

—Voy a cuidar de tus sueños, *dolcezza*, *ti amo*...

Esas dos palabras me hacen sonreír o eso creo, mientras me sumerjo en el mundo de los sueños, donde Marcello es un hombre normal y yo soy una chica que se ha cruzado en su camino, que ha terminado enamorada y se casa con él.

—¿Pero no despierta?

Escucho la voz de Olivia, lucho de nuevo por abrir los ojos, tengo tanto sueño, es como si mi cuerpo estuviera pidiendo descansar, pero necesito cerciorarme de que mi prima está bien.

—Despertó por unos minutos —contesta mi esposo—. Son los medicamentos, las dosis son altas.

—Prima, estoy aquí... —susurra Olivia.

Parpadeo varias veces hasta que los veo, mi amado romano está detrás de mi prima mientras me observa con ojos de amor.

—Livie... —musito.

—Lilibet —solloza.

Mi prima se echa a llorar sobre mi vientre, respiro hondo y muevo mi brazo libre intentando acariciarla. Cuando observo bien, ella está en una silla de ruedas, barro la habitación con mi mirada y encuentro a Carlo observándonos, sé que estos dos terminarán juntos, si alguien merece ser feliz en este mundo es Olivia.

—No llores, nada es tu culpa —pido acariciando su cabellera rubia—, lo maté —confieso y ella levanta su rostro para mirarme—. Lo maté por ti y por mi madre.

—Lilibet, ¿a quién mataste? —inquieta Olivia con voz rota.

—A Manuel —contesto y busco la mirada de mi esposo, sus fanales violetas me observan llenos de admiración—. Ya no hay nadie a quien le puedas temer, les quitaremos todo, quemaremos el legado de los Saboya, ya no hay reinado, ya no hay dolor, tienes que ser feliz.

—Gracias... —musita mi prima.

—Agua... —pido.

—Es hora de descansar, *tesoro mio* —le dice Carlo tomando su posición detrás de la silla mientras Marcello busca el agua.

—No quiero irme —revira Olivia.

—Ve a descansar, pronto hablaremos de todo —la tranquilizo.

Acepta un poco renuente, cuando estamos a solas mi esposo me da de beber. Cuando no quiero más se aleja, necesito tanto su contacto, necesito su calor, que me demuestre que todo esto es para siempre.

—¿Puedes abrazarme? —pregunto llena de miedo.

Marcello se gira y dibuja la sonrisa más hermosa del mundo, nunca imaginé que iba a enamorarme de un hombre como él, la verdad siempre pensé que no estaba destinada al amor. Se acerca y con suma delicadeza me mueve para tomar un espacio, me envuelve en sus brazos y cierro los ojos suspirando, *mi hogar*, ¿quién lo iba a decir? Solo tiene que poner sus brazos alrededor de mí, para sentir que pertenezco ahí. Percibo el calor de su aliento en mi oreja, deja un beso casto que me eriza la piel.

—Te amo, Elisabetta, si quieres irte, contra de todo lo que siento, te dejaré ir —habla con la voz llena de vulnerabilidad, abro los ojos e inhalo su olor—. Te vi como una flor frágil y me diste una lección, luchaste por ti.

—No luché por mí —confieso—, solo pensaba en tu promesa, que me buscarías, tenía miedo de que no me encontraras.

—Tengo algo que confesarte —dice apenado.

Alzo la mirada y me quedo mirándolo, frunce el ceño con preocupación.

—Dime...

—Cuando eras niña, cuando te rescaté la primera vez, te puse un rastreador en el tobillo, algo que no ibas a darte cuenta, era mi manera de protegerte. —Niega cerrando los ojos—. Cuando te encontré y me miraste hace seis días, lo hiciste de la misma manera que aquella niña de diez años, te fallé, *dolcezza*, no sabía que era él, supo

engañarme.

—No te culpes de algo que no estaba en tus manos, creo que supo engañarnos a todos, el muy maldito era un loco, el poder ciega, Marcello, no permitas que te haga lo mismo.

—Acaricio su rostro, sus fanales violetas me observan con preocupación—. El violeta es mi color favorito, me enamoré de tus ojos y de ti cuando te vi por primera vez.

Deja un beso en mi frente, necesito sentir sus labios en los míos, cree que voy a irme, es como si estuviera despidiéndose de mí.

—Bésame, *il mio amato marito*...

—*Dolcezza*...

Sus labios se adueñan de los míos transmitiendo su alivio y todo el amor, ya no tengo miedo del hombre con el cual me casé, la verdad es que solo quiero amarlo y cuidarlo, estar el resto de nuestras vidas juntos. Rompe el contacto dándome besos por el rostro, suelto una risita.

—Quiero ir a casa, Marcello, sácame de aquí —le pido.

—Iremos a casa, *dolcezza*, iremos a casa.

Cuando salgo con Alba al balcón del jardín trasero, lo primero que veo es que el laberinto ha sido calcinado, niego con la cabeza ya que imagino que fue Marcello, espero que nadie saliera herido, todavía huele un poco a humo y hay hombres trabajando en él.

—¿Qué pasó? —pregunto.

—Marcello ordenó quemarlo, Giovanni escondió ahí a quienes te llevaron. —Niego al obtener su respuesta—. Quiere vender esta casa y comprar una donde iniciar una vida contigo.

No voy a permitir que venda este lugar, claro está que cambiaría algunas cosas, pero eso ya tendría que hablarlo con mi marido.

—No, por favor...

Me ayuda a sentarme en la tumbona, necesito recibir un poco de sol, ya llevo dos días en casa. Si es por mi esposo no me levanto de la cama, estoy aprovechando que tuvo que salir a atender unos negocios para descansar. Estos días me ha atendido, me ha bañado, me ha dado de comer, es la persona más tierna que conozco en todos los sentidos.

—¿No qué, *Piccola*? —pregunta.

—No quiero que vendan la casa, entiendo que tenga miedo, pero podemos construir buenos recuerdos juntos.

Alba sonríe mientras se sienta frente a mí, Marcello tiene la mejor madre que alguien desearía.

—¿Te gustan los niños? —averigua.

Sonríó, me imagino que a su edad sueña con tener un nieto, así que la entiendo completamente.

—Espero que seas la mejor abuela para mis hijos —comento en vez de responderle.

Se queda mirándome, le ofrezco mi mano y se acerca para tomarla. La vida me ha enseñado que nada hay que darlo por hecho, que a veces vivimos realidades que no son las verdaderas. Mi vida entera cambió el día que asesinaron a mi madre, así que ahora voy a formar mi propia familia, junto a las personas que quiero y como lo deseo.

—Gracias por quererme, *picola* —dice con emoción—, prometo que seré la mejor abuela para ellos y una madre para ti...

—La que tiene que darte las gracias soy yo, porque acogiste a Marcello, lo protegiste y ahora está conmigo, gracias por cuidar de Olivia y, por supuesto, de mí.

Se le llenan los ojos de lágrimas y se acerca para abrazarme, cuando nos calmamos, me señala hacia el laberinto y me propone un jardín lleno de flores que nos alegrarán en primavera, me sugiere un jardín de juegos infantiles y se imagina a una niña corriendo ahí. Por un momento, me imagino lo mismo, puede que sea algo que no sea a futuro, todavía tengo que negociar con Marcello el terminar mi carrera y quiero hacerlo en Oxford, así que tendremos que llegar a un acuerdo para que pueda hacerlo.

Tal vez mi vida no dio un giro de ciento ochenta grados, la verdad es que fue de trescientos sesenta devolviéndome al mismo punto de partida, tengo que acostumbrarme a esta nueva vida junto al hombre que amo, que por ahora no quiero saber de mis abuelos y mucho menos hablar con ellos, que tengo la oportunidad de iniciar de nuevo en la ciudad que me vio nacer y donde quiero morir.

Tengo la certeza de que Marcello me hará sentir que el invierno es primavera, que me hará olvidar las tristezas, que me besará la frente cada vez que pelee con él o no me entienda. Algo me dice que me observa y me habla mientras duermo, mientras que yo solo deseo que esté a mi lado toda mi vida, despertar y tomar un café juntos. Ahora entiendo que el amor no tiene explicación, nos empeñamos tanto en buscarle un significado, un concepto, que nos olvidamos de sentir, de vivir los momentos, nos preocupamos en el futuro, en cuándo nos pueden dejar de querer, cuando en realidad hay personas que están destinadas en estar para siempre a tu lado y otras no.

Los amores no son como en los libros, a veces todo es tan perfecto, tan irreal, hasta los problemas se resuelven tan rápido, que se casaron y comieron perdices. Tengo veinte años y sé que la vida real no es así, no sé si en el futuro querré matar a Marcello, si todo será fácil.

—Marcello te ama y tiene miedo de que lo dejes, no me ha dicho nada, pero lo sé —comenta Alba interrumpiendo mi silencio.

—Lo amo y no pienso dejarlo —afirmo—, no me iré, a menos que él decida dejarme.

—Nunca te dejaré. —Me giro para encontrarlo mirándonos—. Pensé que dejé en claro...

—Necesita tomar sol, Marcello, no vas a ordenarme a mí y menos enseñarme cómo debo cuidar de mi gente —lo interrumpe Alba y se va diciendo el refrán: *cría cuervos y te sacarán los ojos*.

No puedo evitar sonreír, me muevo, le señalo el sitio que he dejado para él. Se sienta a mi lado y en un acto casi automático lleva un mechón de mi cabello detrás de mi oreja. Con su dedo índice acaricia mi rostro.

—No debes tratarla así o nuestros hijos no tendrán abuela... —increpo con una sonrisa.

—¿Te quedarás? —pregunta, lleno de miedo.

—Me quedaré, la única manera de que salga de tu vida es que ya no me ames.

—Eso nunca va a suceder, *dolcezza*...

Se acerca y me da un beso sin contenerse, gimo e intento seguirle ritmo, se separa y niega pegando su cabeza con la mía.

—No sé qué pueda depararnos el futuro, pero te haré la mujer más feliz del mundo, Elisabetta, porque estabas destinada a ser mía.

—Te dije que nos íbamos a casar cuando fuera grande —me burlo—. Gracias por esperarme.

Y sí, solo bastó vivir una situación similar para que los recuerdos que bloqueé

volvieron. Cuando lo vi con diez años, supe que sería mi esposo y que no podría vivir sin él, lo nuestro es para siempre, siempre lo será.

Capítulo 28

MARCELLO

Seis meses después...

Abro la puerta del piso en Londres y me quedo mirando a Elisabetta dormida sobre el sofá, nos mudamos hace un mes, paso de lunes a viernes con ella en esta maldita ciudad y vuelvo, hasta ahora hay una calma inesperada en Roma.

Luego de muchas negociaciones y acuerdos de negocios, el nuevo *Pakhan* aceptó que no valía la pena buscar venganza, cuando la muerte de Aleksander Advoni le dio el boleto directo a ese puesto. Además de que el acuerdo de darle armas que llevarán para Hungría, les dará millones de *bitcoins*.

Mi esposa tiene libros esparcidos por todas partes, a veces tengo reuniones aquí con clanes de la mafia irlandesa, hoy cerré un trato que va generar dividendos por cinco años. Apago la música de su móvil, suena una chica cantando que el hombre es hombre malo, sonrío porque sé que es por mí. Me acerco hasta donde está acostada, cual princesa de cuentos de hadas, duerme apaciblemente y con una sonrisa. Su cabello está esparcido alrededor, se lo está dejando crecer —me aseguró que era su manera de sanar—. Me acucillo y mi mano pica por acariciarla, por venerarla como se merece. «Déjala descansar, mañana tiene clases», pienso, sin embargo, me acerco para cargarla y llevarla a nuestra cama. Se remueve y me llama.

—Marcello...

Bajo mis labios para besarla, aún puedo recordar la discusión que tuvimos para venir aquí, terminé follándola con fuerza contra la cama. Gime y todo en mí se despierta, mi polla parece tener vida propia cuando se trata de ella, pues me endurezco en segundos. No me cansaré de poseerla. Rompo el contacto y ella se queda mirándome.

—Te voy a follar la boca —le advierto.

—Hazlo —pide con voz ronca.

Me saco la camisa y me desabrocho el cinturón, para luego abrirme con premura el pantalón, me saco la polla y se la muestro, se relame los labios mientras se acerca para tomarla en sus manos. Gimo cuando la introduce en su boca y chupa el glande como si fuera una piruleta, cuando está satisfecha introduce un poco más y sus labios succionan mi falo hasta llegar casi a mi pelvis.

Sostengo su cabello en mi puño y la obligo a quedarse ahí unos segundos, me deleito al ver las lágrimas de pasión que se derraman por las comisuras de sus ojos. La saco de golpe y ella jadea buscando el aire.

—¡Joder! —susurra ahogada—. ¡Te deseo!

—Eres mía, solo mía. —Acaricio sus labios con mi pulgar y me quedo hipnotizado con su belleza, Elisabetta se transforma en el momento de la pasión—. ¡Chúpame! —Termino de quitarme la ropa y me acerco masturbándome, se relame y puedo ver su deseo, la cojo con fuerza del cabello para alzar su rostro, gime de placer, la vida con mi mujer es maravillosa, son estos momentos los que necesito para sentirme vivo. En sus ojos verdes puedo ver que desea esto como yo.

—¡Abre la boca! —ordeno—. Hoy te voy a follar tantas veces que no podrás sentarte en

una semana, hoy te voy a poseer, mete tus dedos en tu coño y muéstrame que está húmedo por mí.

Se abre el vaquero y mete su mano, gime cuando lo hace.

—No te toques, quiero ver si estás mojada. —Saca su mano y puedo ver el brillo de su humedad—. A ver...

Tomo su mano y lamo su esencia, jadea cuando succiono sus dedos.

—¡Dios, te necesito! —gime.

No me demoro más, meto mi polla en su boca provocándole una arcada, sujetándola del cabello comienzo a marcar el ritmo, se recompone y me chupa, veo que su mano se cuele por sus bragas mientras la otra ayuda a sus labios. Cierra los ojos y empujo profundo, se ahoga y los abre llenos de lágrimas, de su garganta se escapan sonidos de placer, disfruta de que la folle fuerte y también de los momentos lentos, somos fuego que arde arrasando con todo.

—Mírame, *dolcezza*, mírame! —exclamo cuando vuelve a cerrar sus párpados. Salgo de su boca y ella respira, disfruto al ver lo excitada que está—. Abre la boca —le pido acariciando sus labios con mi capullo, lo hace y lo introduzco de nuevo. Jalo su cabello deteniéndola cuando piensa bajar—. Voy a eyacular en tu boca y luego a hacerte el amor lento.

Me folla con su boca, jadeo de placer, su lengua acaricia mi glándula, contraigo mi abdomen cuando el orgasmo va *in crescendo*, sin darle tiempo a reaccionar la tomo por el cabello con las dos manos y le follo la boca con fuerza, escucho que gime de placer mientras entro y salgo de su cavidad, sus labios acarician mi falo mientras sus dientes lo rasguñan; dolor y placer, sus manos aprietan mis testículos y es todo lo que necesito, mi mente se nubla, esa necesidad primitiva de llegar al orgasmo me azota con un corrientazo en mi columna vertebral. Doy una estocada final y me derramo en su boca, se toma todo lo que le doy, sin chistar, al terminar salgo y le ordeno:

—Muéstrame tu lengua.

Hace lo que pido, saca su lengua y me pongo duro de nuevo. La tomo por los hombros y la cargo en mis brazos para llevarla a nuestra habitación. La subo en la cama y le quito la ropa, la beso con calma mientras lo hago, cuando está completamente desnuda la observo y no puedo creer que sea *mía*; por días luché contra el miedo de perderla, se quedó, cada noche espanto sus temores haciéndole el amor o follándola como si fuera la última vez.

Subo a la cama y abre las piernas, no sé qué he hecho para merecerla, pero soy un bastardo con suerte. La penetro lentamente hasta sentir que sus paredes se contraen alrededor.

—Joder, Elisabetta, estoy excitado y perdido por ti —musito.

—Lento —me pide...

Y como quiero durar toda la noche sintiéndola, la complazco, entro y salgo de ella casi de manera agónica, nuestras bocas se besan mientras que nuestras manos acarician nuestra piel. Siempre he vivido al límite, sin embargo, con mi esposa he aprendido que puedo detener el tiempo, que nada más existe cuando estamos así. Hace unos minutos necesitaba follarla, pero ahora necesito venerarla.

Se corre estremeciéndose entre mis brazos y la sigo, ya quiero que pase el año que le prometí para llenarla de niños. Caigo a su lado y la busco para que se acurruque como le gusta. Enrolla su pierna alrededor de mí y descansa su cabeza en el hueco de mi cuello.

Este momento postcoital es lo que nunca pensé disfrutar, normalmente salía huyendo de todas en ese momento.

—Te amo, Marcello...

Y no me cansaré de escucharlo, esta es la razón de mi existencia.

—Te amo, Elisabetta. —Suspira, le doy un beso en su cabello y se remueve—. ¿Te pasa algo? —pregunto.

Respira hondo, sé que ha pasado un tiempo, pero todo lo que sucedió y hemos ido descubriendo, la ha ido alejando de su familia.

—Mi abuelo fue a verme... —Me tenso—. La abuela está muriendo y quiere vernos a Livie y a mí. —Cierro los ojos—. ¿Es egoísta no querer ir?

Su pregunta me toma por sorpresa, cuando los enfrentó no pudo creer que nunca detuvieron a su hijo, sabían que violaba a Ginevra y también a Olivia, también todos los juegos sucios que Manuel tenía, toda la red de engaños que he ido destruyendo por cuidar de mi esposa.

—No, no lo es —contesto.

—A veces creo que no tengo corazón —musita.

La alejo y tomo su rostro entre mis manos, las cicatrices que no se ven son las que más tardan en sanar, son las que se abren y nos duelen el día menos pensado.

—No eres nada de eso, el monstruo soy yo, pero así me amas, tienes el corazón más noble que conozco, no importa que seas egoísta. Si quieres ir, sabes que solo tiene que decirlo e iremos.

Suspira cansada.

—Pudieron detenerlo, pero no lo hicieron —responde con voz rota.

—Lo sé..., no es momento de que pienses en ellos, cuéntame de tu día.

Mi dulce esposa sonríe y me cuenta sobre sus clases, está adelantando el semestre que perdió para ponerse al día y graduarse. Al principio, estuve en contra, dejar tanto tiempo sola la ciudad puede ser motivo de un golpe, pero viajamos los viernes en la noche y volvemos los lunes en la madrugada. A veces bromeamos, que tan solo son dos horas y media, que es como tomar el auto y viajar por tierra.

Entendí que la vida no es fácil y que estar a su lado es un aprendizaje, que soy mejor hombre por ella, que cambió mi vida. No me arrepentiré nunca de haber ido a aquella fiesta, tal vez fue el inicio de su tragedia, pero al mismo tiempo fue el inicio de nuestro camino.

Cada vez que me cuenta sobre las novelas que lee, me embebo en sus palabras, en la manera en la que me explica cómo esos personajes se aman tanto que no importan los embates del destino, nada puede separarlos. Mi dulzura puede convertirse en una tigresa, cuando quiere exponer su punto. Todo cambió, ahora entiendo que a veces llegan personas que no sabemos que necesitamos hasta que están con nosotros. Todo en casa es diferente por ella, a pesar de las pérdidas, Alba es feliz, de vez en cuando nos lanza indirectas, aunque seguimos discutiendo para que deje de comportarse como el ama de llaves. Intento ser mejor, tanto mi mujer como ella saben que estoy eternamente agradecido con ella, que la amo como una madre, aunque a veces no sé cómo demostrarlo. Elisabetta trajo luz a nuestro mundo lleno de sombras, odio y dolor, es lo que necesitábamos los dos.

Su prima y mi ahijado Carlo han comenzado una relación. Todo parece encaminado, sin embargo, a la par que todo cambia, hay algo que sigue siendo constante, soy el rey de

Roma, pero el que regenta el bajo mundo, donde la decadencia e inmoralidad son los principales valores, no soy un príncipe azul, soy un criminal que disfruta de vez en cuando de mancharse las manos de sangre y regresar a casa para dormir con la mujer que ama.

Epílogo

ELISABETTA

Seis años después

La vida es un ir y venir de situaciones, sobre todo cuando tu esposo es un capo de la mafia italiana. Después de años, es que puede identificar que no es una organización al estilo del *El Padrino*, pero la gente en Roma le teme al nombre y al mismo tiempo lo respeta, es como una leyenda que con el paso del tiempo solo crece.

Marcello me ha mostrado sus dos facetas, el jefe que no perdona y el hombre que ama a su familia más que a nadie o nada. Hace dos años nos enfrentamos a una guerra, consecuencia de las locuras de mi tío, la mafia rusa nos atacó en plena ciudad, lo que provocó la ira de mi esposo al punto de acabar con ellos, fueron meses de angustia, cada vez que mi hombre regresaba con el ceño fruncido y el peso del mundo sobre sus hombros, hacía que olvidara que es *Il Romano*, en nuestra casa solo es: mi marido, mi hombre y el padre de nuestros hijos.

Nuestro hijo, Stefano, llegó en el último semestre de mi carrera, hace cuatro años, nunca imaginé ver la ternura en los fanales color violeta de mi esposo, era fascinante contemplar cómo lo tomó entre sus brazos y lo observaba lleno de amor. Un año después, nació Alba, mi amada niña que lleva el nombre de la mujer que fue un ángel para mi amado esposo. Veo mi vientre abultado y no puedo creerlo, después de una noche de pasión después de una cita por Roma quedé en cinta y estoy esperando a Ginevra y no puedo estar más feliz.

Así como la vida puede ser un ir y venir, está llena de instantes como este, estamos en la playa privada en la casa de Sicilia en la Isla Salinas. Marcello persigue a nuestros hijos y ellos ríen emocionados, los toma a ambos en sus brazos y gritan llenos de felicidad.

Con cincuenta y un años es el hombre más guapo del mundo, hace ejercicios a diario todas las mañanas, su cabello oscuro se ha salpicado de canas, tan perfecto, tan hermoso, es mi dios romano que se ha quedado en la tierra por mí: Marte, siempre le he dicho que es el dios de la guerra, el enamorado perfecto.

Tengo la familia perfecta, Olivia y Carlo tienen una niña de dos años, Isabella; Alba me ayuda con los niños, vive los mejores momentos junto a nosotros, aunque sigue cuidando de la casa, la increpo porque ahora tenemos suficiente personal para eso.

Observo que mi esposo me señala y los niños corren a donde estoy sentada, abro los brazos y vienen directamente a ellos.

—Mami, mira —me dice Alba mostrándome una concha de mar.

—La mía es más bonita —revira Stefano enseñándome la suya.

Muerdo mi labio para no reír, son competitivos y lo peor es que mi esposo alimenta esa competencia. Se sienta a mi lado y me da un beso.

—¡Qué asco! —exclama mi bebé mayor.

—¡Sí, que asco! —apoya mi niña.

—No dirán lo mismo en unos años —se burla Marcello—, menos tú, Alba, tienes prohibido besar a nadie hasta los cuarenta.

Suelto una carcajada, los niños nos miran y ambos vuelven a la orilla a jugar.

—Pero a mí me secuestraste cuando tenía veinte —me burlo.

—Porque no me recordabas, tenía que hacer algo —revira envolviéndome en su brazo mientras su otra mano se queda en mi vientre—. Te amo, *dolcezza*.

—Te amo, ¡feliz aniversario, esposo mío!

Hoy hace seis años me obligó a casarme con él, puede que mi boda no fue perfecta, que no era lo que pensé, de igual manera hubiera resultado en una desgracia si no hubiera tomado la decisión de secuestrarme.

—Esta noche quiero celebrar en la cama —murmura dejando un beso en mi oído.

Toda mi piel se eriza, las hormonas tampoco ayudan a que no puedo resistirme a él.

—Es una promesa.

—Te haré gritar mi nombre...

Muerde mi hombro y se va a buscar a los niños que están peleando. Soy la mujer más feliz del mundo, puede que sea trillado, que creo en cuentos de hadas, pero cuando pisé Roma hace seis años estaba desolada con la idea de casarme con un hombre que no amaba. Adriano pagó con su vida el asociarse con mi tío.

Me enamoré de mi esposo a los diez años, aquel hombre que me miraba con una sonrisa burlona al asegurarme que sería mi esposo, ahora lo es, cada día a su lado es maravilloso, con peleas que terminan en la cama con sexo de reconciliación. Amo cada faceta de él, la oscura y la del hombre que daría todo por su familia y amigos.

Mi historia no tiene final, porque con cada amanecer tengo el inicio de un nuevo capítulo.

Fin

[1](#) Un maldito traidor, los traidores merecen la muerte.

[2](#) Señorita Greco.

[3](#) No soy quien usted piensa.

[4](#) Mentir es descortés, dulzura, nos volveremos a ver pronto.

[5](#) Esposa mía.

[6](#) marido

[7](#) Ladrón.

[8](#) Cariño.

[9](#) Idiota

[10](#) Eres el tesoro más grande mi vida.

Agradecimientos

Siempre voy a estar agradecida a Dios por todo, cada cosa que suceda en mi vida, así no pueda entenderla.

Gracias a la Virgen del Valle y Santa Teresita del Niño Jesús por siempre sostener mi mano, por llevarme por el camino correcto.

Mi eterno agradecimiento a la persona que cree en mí, la que nunca suelta mi mano y yo nunca soltaría la de ella. A mi mamá.

¿Qué es de la vida sin amigos? Pues, no es nada, los amigos son la familia que escogemos, por eso siempre voy a estar agradecida por tener a Ezio, Rubén, Lisbeth y Gabriel, por su amistad.

Como dije, los amigos son la familia que escogí por le doy las gracias a Celina, Diana y Abel, que creen en mí, que me alientan y me brindan su amor incondicional.

Gracias a Isaura, por enseñarme, por aconsejarme, hasta hacerme ver cuando fallo, cuando mis cables se cruzan. Eres única en todos los sentidos, como editora, como persona y la que a veces hace de voz de mi conciencia.

Glorialys, mi tóxica, mi niña, sabes que te quiero, te has ganado todo mi amor, mi gemela, el hilo rojo que nos une un día no llevará a abrazarnos. Gracias por tanto.

Mi Lupe, sabes que eres mi niña loca, mi corazón de condominio, enamorados de todos. Solo diré espero que ames a Marcello.

Sabrina, gracias por tu apoyo, por llorar con cada novela, cosa que a veces no entiendo, eres especial para mí.

A Yensi, love u, girl, eres lo mejor, siempre pendiente de mí, de lo que me pasa, no eres solo una lectora, también eres una amiga.

Masiel, gracias por el apoyo, por ser parte de esta locura, espero que pronto podamos trabajar juntas. Seguiremos enamorándonos de los locos controladores, esos que te tienen loca.

Hay un grupo de chicas que se han convertido en mucho más que que bookstagrammer, nos convertimos en una familia que da consejos, que se ríe junta, que se preocupa por todas y cada una, espero seguir contando con ustedes, las amo, son las que me hacen reír, hasta llorar. Por muchos años más juntas. Mis víctimas de Cruella: Nico de Rayitodeluz, Génesis de Manicomio de los libros, Nalle de Lee libros con Naii, Sabrina de Una loca lectora, Glorialys de Perdida entre páginas, Lupe de Amantedelaslecturas, Font de Lionela y Mi Leidys We.are.bibliophiles por siempre apoyarme cuando más lo necesito. Mis Víctimas, las amo, son más, solo más.

Siempre voy agradecer a las cuentas de Instagram, creo que sin su trabajo nosotros los autores no podríamos proyectarnos, gracias por todo su apoyo. En especial a: Con_un_vino, Pérdida entre páginas, We.are.bibliophiles Leer es Increíble, Locas por la lectura, Libros que dejan huella, , Manicomio de Libros, Lee Libros Con Naii, Perséfone Books, Sara Cazadora de Libros, Yenssi y Lucy_Amante_de_la_lectura, BookbyClau por todo lo que hacen por mí, por compartir mis historias.

El 2024 iniciará con un nuevo Team, así que chicas bienvenidas y gracias por el apoyo, espero que este sea el primero de muchos lanzamientos juntas. Quiero darle las gracias a mis chicas: Loli, Mary, María Jacobo, Khris, Lucy,

Gracias a ti, por muchos años más en en que contemos más historias.
¡Mil veces gracias!

Sobre la autora

LORENA DEL VALLE FUENTES P.

Venezolana de nacimiento y de corazón, enamorada de su país y de todo lo bueno que siempre ha tenido; Lorena Fuentes desde pequeña ha tenido fascinación por la lectura y las letras. Su primer libro fue *Platero y yo*, pero la historia del niño que enseña a los adultos: *El Principito*, fue la que la enamoró.

Es amante de las artes en todas sus expresiones. En 2015, con *Soy Tuya* incursiona por primera vez en ese mundo de la literatura que tanto le deleita, manteniéndose en los primeros lugares de venta por más de seis meses seguidos. Tras haber realizado varias publicaciones, octubre de 2016 trae a su vida su primer Best-Seller: *Amor en llamas*, llegando al primer lugar de ventas en novelas de ficción de Amazon.

Fuentes, pensando siempre en su público, se dio a la tarea presentar sus obras en otros idiomas, trayendo así en marzo de 2019 *Amore in fiamme*, y aventurándose al inglés, presenta en julio de ese mismo año *The Most Beautiful Night*; para octubre de 2021, trae en portugués su más grande éxito *Amor em chamas*.

En el año 2020 nace para ella su mayor reto, así como una de sus más grandes satisfacciones, el *Dark Romance*, género que trae consigo *La Ley del Silencio*, serie llena de controversia por su contenido, *Omertà* ve la luz en julio; su gran secuela, *Amore e Vendetta* en octubre; 2021 trae la historia del menor de los Lombardo, *Inferno e Paradiso*; *Uomo D'onore* es la penúltima novela de la serie, publicada en octubre de ese mismo año, *L'ultimo Capo*, último libro dio fin a la serie en febrero 2022.

Para la escritora colaborar con sus compañeras, creando lazos y consintiendo a sus lectores, es algo fundamental, por ese motivo incursionó en las antologías multiautor *Romances Que Dejan Huella* en febrero de 2020, y *Día de los Enamorados*, en el mismo mes, pero de 2021. Sin dejar pasar la oportunidad de celebrar las fiestas decembrinas, *Un regalo para ti* trae una colección de relatos de su autoría, acordes a la fecha, que te harán pasar un grato momento.

No hay amor más grande que el de Lorena por sus lectores, así que no dudes en comunicarte con ella para comentar sus obras o compartir un grato momento hablando de libros.

Redes Sociales:

Facebook: <https://www.facebook.com/lorenafuentesescritora/>

Instagram: @lorenafuentes2

Twitter: @lore2811

Libros:

SERIE NOS PERTENECEMOS:

Soy Tuya 27/03/2015
Todo de Ti 27/11/2015
Lo Mejor de ti 02/03/2017
Nos Pertenecemos 13/08/2020
Girasoles para Lu 21/11/2019
Relatos de la serie:
Todo Cambió: 26/04/2015
Algo Sobre de Diciembre: 21/12/2015

UNITARIOS:

Serendipia 01/05/2016
La Noche Más Linda 11/07/2017
Y Lo Conocí en: 27/11/2018
Desencuentros 15/03/2019
Óbelo: ٢٠/٠٧/٢٠١٩
No Fue Mi Intención Amarte: 01/08/2021
90 días 28/11/2021
Ramé 04/07/2022
Una Segunda Oportunidad 16/10/2022
El Bufón y la Reina 23/01/2023
Cinco Minutos para Enamorarse 23/10/2023
El Romano 05/04/2024

SERIE LEY DEL SILENCIO:

Omertà 19/03/2020
Amore e Vendetta 26/10/2020
Inferno e Paradiso 15/05/2021
Uomo D'onore 21/10/2021
L'Ultimo Capo 14/10/2022

BIOLOGÍA ATRÉVETE A AMAR

Filofobia: 01/05/2018
Resilio 01/08/2018

BILOGÍA EN LLAMAS:

Amor en llamas 15/10/2016
Corazones en llamas 03/12/2017

SERIE ESTACIÓN 44

Fuego Amistoso 01/02/2021

BILOGÍA DESEO

Oscuro Deseo 08/05/2023
Corazón Oscuro 20/07/2023

ANTOLOGÍAS:

Romances que dejan huellas 14/02/2020
Un regalo para ti 09/12/2020
Antología de Relatos: "Día de los enamorados" 14/02/2021
Darkness "Reinas de La Oscuridad" 29/10/2021
Un Regalo que Deja Huella 30/12/2022

TRADUCCIONES:

Amore in fiamme 29/03/2019
The Most Beautiful Night 26/07/2019
Amor em chamas 15/10/2021
La notte più bella 01/02/2022
Este libro fue editado por:
Isaura Tapia 2024

<https://www.amazon.com/stores/Lorena-Fuentes/author/B00VANH93M/>